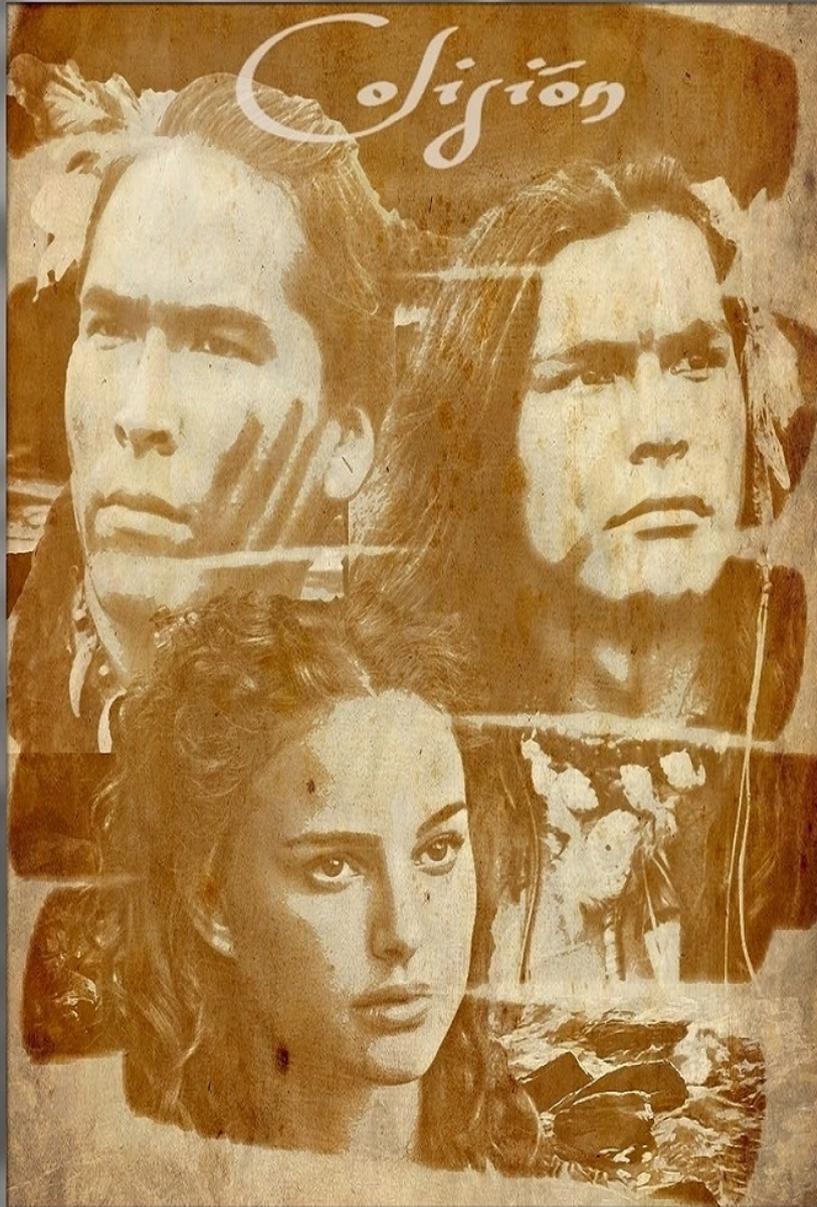


Libro II: Colisión - Saga Antiguos

Sandra D'Ambrosio

*Sandra C. D'Ambrosio*



*Saga Antiguos*

# Capítulo 1

## **Capítulo I – Desapego**

***"Hay una niña en el alba, soñando con ser***

***Es una gota de agua que quiere llover [...]***

***Y en su emoción ya madura***

***la fuga del día,***

***sentí su melancolía del atardecer***

***y me nombró su voz de puesta de sol."***

El mar rodeaba todo aquel continente en el que había nacido Magena, un lugar que amaba, pero al que, sin embargo, no pertenecía. Desde la altura de aquella mole, podía percibir claramente cómo el agua bañaba el contorno de la estrecha extensión de tierra en la que se encontraba. Miraba hacia el sur, porque su madre le había dicho que allí habían atracado junto a su padre, pero también dirigía su mirada hacia el norte, esperando que alguien viniera a rescatarlas de su esclavitud. Habían pasado siete estaciones de cosecha y cada día miraba en ambas direcciones porque no aceptaba que su familia las hubiera abandonado a su suerte.

A juzgar por su figura, ya era una mujer. Recordaba a la imagen que su madre había tenido de joven. Si bien su cabello del color de las almendras y sus ojos azules y enormes eran herencia completa de su padre, la belleza era una representación de los mejores años de la juventud de Elora, cuando las penas no abatían su alma. Sin embargo, Magena portaba un carácter indómito que había sido resultado de su crianza con Rumerantes. Era salvaje a ojos de su madre y descuidada en su figura. Tras tantos años recorriendo la planicie al rayo deslumbrante de aquel sol, su piel había adquirido un dorado trigueño, mucho más claro que el de los Rumerantes de cuna, pero contrastaba con la palidez de su madre.

No recordaba demasiado de aquel fatídico día en que Ogenwa la había despojado de su tierra junto a Elora, solo borrosas imágenes junto al río, el horror marcado en el rostro de su madre y la primera vez que veía y escuchaba hablar a un Chará-wisú. Sin embargo, había comprendido lo más importante de lo que Ogenwa les estaba diciendo, puesto que su

idioma no distaba demasiado de la lengua Rumeraute. También estaba segura de haberse perdido en una inconsciencia oscura durante horas luego que su visión de las tierras Rumeroutes se esfumara de sus ojos para dejar lugar solo a un doloroso recuerdo. Pero sí guardaba en su mente claras las imágenes del momento en que despertó en un oscuro y nauseabundo recinto, encadenada a su madre, lejos de su padre, quien había puesto en peligro su vida por rescatarlas hacía más de quince estaciones de cosecha. Y, sin embargo, esta vez en vano había esperado verlo llegar desde el norte. Pero se negaba a creer que las hubiera abandonado por su propia voluntad.

Estaba segura que no había para ella amor en el corazón de su abuelo, tampoco para su madre, por lo que no dudaba que él hubiera hecho lo imposible por evitar que fuera a buscarlas, pero conocía a Ajachay demasiado como para creer que él no hubiera hecho todo lo que estuviera a su alcance para desobedecer a su padre una vez más, por ellas. También le dolía la ausencia de amá sání Romnesa, ella que era capaz de atenuar las penas, aunque fueran muy profundas. La necesitaba a su lado y pensó con egoísmo en más de una oportunidad que hubiera preferido ser raptada con su abuela en lugar de junto a su madre, quien resultaba una pésima compañía de cautiverio. Aunque no podía culparla, desde el primer día había sido violada sistemáticamente por Chowanoc, cuando Ogenwa no podía verlo; y si bien el jefe de los Chará-wisúes no era un buen hombre, nunca había pretendido mancillar el cuerpo de Magena, pero si lo había hecho con el de su madre, quien se había entregado como prenda para evitar que la integridad de su hija fuera profanada. Su sacrificio había dado sus frutos desde el día en que Magena comenzó a mostrar evidencias de su femineidad, pero con cada año que pasaba, se volvía más difícil protegerla de las miradas lascivas, era ahora una mujer y su belleza y simpleza la volvían muy atractiva a los ojos de los Chará-wisúes. Por eso debió extirpar de los labios de Ogenwa, a fuerza de su sacrificio, la promesa de protegerla de su gente.

Así habían transcurrido las estaciones de cosecha y no pasaba un día en que no lamentaran haber ido al río aquel día de verano. El tiempo voló mientras servían a Ogenwa en persona, sintiendo las miradas llenas de desdén de aquel pueblo extraño clavadas en sus nuca. Poco le importaba a Magena lo que pensarán de ella y su madre, que les temieran como a los dos demonios que aseguraban que eran, lo que más lamentaba era estar alejada de su gente, la gente que la vio crecer, a la que no le importaba su origen y la había tratado como a una Rumeraute más. Extrañaba a Ajachay y al pequeño Keme que, sabía, ya no sería un niño pequeño; su familia más querida. Extrañaba a los ancianos del Círculo, que nunca dudaron en compartir con ella el milenarismo conocimiento que les había sido heredado, cuando de pequeña le surgían incógnitas existenciales. Extrañaba a Lahnen, que también le había salvado la vida,

quien la quería como a cualquier miembro de su familia.

Pensar en todo lo perdido era parte de su rutina diaria. Necesitaba volver a ver a Equiro, que la trataba con dulzura, pero también como a una igual; que la miraba con ternura cada vez que ella proponía hacer una travesura. Pero los tiempos de las pequeñas travesuras se habían extinguido hace años y ahora Equiro fuera probablemente un hombre.

Las frugales y espantosas comidas de sus captores profundizaban su anhelo por volver a sentir el cariño y el suave sabor del pan tibio de Tahanea. Pensar en ella le dolía sobremanera, especialmente desde que supo que Wenai se había convertido en un traidor que, no solo se postraba ante la figura de Ogenwa, sino que se había convertido en uno de sus más obsecuentes guerreros. Desde el día en que Magena llegó a la aldea, él siempre había tenido intención de hablarle, pero Magena sólo le devolvía la mirada para evidenciar cuánto asco le producía su presencia frente a ella. Wenai había intentado explicarle que la continuidad de su vida había dependido de haber dicho a Ogenwa todo cuanto sabía. Había sido una estación de cosecha atrás cuando intentó acercarse a ella, nunca se animó hasta ese día, pensando que no lo había reconocido. Aunque supo el mismo día en que ella y su madre fueron capturadas que Ajachay había muerto, no tenía el valor de decírselo, por eso postergó su encuentro hasta aquel día en que decidió que la joven debía saber la verdad.

—Magena, ¡cuánto has crecido! ¿Sabes quién soy?

—Un cobarde, un fantasma del niño que fuiste un día. Mas habría valido morir con honor que traicionando a tu gente, a tu familia.

Fue la primera y la última vez que le dirigió la palabra en su cautiverio, luego de eso, sólo guardaba para él miradas hostiles. Fue suficiente para él y, aunque lamentaba cuanto había hecho, sabía que no habría modo de cambiar esa imagen que tenía de él. Pero el tiempo fue pasando y no pudo evitar deseársela. Despertaba cada noche en un estado febril, sudando, deseando hacerla suya. Pero sabía que nunca podría rozar siquiera su cabello porque lo odiaba y porque era de Ogenwa y de nadie más. Sabía que el jefe Chará-wisú esperaba a sus diecisiete estaciones de cosecha para entregarla a alguien más, seguramente al repugnante capitán de su ejército, Chowanoc. Él quería ayudarlas a huir, hacer algo bien en su vida, pero ella lo había sepultado para siempre entre odio y resentimiento.

Entonces lamentó todo el mal causado. Desde que se asentó en Malpayne había pensado en su madre, en cuanto habría sufrido, primero por su desaparición, luego pensando que habría muerto. En algún punto, la había sumado a la lista de personas a las que odiaba, pero al pasar los años y convertirse en un hombre, su ira se fue atenuando y comenzó el tiempo

del arrepentimiento. Pensó más de mil veces en huir, pero el valor que lo caracterizaba ahora como guerrero menguaba a la hora de desertar. Además, cayó en la cuenta que todo el mal ya estaba hecho y que si regresaba a su aldea sería repudiado, y él sabría qué males, sin contar la muerte de Ajachay, habían acarreado sus cobardes decisiones. Prefería no conocer jamás las consecuencias de sus actos.

De todos modos, sabía que la cobardía no era lo único que lo ataba a aquella aldea, Magena era la razón primordial de su permanencia. Todo retornaba siempre a ella. Con cada día que pasaba, la pálida se convertía en una mujer más hermosa, evidenciado por su cuerpo, ahora dorado por el sol, torneado en hermosas curvas. Su cabello era tostado, como la tierra que yacía a orillas de los ríos; sus ojos se habían vuelto más hermosos ahora que su rostro había cambiado junto con su cuerpo, pero eran también fríos e infranqueables para Wenai.

Sin embargo, poco le interesaban a Magena las profundas cavilaciones de Wenai y su lucha interna con sus demonios, estaba segura que cualquier dolor, incertidumbre o carencia del muchacho sería insuficiente en comparación con todo el mal que con toda seguridad causó con sus egoístas actos y toda la red de consecuencias que había desatado con su accionar. Podía notar como había crecido, como había cambiado su cuerpo de niño al de un hombre, uno que le causaba demasiada repugnancia. Era ahora un traidor y un cobarde y sabía que, cuando Ogenwa concluyera en que su ejército se encontraba lo suficientemente nutrido, volverían los ataques a otras aldeas y Wenai se mostraría dispuesto a servirle con fidelidad, incluso si eso significaba esparcir en la tierra la sangre de su gente.

Pero el abismo entre ella y Wenai no solo estaba alimentado por el odio, sino por el potente recuerdo que Magena guardaba de Napayshi, uno de los recuerdos más felices que la acompañaban cada día, para ayudarla a soportar la vida de esclavitud. Quizás, el mejor recuerdo que guardaba del niño que había sido era de los últimos. Días antes de ser despojada de su gente y de los brazos de Ajachay, Napayshi tenía catorce estaciones de cosecha y aún era un niño, pero aquellos ojos negros como el carbón portaban ya una mirada orgullosa y aguerrida. Magena era aún muy pequeña, pero con el paso de los años supo que en aquella mirada solo había devoción hacia ella. La había encontrado sola y le habló como nunca antes lo había hecho.

—No entiendes ahora, pero lo que siento por ti me recuerda al amor que se profesaban mis padres. Y aunque suene extraño, ese sentimiento lleva demasiado tiempo en mí, desde el día en que naciste. Aún eres pequeña, pero crecerás y pediré a Ajachay su consentimiento para unirme a ti.

Magena había respondido con risas y un «Estás loco, Napayshi», porque tomaba a broma aquello que no comprendía y en aquel momento, las

palabras de Napayshi carecían de sentido.

—Quizás así sea, mi Luna Creciente. Pero eso no significa que no pueda amarte.

Luego había llegado Equiro y las palabras de Napayshi se perdieron en el viento. Aquella conversación jamás fue retomada, luego sobrevino la tragedia, pero recordaba aquel día con devoción. Al crecer comprendió que había verdad en las palabras del niño que Napayshi había sido y sentimiento en su mirada. Y ahora, lo único que podía mantener Magena en su mente era esa mirada y trataba de imaginar a su portador convertido en hombre, pronunciándole las palabras que habían sido calladas. Anhelaba huir de las garras de Ogenwa para fundirse entre sus brazos y decirle que ella también lo amaba, y lo había hecho cada día de su esclava vida, que su cuerpo se estremecía cada vez que recordaba cómo la había mirado aquel día o el contacto con su piel en las oportunidades en que la había abrazado o tomado su mano para llevarla de paseo, incluso el cuerpo dorado y los incipientes músculos que el entrenamiento de guerrero le estaba torneando ya incluso antes que ella fuera raptada.

Recordaba también el día en que escaparon juntos con Equiro para espiar a Lahnen y Nagatí y vieron el modo en que la desnudaba y la amaba a la luz de la luna.

—Creo que la ama tanto como ataa' ama a shima, aunque nunca los he visto hacer eso que hacen ellos.

—Ya lo creo —había respondido Equiro—. Keme es la prueba viviente de ello.

Pero Napayshi no había respondido nada, solo miraba a Magena en silencio, riendo con aquella sonrisa tan suya, que le iluminaba el rostro.

Después de tantos años, la pálida atesoraba todo de aquel Rumeraute: cada gesto, cada palabra, cada mirada, cada vez que sus pieles se hubieron rozado. Entonces acariciaba aquel amuleto, compañero de aquellos que había regalado a Napayshi y Equiro, sin poder evitar preguntarse si ellos lo llevaban aun al cuello, totalmente consciente de cuanto amaba a su amigo de piel dorada. Como Ajachay amaba a su madre, como Lahnen amaba a Nagatí. Pero, además, no podía negar cuanto lo deseaba, en medio de sueños intensos, donde deliraba en ilusiones y se veía yaciendo desnuda, con las piernas enredadas en las del Rumeraute, sus cuerpos sudados y agitados, y los labios congestionados, reclamándose mutuamente.

Lo extrañaba, lo deseaba y lo necesitaba. Su recuerdo y la esperanza de

volver a verlo eran dos de las razones más importantes para seguir adelante.

## Capítulo 2

### **Capítulo II – Dolor de hermanos**

Habían pasado muchos años, demasiados quizás, pero el dolor y los recuerdos se mantenían presentes en su memoria y en su corazón. Había presenciado cómo la vida de su hermano se apagaba entre sus brazos y, aunque no corriera por sus venas la misma sangre, era su hermano más amado.

Todavía le parecía ver a Ajachay, con su eterna sonrisa y su expresión inocente, podía oír su voz respondiendo con sarcasmo y afecto en partes iguales, sus ojos iluminados por las lágrimas que perlaban sus pestañas con los nacimientos de Magena y Keme. Porque Ajachay había sido su sombra, el remanso para calmar todos los dolores. Era alegría y vida, la paz en las mañanas agitadas y la determinación en momentos de calma. Un alma libre atada a los designios de su corazón.

¡Tanto había significado para Lahnen! Quizás nunca lograra poder expresarlo en palabras; por eso, después de tanto tiempo, continuaba sufriendo su ausencia. La vida debió continuar para todos, incluso para Lahnen. Pero en su interior, el cazador continuaba llevando como agua clara los recuerdos. Lo único que había aprendido en esas estaciones de cosecha desde que Ajachay partió hacia el Valle de los Ancestros fue a llevar esos recuerdos con alegría. Entonces, pudo comenzar a rememorarlos con una sonrisa en sus labios, y luego pudo pensar de nuevo en sí mismo y retornó a sus encuentros con Nagatí. Ella comprendió su ausencia y lo esperó, custodiando aun los mares durante el día y la costa por las noches. Tanto lo comprendió que vivió su dolor como propio, y lo esperó cada día y cada noche, amándolo tanto como jamás una sirena amara a un mortal. Y lo añoraba, febril y solitaria, con la Luna como su única compañía.

Pero con el tiempo sus cuerpos volvieron a encontrarse, a reclamarse y una pequeña parte en la vida de Lahnen comenzaba a ser lo que había sido desde la muerte de Ajachay, pero algunas cosas ya nunca serían lo mismo sin él.

El cazador tampoco había olvidado la ausencia de Wenai y, aunque en la aldea dejaron de buscarlo cuando Nagatí le pidió que lo dejaran seguir su camino, el dolor no amainaba: había perdido dos hermanos en muy poco tiempo. Wenai se había vuelto un joven lúgubre, ajeno a la familia y a la aldea toda, pero aun así era su hermano. Además, lo que más lamentaba era ver la tristeza que se apoderó de su madre. Tahanea había perdido a su esposo y a su hijo, que, aunque existiera una remota posibilidad de

que siguiera con vida, se había perdido hacía muchos años, convirtiéndose en la sombra de lo que había sido. También sufría en silencio la muerte de Ajachay, como la de un hijo salido de su vientre. Y, aunque Lahnen se desvivía por hacerla sonreír mínimamente, hasta la última mísera sonrisa de su rostro se había borrado para siempre, extinguida en el dolor y una parte de su alma había muerto.

Demasiadas cosas habían cambiado en ese tiempo. Napayshi y Equiro eran ahora dos hombres y llevaban años sin dirigirse la palabra. Equiro había levantado su propia techada al otro lado de la aldea para no cruzarse con Napayshi más que cuando fuera inevitable. Los dos habían decidido unirse a las filas del ejército de Ahdik porque era la única manera en que creían posible rescatar a Magena.

Ellos y otros tantos rogaron al jefe tribal que partiera un grupo para liberar a las mujeres que fueron tomadas en cautiverio, pero Ahdik creía que Elora y Magena llevaban muertas el mismo tiempo que su hijo y no estaba dispuesto a perder más Rumerautes, todavía sentía el dolor recorrer su cuerpo cuando recordaba a su hijo con la mirada perdida, camino de los ancestros, con su joven cuerpo frío y rígido. Había perdido lo único que tenía y, aunque debía seguir adelante para proteger a su gente, había presenciado demasiada muerte para exponer a más Rumerautes al destino de su hijo. Por eso, los jóvenes pensaron que desde dentro de sus filas podrían cambiar la opinión del jefe, pero no lo habían logrado. Solo llevaban años entrenando, sin hablarse, evitándose.

Lahnen podía ver la tristeza en los rostros de su pueblo. Los Chará-wisúes habían vuelto a atacar y era cuestión de tiempo hasta que consideraran que eran lo suficientemente fuertes como para volver a esclavizar a los miembros de las otras aldeas. Por eso, él mismo se había ofrecido para ser formado como guerrero. El entrenamiento era muy duro para todos, pero el cazador se veía afanado en entregar hasta su última gota de sudor hasta convertirse en un gran guerrero. Ya no sentía cansancio alguno, a pesar de continuar con sus jornadas de caza, los entrenamientos y las noches junto a Nagatí. Se había convertido en un autómata de su dolor y su odio.

El Círculo había hablado el día en que Ajachay murió. Con mucho pesar se resignaron a aceptar que no era el momento propicio para rescatar a Magena y Elora, no sentían sus presencias y sabían que el ejército de Ahdik apenas podría llegar a Malpayne sin morir en el intento. Ese cuerpo de guerreros debía nutrirse mientras ellos intentaban contactar con las mujeres. Lahnen, Napayshi y Equiro y acaso otros tantos Rumerautes se habían encendido en furia.

—Este pueblo se volvió cobarde desde que empezamos a abandonar a los nuestros a su suerte y largamente lo hemos lamentado — Había sentenciado el cazador en aquel momento de impotencia—. ¿Vamos a

volver a los tiempos en que dejábamos que los Chará-wisúes hacían con nosotros lo que les placía?

—Hablas, Lahnen, desde el dolor de la pérdida. Todos hemos perdido con Ajachay, Elora y Magena a alguien querido, nosotros también lo lamentamos desde aquel día, pero tenemos en claro que ya no podremos atacar por sorpresa y con fuego como él lo hizo hace años —Fue la respuesta que recibió de Nawat, por aquellos años con los ojos totalmente velados por la ceguera y una comprensión más profunda de la naturaleza, casi parte de ella—. Si Elora y Magena viven, el alma de Ajachay las protege desde la morada de nuestros ancestros, pronto llegará el día en que estemos listos para liberarlas.

— ¿Pronto? ¿Y cuándo será eso, cuando en ellas ya no quede nada de humanidad por ser rescatada? Yo estoy listo. Puedo hacerlo solo.

—No, no puedes y nadie está listo aún. Si todos morimos en un rescate en el momento menos propicio, ¿quién podrá salvarlas luego?

Pero Lahnen hablaba más allá de todo dolor y toda pérdida, lo hacía desde la promesa que había hecho al cuerpo ya frío de su hermano. Él no hubo de quedarse obedeciendo como un siervo lo que le estaban imponiendo: más de una vez se había lanzado temerariamente hacia Malpayne y había sido interceptado por los guardias que Ahdik había dispuesto, entre ellos, Napayshi y Equiro. Era su deber cumplir las órdenes de Ahdik, aunque lo hubieran acompañado de buen grado. Su hermano menor lo había arrastrado con la fuerza descomunal de sus brazos de vuelta a la aldea en más de una ocasión, en tanto Equiro había intentado razonar con él cada vez que lo encontraba huyendo.

—Una vez te arriesgaste por Ajachay, eras joven. Las cosas eran distintas y debes admitir que tuvieron suerte. Ahora las posibilidades están en nuestra contra y tienes mucho que perder. ¿O piensas morir egoístamente y dejar a Tahanea y Nagatí llorando por tu muerte?

—No las metas a ellas en esto. Parece como si te hubieras olvidado de Magena. Tú y Napayshi...

—De Napayshi no puedo hablarte —se apresuró a responder el joven guerrero—, ya no lo conozco como solía hacerlo cuando éramos amigos. De mí, te diré que entiendo que aún no llega el momento oportuno. También he llorado la muerte de Ajachay, aunque quizás no tanto como tú. Pero sí puedo asegurarte que nadie más que yo , y quizás Napayshi, anhela volver a ver a Magena.

— ¿Por qué no haces algo, entonces? Los días pasan y, si Magena y Elora

siguen con vida, están expuestas a los designios de ese asesino.

— ¿Crees que no lo he pensado? —estalló con los ojos nublados por las lágrimas y todo su dolor fluyendo—. Entiende de una vez, Lahnen. Ya no podremos volver a atacar furtivamente como cuando rescataron a Elora. Dos veces no caerán en la misma trampa y es muy probable que además de matarnos a nosotros, ellas sean castigadas por nuestros actos. Se me desgarró el alma de solo pensar que esa basura ponga una mano sobre Magena, pero debemos ser racionales.

Sin embargo, el alma de Lahnen sólo se había quietado con las palabras de Nagatí, quien había asegurado haber apelado a su pequeña influencia sobre Werenea, diosa de las aguas, para tranquilizar a su amado.

—Eventualmente, ellas van al río a lavar las vestiduras de Ogenwa. Sus almas han sido opacadas por el dolor y la añoranza, pero siguen con vida y están bien.

Aun así, el insomnio ocupaba sus noches intranquilo con su conciencia por no salvarlas de aquel cruel destino. La imagen de Ajachay aparecía ante él amonestándolo por no cumplir con su promesa. Nagatí despertaba en medio de sus trances e intentaba calmarlo, explicándole que todo lo que veía y sentía era producto de su mente. Sin embargo, permanecía asediado por la culpa y el dolor.

—No eres el único que ha perdido. No eres el único que debe cumplir una promesa ni el único que se debate entre dolor y recuerdos.

Las palabras de Nagatí eran certeras y Lahnen lo sabía: estaba siendo egoísta, anteponiendo su dolor al de los demás, aunque quisiera evitarlo. Pero, por supuesto, no era un necio, también tenía en claro que no era el único. Unas techadas más allá de la que compartía con su madre, se encontraba la morada de Romnesa, que había perdido a su nieto, pero se había mantenido con entereza, porque sabía que había alguien que la necesitaba fuerte. Lahnen no se asombraba, conocía el valor y la entereza de las mujeres, que no se dejan abatir por el dolor y siguen adelante por sus hijos y sus nietos. Keme tenía ahora ocho estaciones de cosecha, pero seguía siendo un niño, seguía huérfano, seguía solo. En un fatídico día había perdido a su padre mientras lo alejaban de su madre y su hermana. Nunca nada le fue ocultado, nunca le fue negada una explicación, sabía dónde estaban Elora y Magena y por qué no las habían rescatado aún.

Y él, a pesar de lo pequeño que era, se mantenía fuerte esperando el momento de reencontrarse con ellas. Comenzaba por aquellos años a perfilarse la figura orgullosa que compartía con su abuelo, era un niño sano y su cuerpo ya daba muestras que habría de convertirse en el de un hombre fuerte. Contaba los días, las lunas, las estaciones de cosecha que le faltaban para comenzar a entrenar y así poder convertirse en un

guerrero. Porque cuando tuvo el suficiente entendimiento, él también había hecho una promesa; porque si los tiempos propicios continuaban demorándose, sería él quien rescataría al resto de su rota familia y vengaría a su padre, regando la tierra de Malpayne con la sangre de aquellos que habían derramado la de Ajachay.

Ahdik tenía la plena seguridad que había en su nieto la figura de guerrero y líder que a su hijo le había faltado y que sería él quien heredaría su lugar como jefe de los Rumerautes. Tenía muy en claro que había más coraje en el corazón del niño que en el que latía en su propio pecho. Le dolía mirarlo a los ojos cada vez que debía explicarle que no podía arriesgar a toda la aldea para salvar a su madre y a su hermana, pero más le dolía escucharlo cuando le respondía. Porque si algo había heredado de su padre, era la sutileza de sus palabras para lograr su cometido, en este caso, hacer sentir a su abuelo el hombre más miserable de esas tierras.

— ¿Acaso no quieres rescatarlas porque crees que su piel pálida no es digna de un Rumeraute, analí?

Lo decía con lágrimas en los ojos porque aún era un niño y el dolor lo atormentaba, pero sus palabras eran orgullosas y altivas y sabía que tocarían las fibras más sensibles de Ahdik, que era un hombre valiente como jefe de su aldea, pero las últimas estaciones de cosecha con sus sucesos lo habían acobardado bastante y su nieto no era ninguna excepción. Trataba de evitarlo antes que tener que explicarle razones que en su mente eran muy convincentes, pero apenas se las pronunciaba a Keme, se convertían en excusas vanas de un viejo al que le estaba ganando la cobardía. Por eso, Keme solo contaba con su querida amásaní, que había opacado su propio dolor y el vacío que habían dejado Ajachay, Magena y Elora. Era lo más cercano que tenía y quien vivía por y para protegerlo.

Pero, aunque inmerso en sus propias lamentaciones, Lahnen estaba también presente como una especie de tío, aunque su sangre fuera diferente y que contaba con él, puesto que parte de la promesa del cazador había sido proteger al hijo menor de Ajachay, como no lo había podido hacer con Magena y Elora. Y Lahnen cumplía con sus palabras, lamentando no haber cuidado del mismo modo a Ajachay.

¡Si tan solo hubiera retenido a Ajachay aquel lejano día, si lo hubiera convencido que era imprudente entrar en las tierras de Ogenwa! Quizás otro hubiera sido el destino del oteador, de su amigo, de su hermano. Otro pensamiento egoísta que Lahnen no podía evitar, a pesar que sabía que Ajachay nunca había sido tan feliz como cuando había formado finalmente una familia, consiguiendo por fin el afecto de su tan amada

Elora. Pero de él, solo le quedaban recuerdos y una promesa que habría de cumplir, aunque su vida se le fuera en ello.

## Capítulo 3

### **Capítulo III – Posesiones**

***"Hay una niña en el alba, soñando con ser [...]"***

***Por el escote le sale mi nombre otra vez***

***tras su hermosura en la tarde, la tarde crucé."***

Todo cuanto había podido dar por su hija lo hubo entregado, empezando por su cuerpo y su intimidad. Ogenwa nunca había desistido al deseo de su piel pálida, por esa razón había dado muerte al mugroso Rumeraute —argumentaba él mismo— que se la había arrebatado de sus manos años atrás, por esa razón se había adueñado de ella y de su hija. Aquel día, hacía ya muchas estaciones de cosecha atrás, había perdido entre las llamas la dignidad, el respeto de algunos de los miembros de su aldea, los esclavos, las viviendas y los sembradíos, sus consejeros y su ganado. Pero la única pérdida que no había podido superar a través de los años era la de la pálida mujer que un día había aparecido frente a él para injertarle un solo pensamiento en la mente: poseerla hasta el fin de sus días.

Por eso hizo que Magena le explicara a su madre que estaba allí para complacerlo en todo sentido. Y aunque la niña era aún muy pequeña para comprender la profundidad de las palabras que estaba traduciendo, Elora aceptó al instante que su cuerpo sería la prenda que aseguraría el bienestar de su hija y su cuerpo se convirtió finalmente en el objeto que Ogenwa deseaba, hasta que su mirada se opacó y su alma se reseco. El único lazo que la ataba a la vida era la seguridad de su hija y la necesidad de volver a ver a su hijo grande y fuerte, aunque pasaran muchos años y ya no pudiera reconocerlo cuando eso sucediera. Aunque sentía que se había vuelto a convertir en traidora por proteger su descendencia, había traicionado a Ajachay como en su momento también lo hizo con John cuando supo que debía anteponer la seguridad de la semilla que llevaba en su vientre. Ahora esa semilla se había convertido en mujer y más que nunca volvía a necesitar de su sacrificio para sobrevivir entre aquellas personas que les resultaban ajenas y despiadadas.

Ajachay se había arriesgado por salvarlas, se entregó en cuerpo y alma a ellas, él hizo de Magena la gran Rumeraute en la que se había convertido y le había dado un segundo hijo. Sin embargo, fue la primera vez que él le entregó su semilla cuando ella supo que lo que sentía era diferente: no podían hablarse porque sus idiomas eran diferentes, pero sus cuerpos se

entendieron y no necesitaron de palabras y al final se sintió plena, aunque ni aun así pudo olvidarse de John. Los días se fueron sucediendo, Ajachay era todo entrega hacia ella, pero no era eso lo que más atesoraba, sino los momentos compartidos y el amor que se fueron prometiendo más allá de las palabras. Pero Elora también sabía que era un ser luminoso dispuesto a ayudar y dar todo de sí por su pueblo, esa maravillosa manera de ser hacía de él un gran hombre y cada día lo admiraba más, hasta ese día en que todo se tornó en oscuridad y los anhelos de un futuro juntos se desmoronaron y se perdieron con el viento.

Elora sentía en lo más profundo de su ser que Ajachay había muerto aquel día, su paso a la inmortalidad sería lo único que habría de justificar el hecho que aún no hubiera intentado rescatarlas nuevamente de las garras de Ogenwa, porque sabía que mientras se aferrara a la vida, nada ni nadie lo detendría. Pero los años habían pasado y, aunque a menudo fantaseaba verlo llegar desde el norte, sabía que nunca más volverían a estar juntos, que sus hijos jamás volverían a verlo. Incluso así, entregarse a Ogenwa le sabía a traición, aunque estaba segura que incluso Ajachay toleraría aquello por la seguridad de su hija.

Pero a pesar de sus sospechas y ese oscuro sentimiento sobre la muerte de Ajachay, nunca se sintió capaz de decírselo a su hija y esa era, probablemente, la traición que más le dolía. Le dolía verla esperando, siempre mirando hacia el norte y hacia el sur, con la esperanza de ver llegar a su padre. No se creía capaz de decirle directamente que lo creía muerto, por eso intentaba hacerla reflexionar. Pero Magena no quería siquiera imaginar a su padre muerto, era mejor pensar que no había podido ir a rescatarlas. Lo único que inclinaba la balanza hacia el lado de continuar con la mentira era pensar cuánto podría dolerle la verdad, sus palabras podrían destrozar esa alma ya apaleada por el destierro y la esclavitud.

Presa de todos esos pensamientos la encontró aquel atardecer, junto al río que las lluvias habían creado en torno a Malpayne. Estaba lavando vestiduras y enseres de cocina, una de tantas tareas que se le exigían como esclava, las cadenas de sus muñecas tintineando mientras miraba el horizonte. Cruzando las aguas podía ver como transcurría la vida en la aldea Chará-wisú con normalidad. Pero ella aún no se acostumbraba, y no creía ser capaz de lograrlo jamás, a su manera de vivir. Eran obscenos, no respetaban la vida ni a los dioses.

Sin embargo, lo que más le incomodaba era la mirada de aquellos de piel tan pálida como la suya, Elora ya le había explicado que seguramente no pudieron escapar cuando Ajachay las rescató a ellas, puesto que reconocía entre ellos a los marineros y las prostitutas que la acompañaban en el barco y que habían sido tomados prisioneros junto a ella. Con el paso del tiempo, se amoldaron a la esclavitud y a ser la escoria de la aldea, hasta que Elora y Magena llegaron y comenzaron a mirarlas con desdén, como si

ellas fueran culpables de su destino.

Cada tanto, Magena miraba hacia el norte, ya como un acto reflejo a la espera de ver a su padre llegar por el horizonte, anhelando estrecharse en sus brazos como cuando era una niña, pero Ajachay nunca llegaría, Elora estaba segura. Pero también conocía suficientemente a su hija como para saber que su anhelo iba más allá de los brazos de Ajachay. Podía escucharla mientras dormía, suplicando, murmurando un nombre que la había sorprendido la primera vez que la oyó: Napayshi.

Imaginaba que, por aquellos años el pequeño sería ya todo un hombre, del mismo modo en que Magena era ahora una mujer y, aunque fueron amigos muy cercanos durante su permanencia en aldea Rumeraute, Elora sabía que la urgencia que la embargaba no era alimentada por el afecto y la amistad, sino por algo más primitivo, una necesidad física, magnética hacia el Rumeraute que ya sería con seguridad un guerrero.

Debía admitir que las necesidades de su hija habían cambiado a lo largo de los años de esclavitud, así como su cuerpo. Y como el cuerpo de Magena había cambiado, también lo había hecho una vez más el de Elora y ella no ignoraba qué se aproximaba. Por eso debía una pequeña cuota de honestidad a su hija.

Se acercó y, aunque Magena notó su presencia, permaneció en silencio. En un gesto maternal que había tomado por costumbre, comenzó a trenzar sus cabellos, ahora más oscuros, que recordaban a Elora la imagen de John. Magena se dejó hacer, emitiendo un suspiro.

—Lo extraño, shima. Extraño su sonrisa y su voz suave.

—Lo sé, hija —Aunque bien Magena se podría estar refiriendo a Napayshi, supo que en ese momento hablaba de Ajachay—. Yo también lo extraño.

—¿No sientes culpa?

—Cada día de mi vida, Magena —Estaba a punto de decirle que a pesar que lo creía muerto, se sabía una traidora. Pero una vez más frenó el impulso—. Pero vales la pena.

—A veces deseo morir rápidamente. No es justo que tú pagues por mi seguridad.

—No es justo, tal vez, pero es lo correcto. Nunca vuelvas a decir que prefieres morir. Ya he perdido demasiado y tú eres más importante que mi propia vida. Mi cuerpo es un pago justo por preservar lo poco que me queda.

— ¿Crees que algún día regrese por nosotras?

—No lo sé. ¿No crees que han pasado ya demasiadas estaciones de cosecha?

—Más de las que quisiera. Quizás, analí Ahdik se lo impida. Nunca nos guardó demasiado aprecio, si nos aceptó fue por ataa'. Incluso, puede que se sienta complacido con nuestra ausencia.

—No pienses eso de tu abuelo, Magena. Él te quiere con su extraña y retorcida manera de ver las cosas. Viniendo de él, deberías valorarlo aún más.

—Ya lo creo... —respondió Magena con tono sarcástico para luego volver a suspirar.

—No es a tu padre al único que extrañas —No quería seguir hablando de Ajachay para seguir ocultando a su hija su sentir.

—Por supuesto que no. Tengo un hermano allá, una abuela, Lahnen, el Círculo, los niños. Todos están en mi corazón y en mi mente.

—Yo me refiero puntualmente a Napayshi —agregó Elora—, y no creo que siga siendo precisamente un niño.

Por primera vez, desde que habían comenzado a dialogar, Magena giró para posar su mirada sobre su madre. Se sintió molesta y desnuda porque su madre conocía su deseo. Volvió a mirar a aldeanos y esclavos para quitar importancia al asunto.

—Él era... él es mi amigo.

Y calló. No quería continuar hablando de él.

—Bien dices, era tu amigo, ya no lo sientes como tal. Equiro también es tu amigo y, sin embargo, no te oigo murmurar su nombre por las noches. Sé que lo esperas viniendo desde el norte, tanto como a tu padre. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

Elora miró a su hija, esperando algún gesto producto de la tristeza, pero su mirada era dura y se afanaba en poner toda su atención en la faena que tenía en manos.

—Quizás porque solo se trata del anhelo de una cautiva. Sabes lo que sucederá si sigo aquí cuando llegue a mis diecisiete estaciones de cosecha. Alguien de esta aldea me reclamará para desposarme y todo cuanto has hecho por protegerme habrá sido en vano —respondió Magena con pesar—. En poco tiempo, una cría de Chará-wisú saldrá de mí y

deberé amarlo como si fuera el fruto de algo maravilloso. Sabes que no lo haré. Antes que eso suceda, cortaré mi garganta y regaré esta sucia tierra con mi sangre para evitarlo.

—Ni en broma vuelvas a pronunciar esas palabras.

—Estoy hablando muy seriamente.

— ¡Peor aún! No quiero volver a escucharte decir eso, ¡jamás! Además, un hijo siempre es un hijo y debe ser amado, aunque sea la semilla de un Chará-wisú.

—Lo dices como si supieras lo que se siente, como si acaso alguna vez hubieras llevado en tu vientre a un bastardo de estos...

—Lo digo porque puedo hacerlo —interrumpió Elora—, porque tengo más experiencia que tú en eso.

Magená era muy inteligente, había heredado de Ajachay la rapidez para interpretar los vacíos que dejaban las palabras que no eran pronunciadas. Había comprendido al instante, pero necesitaba negarlo. Quizás, si lo negaba, su madre reconocería que le estaba mintiendo, que la estaba probando. Pero al transcurrir un momento, que se hizo bastante incómodo, comenzó a pensar que quizás su madre estaba sintiendo los efectos de la esclavitud.

— ¿Qué dices, madre? ¿Desde cuando estás abrazada a la locura? Deja de pronunciar incoherencias, hazlo por el amor que aun juras sentir por mi padre.

—No estoy siendo incoherente, sino todo lo contrario. Nada cambiará lo que siento por Ajachay, pero lo cierto es que llevo en mi vientre la semilla de Ogenwa —respondió con amargura—. Iba a suceder algún día. Esta semilla será mi hijo y lo amaré y cuidaré a pesar de todo. Y tú también deberías —agregó tranquilamente—, será tu hermano.

—Esa abominación, hijo de una violación consensuada por el miedo, jamás será mi hermano, yo ya tengo uno y tú ya tienes un hijo. Se llama Keme, ¿lo recuerdas?

Había comenzado a hablar tranquilamente también, pero conforme avanzaron las palabras, su tono se volvió hostil e inevitablemente las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Magena, lágrimas que llevaba reprimiendo muchos años. Toda la frustración, todo el odio que los Chará-wisúes despertaban en ella, las ansias de volver a su tierra y reencontrarse con su gente estallaron en un llanto profundo y en palabras

hirientes, que quizás no hubiera querido pronunciar jamás.

—Si tanto nos proteges —continuó—, ¿por qué accediste a darle descendencia a ese ser horrendo? ¿Cómo dejaste que te pusiera las manos encima, mancillando todo el amor que mi padre te entregó?

—Algún día tendrás tus hijos, Magena. Recién ese día sabrás cuánto eres capaz de entregar, de resignar por ellos. Por el momento, no te corresponde juzgarme. Nadie más que yo sabrá cuánta traición hay en mis actos, pero también estoy segura que Ajachay lo aceptaría si supiera que de eso depende tu bienestar.

—Parece que no has comprendido cuando te he dicho que uno de estos asesinos se adueñará de mí en dos estaciones de cosecha y todo este sacrificio, esta aberración, habrá sido en vano —Sus ojos estaban enrojecidos y congestionados y su voz se volvió ronca por tanta furia, tanta frustración—. Déjame. Ve a complacer a Ogenwa como lo has hecho hasta ahora. Cuida de tu hijo —Sus palabras destilaban veneno producto de la ira que hervía en su interior. De otro modo, jamás las hubiera siquiera considerado—. No te sacrifiques más por mí. Vete y sigue compartiendo el lecho con ese asesino esclavista. ¡Déjame!

El grito resonó fuerte y los esclavos y aldeanos que labraban las tierras cercanas al río que bordeaba el norte de Malpayne, se quedaron mirando con incertidumbre hacia donde se encontraban Elora y Magena. El alarido había captado la atención de todos y ahora la veían llorando, con las facciones congestionadas y agitando sus brazos con furia, mientras que los brazaletes de cadenas que la marcaban como una esclava, agregaban al ambiente el ruido que faltaba para que toda alma en quinientos metros a la redonda dejara de atender sus asuntos para mirar pasmada la escena que estaba montando Magena.

—Hablan tu dolor y tu enojo —continuó Elora, con una calma bastante forzada y sus ojos perlados por lágrimas de frustración—, no tus sentimientos más profundos. Y lo comprendo. Pero debes saber que todo cuanto hice fue por ti.

Un soldado de los que custodiaba constantemente a los pocos esclavos que había, se acercó para poner orden entre las mujeres. Preguntó en el idioma que hablan los Chará-wisúes qué estaba sucediendo, pero la única respuesta que recibió fueron los sollozos ahogados de Magena. Elora hizo ademán de retirarse para dejar que su hija tuviera su espacio, para que pudiera digerir lo que acababa de revelar. A su paso tomó el hombro del soldado. No había aprendido a hablar la lengua Rumeraute, menos aun la que hablaba aquel pueblo esclavista. Con un gesto suplicó que la dejara sola, pero el soldado no iba a acceder, después de todo, ellas eran esclavas y le debían obediencia por estar bajo su custodia. Se quedó

plantado en el lugar, con el rostro pétreo.

— ¿Qué es todo este barullo? —insistió. Elora no comprendía qué preguntaba, pero podía imaginarlo—. O dejas de chillar o te apalearé como nunca lo han hecho en tu vida y buena falta que te hace.

Pero Magena entendía sus palabras a la perfección y se atrevió a responderle.

—Haz lo que te plazca, soldado. Tú y tu mugrosa gente van a volver a arder.

Apenas si logró ver cuando la lanza se acercaba con rapidez y violencia hacia su nuca. Magena solo pudo sentir el golpe seco antes que la oscuridad la poseyera por completo.

## Capítulo 4

### **Capítulo IV – Noche sin luna**

***"Detrás de ti va mi nostalgia***

***Y agito en vano la esperanza.***

***Déjame encender el fuego en tu candor***

***Y en ese sueño verte arder."***

Volvía a estar en brazos de su padre. Era un atardecer tranquilo, con el sol ocultándose tras el volcán que enmarcaba el horizonte hacia el norte. A pesar de la inconsciencia, Magena podía percibir que se trataba de un sueño, porque el aire se sentía enrarecido y, sobre todo, porque ella volvía a ser una cría de pecho. Napayshi y Equiro corrían alrededor de Ajachay y le cantaban una canción a la niña que reía a carcajadas con sus payasadas. Ellos eran pequeños, unos cinco o seis años. El amor y la tranquilidad en los ojos del Rumeraute eran indescriptibles, brillaban emocionados cada vez que Magena reía. La pequeña acariciaba su rostro y él parecía disfrutarlo, como si llevara mucho tiempo sin verla. Su sonrisa era plena.

— ¿Nos dejas cargarla, Ajachay? —dijo Napayshi, que se encontraba embarrado de pies a cabeza debido a los lodazales que había diseminado la intermitencia de lluvias. Ajachay dudó.

—No lo creo...

— ¡Por favor! —rogó Equiro—. Lo haremos con cuidado. Recuerda que juramos ante los dioses protegerla de todo, incluso de nuestra torpeza.

La visión de Magena se oscureció por un momento mientras la atravesaba una puntada de dolor. Si habían jurado protegerla, ¿por qué seguía siendo una esclava? La escena se hizo clara nuevamente.

—Está bien, pero procuren que Elora no me clave una lanza luego. Tengan mucho cuidado.

—Descuida, Ajachay, yo me responsabilizo por ella —respondió Equiro mientras tomaba a la pequeña de los brazos de su padre, que no pensaba

moverse de ese lugar hasta que Magena no volviera a ellos.

— Yo me responsabilizo por ella —se burló Napayshi—. Pequeño renacuajo, sigo siendo mayor que tú.

—Mayormente idiota —agregó Equiro, mientras hacía un gesto gracioso, acompañado de sendas cosquillas en la barriguita de Magena. La niña reía a carcajadas.

—Ya verás que algún día creceré y me respetarás —respondió Napayshi ofendido.

—Mientras tanto, tú eres el idiota. Además, que te vuelvas fuerte no asegura que tu inteligencia mejore.

Magená, en medio del sueño podía notar que había algo extraño en aquella conversación, quizás el aire enrarecido que los envolvía o el tono en que se hablaban los niños. Napayshi bufó y respondió a su amigo.

—Como sea, me toca cargarla.

Magená pasó de los brazos de Equiro a los de Napayshi y, apenas ella estuvo bien acomodada en sus brazos, toda la escena cambió. Llovía, pero el sol luchaba por asomarse entre las nubes. Equiro y Ajachay ya no estaban presentes y había Rumerantes que pasaban junto a ellos como sombras, fantasmas mudos que parecían ignorar por completo su presencia. Magena era ahora una mujer y Napayshi la rodeaba con sus brazos, manteniéndola apoyada contra su pecho. No podía ver su rostro, pero estaba segura que se trataba de él, tenía el pelo oscuro por debajo de la línea de los hombros. De su cuello pendía el colgante de cuero que ella había hecho con sus propias manos para regalar, uno a él y otro a Equiro, el día en que festejaba su séptima estación de cosecha. Las líneas en los músculos de su pecho y sus brazos estaban perfectamente marcadas. Sintió que la apretaba más contra él y ella no se quejó. De hecho, deseaba quedarse atrapada en aquel sueño para siempre.

La presión de los brazos de Napayshi cedió y Magena experimentó la sensación de que él tomaba su nuca con las dos manos para besarle la coronilla. Luego oyó su profunda inspiración, como si estuviera disfrutando el aroma que salía de entre las hebras de su cabello, entre rubias y castañas.

—Espérame —le dijo con una voz grave, de adulto, y con un tono de seriedad bastante ajeno al que Magena estaba acostumbrada a oír de sus labios—. Iré por ti.

Napayshi se esfumó, haciendo desaparecer la calidez y la sensación de protección que Magena había sentido. No quería abrir los ojos, se negaba

a volver a la realidad. Quería permanecer en tierra Rumeraute, protegida en los brazos de Ajachay, de Napayshi, abrazarse al pequeño Keme para sentir su vida latiendo con fuerza. Necesitaba volver a sentir el calor de las hogueras que iluminaban los rostros de los ancianos del Círculo, dejarse embargar por la tibieza del pan de Tahanea. Extrañaba a Lahnen y su expresión de concentración al engrasar la cuerda de su arco, las canciones de Romnesa.

Era tan grande su necesidad de aferrarse a su pasado porque en aquel lugar solo sentía vacío y soledad. Un estremecimiento involuntario la hizo volver a la realidad. Estaba apoyada en una superficie dura, seguramente el suelo, y sintió el frío helando su sangre. El dolor en la nuca le recordó que le habían pegado con el canto de una lanza para callarla. La dolencia se esparció, recorriendo toda su columna vertebral. Sentía los ojos hinchados de llorar y la garganta áspera, tenía náuseas y dolor en la palma de las manos, allí donde sus uñas se habían clavado con la presión que ella había ejercido.

Hizo un gran esfuerzo para abrir sus ojos y descubrirse en los aposentos de Ogenwa, fue lo único que logró vislumbrar antes que sus ojos volvieran a cerrarse. Volvió a abrirlos, el aire estaba viciado por el humo de las hierbas aromáticas, creando un ambiente narcótico e irreal. El señor de los Chará-wisúes estaba sentado frente a ella y su madre de pie detrás de él, llorando. La única iluminación existente procedía de una hoguera que no llegaba a darle calidez al clima costero de Malpayne. Magena tiritaba y Ogenwa la miraba incisivamente y con gesto altivo, esperando su reacción. Pero ella había vuelto a cerrar sus ojos, esperando que la inconsciencia la llevara otra vez a la tierra de su padre, a la protección de Ajachay y Napayshi.

Sin embargo, sintió el tirón en la ligadura de tiento que unía su pie derecho al pie izquierdo del soldado de guardia. Quiso hacer caso omiso, pero el soldado insistió, haciendo que la tira de cuero duro pellizcara la piel de su tobillo, lastimándola. No pudo evitar fruncir el rostro en un gesto de dolor y las lágrimas brotaron otra vez de sus ojos, pero no emitió una sola palabra, un solo sonido. El orgullo era poderoso en su interior, como buena Rumeraute.

—Magen, abre los ojos —Tronó la voz de Ogenwa en la quietud de la noche.

Mientras en tierra Rumeraute las noches se llenaban de cantos, tamborileos, el canto de los grillos y el crepitar de las hogueras, allí parecía concentrarse todo el silencio del mundo. La voz del rey sonaba calma, pero peligrosa.

—Abre los ojos, Magena —ordenó.

Ogenwa hizo un gesto afirmativo al soldado, que tironeó una vez más de las ataduras que lo unían a la joven. La herida se abrió aún más y esta vez Magena profirió un gemido de dolor. Elora se convulsionó detrás de Ogenwa, en un gesto de intentar protegerla, pero él la miró con una amenaza latente en su gesto, en caso que ella intentara hacer algo por su hija.

—Magena, hija por favor, haz lo que te dice —rogó Elora, que no entendía las palabras de Ogenwa, pero sabía que Magena se estaba negando a ellas.

La voz de su madre la hizo reaccionar. No la odiaba, no era verdad, y por nada del mundo haría algo que pudiera perjudicarla. Estaba dolida, eso no lo podía negar, y extrañaba demasiado a su padre. Pero era consciente de cuánto la amaba y todo lo que ella sacrificó por mantenerla segura, todo fue por su bien.

Abrió los ojos. El resplandor de la hoguera y el humo hizo que sus ojos hinchados y enardecidos escocieran, pero no se comparaba al dolor que sentía en su tobillo derecho y en la nuca. Con los ojos abiertos, se quedó tendida, esperando rendida a escuchar las palabras de Ogenwa, pero él se demoró indagando en su mirada, esperando que reaccionara. Sin embargo, Magena mantenía su mente a muchos kilómetros de allí, en el norte, donde la aldea se reúne a cantar luego de las cosechas. Entonces, el rey de los Chará-wisúes no tuvo más alternativa que comenzar a hablar. Detestaba el modo en que esa niña siempre lo desafiaba, obligándolo a cambiar de estrategia.

—Tu madre parece no estar dispuesta a hablar nuestras palabras, Magena —dijo, haciendo alusión a lo obvio—. Ella es de otra tierra. Pero tú, querida mía, eres toda una Rumeraute. Nuestras palabras se asemejan, aunque en nuestro interior sepamos que estamos enfrentados de por vida. Pero hemos dado un paso importante, ¿verdad?

Magena no respondió y a Ogenwa no parecía importarle demasiado, pero por dentro se sentía incómodo, su silencio no era lo que esperaba, sino hostilidad. Prosiguió.

—Estamos cada vez más cerca de ser una familia: tu madre, mi hijo, tú y yo.

Magena se incorporó de golpe y pudo ver su tobillo descarnado, regando la tierra de la morada de Ogenwa con su sangre. Elora no hablaba la lengua de ese mundo, pero sin dudas Ogenwa se las había apañado para averiguar que ella llevaba dentro la semilla del desamor y el deber por su hija. La mente de Magena viajaba desde Malpayne hasta territorio

Rumeraute, donde vivía su verdadero hermano y solo podía imaginarlo, puesto que la última vez que lo vio era un niño de pecho.

—Mi familia está muy lejos de aquí. No te equivocas, soy una Rumeraute como mi madre jamás podrá ser. Por esa razón, nunca aceptaré nada de ti, como ella ha hecho.

— ¿Y qué harás al respecto? Eres una mísera esclava. ¿Ves esas ligaduras? Creo que ya la conoces de sobra —dijo señalando las tiras que rodeaban su tobillo—. Te amarran a un soldado cada noche, pero si me place, podría atarte al barco que trajo a tu miserable padre a esta tierra.

—No vas a ofenderme, mi padre era Rumeraute. Ya me salvó una vez, estando en el vientre de mi madre, volverá a hacerlo ahora que soy una mujer.

—Espéralo entonces, quizás algún día venga por ti —le respondió y luego rio con ganas, sabiendo que él mismo había esparcido la sangre de Ajachay a la vera del río—. Mientras tanto, yo decido por ti.

Hizo un ademán al soldado para que la lleve fuera de su vista. Este la levantó como si se tratara de una piltrafa, tomándola del brazo para sacarla de la morada cuando Ogenwa recordó algo.

—Por cierto —El soldado se detuvo y la obligó a mirar a su señor otra vez—, no falta demasiado para que alcances tus diecisiete inviernos. Sabes lo que eso significa, ¿no? Te aconsejo que te vayas familiarizando con la idea de ser desposada por un Chará-wisú. Chowanoc está ansioso por compartir su lecho contigo y, a juzgar por su lealtad, creo que voy a concederle el deseo.

Magená no había visto que detrás de Ogenwa, al otro lado de Elora y oculto por las sombras que proyectaba la débil luz de la hoguera, se encontraba Chowanoc. La malicia en sus ojos era constante, pero le pareció a Magena que en ese momento brillaba en ellos un destello de lujuria. Sintió náuseas otra vez y se le aflojaron las piernas. Había temido aquella suerte hacía ya varias lunas, cuando notó que la mirada del capitán Chará-wisú la perseguía allí donde ella fuera. Pero la confirmación por las propias palabras de Ogenwa era demasiado para ella. Miró al señor de Malpayne en un ruego silencioso, detestaba a todos los miembros de aquella aldea, pero que la hiciera desposar por Chowanoc era el peor de los castigos que pudiera impartirle jamás.

—No me mires así, pienso entregarte a mi mejor hombre y estoy seguro que será mejor en su lecho que cualquier Rumeraute. Te estoy haciendo un favor.

Magena no toleró más tanta humillación y escupió en los pies de Ogenwa. No había mayor ofensa en aquellas tierras y ella lo sabía. El soldado tiró de las ligaduras de su tobillo, reavivando el escozor de la herida, las lágrimas volvieron a brotar y recibió una bofetada con tal ímpetu que en el momento sintió cómo su pómulo comenzaba a inflamarse.

—Llévatela, Indorí, es todo por ahora. No quiero que nadie mancille ese rostro y creo que ya recibió suficientes golpes —Una sonrisa maligna le decía a Magena que se refería a las palabras, más que a la violencia física—. Haz que le curen ese tobillo. Si enferma y muere, tendré que buscar otra esposa para mi capitán y él ya está muy ilusionado.

El soldado se la llevó mientras ella miraba con tristeza y odio en iguales proporciones a Ogenwa. Una anciana curó su tobillo descarnado, provocándole todavía más dolor. Luego, las ataduras cambiaron de pie, para no seguir agravando la herida. Se la llevó a la oscura y fría morada donde habitaban los esclavos, obligando a Magena a acostarse sin alimento y se sentó a su lado para hacer guardia hasta que otro Chará-wisú lo relevara.

Fue una noche difícil. El estómago de Magena rugía con fuerza, estaba sedienta y sentía punzadas en su tobillo. El frío húmedo de la morada de los esclavos, desprovista de todo fuego o pieles en las que guarecerse, caló sus huesos. Se abrazó a sí misma, tratando de calentar su cuerpo, pero solo logró abarrotar sus brazos por la tensión. En algún momento, concilió un sueño incómodo y su mente comenzó a divagar.

## Capítulo 5

### **Capítulo V – Fantasmas**

No era la primera vez que se hundía en esos extraños sueños que parecían contener gran parte de verdad. Creía que se estaba abrazando a la locura, hasta que comenzó a aceptar la muerte de Ajachay, entonces comenzó a abrir su mente.

Volvía a ser una niña. Iba junto a la procesión que se dirigía al claro donde el Círculo de ancianos pasaba sus días. El día anterior, Keme había emitido su primer llanto junto a un trueno que resonó en toda la planicie que ocupaban los Rumerautes. A un lado estaba Ajachay, sonriendo con esa expresión de bondad que lo caracterizaba. Llevaba puesta una pechera de cuentas que, según le habían contado, le había entregado Tahanea para que vistiera en la presentación de Keme a los ancianos. Al otro lado iba Elora, sonriente y joven, muy diferente a la menguada mujer en la que había convertido el cautiverio. Sus ojos destellaban de dicha y su mirada orgullosa acompañaba una sonrisa de plenitud. En sus brazos, iba el pequeño vástago.

Magená sabía que eran diferentes por fuera, pero estaba segura que cuando creciera, serían dos Rumerautes y nada más importaba. La realidad era que su hermanito sería más Rumeraute que ella, según Ahdik, puesto que en las venas de Keme había parte de su sangre. Ella supo tiempo después cómo pensaba su abuelo, pero en el sueño podía ver con claridad la diferencia sustancial que había entre los dos niños para el señor de los Rumerautes, sobre todo evidenciado por el orgullo embargando el gesto de su abuelo. Eso le valió una gran decepción a Magená, sin embargo, lo único que importaba era la felicidad en el rostro de Elora y Ajachay. También podía ver el mismo sentimiento en el rostro de las otras personas que de verdad le importaban. Allí estaban Napayshi, Equiro, Romnesa, Lahnen y Tahanea. Ellos eran su familia y no la diferenciaban por el color de su piel o la sangre que llevaba en sus venas, y sabía que Keme tampoco lo haría al crecer.

De pronto el grupo comenzó a alejarse. Ella seguía caminando, pero por más que intentara evitarlo, empezó a rezagarse, viendo como los demás se alejaban y ella comenzaba a quedarse al final de la procesión. Vio pasar a su abuelo y a los demás miembros de la aldea y pudo sentir la soledad abatiéndola, mientras todos seguían camino hasta desaparecer de su vista.

- ¡Shima! ¡Ataa'! —les gritó con su voz inocente, al borde de las

lágrimas—. ¡No me dejen, yo también quiero ir con ustedes!

Comenzó a correr con desesperación, esforzando sus piernitas y con sus pulmones ardiendo por el esfuerzo. El sueño era tan vívido que vivía las sensaciones en su cuerpo, como si estuvieran sucediendo.

—¡Quiero estar al lado de mi hermanito cuando el Círculo lo reciba!

Pero no importaba cuanto corriera y gritara, no podía avanzar con rapidez y nadie la escuchaba porque estaba demasiado lejos de todos.

—Yo también soy Rumeraute...

Sus palabras fueron agonizando y se detuvo abatida oyendo nada más que el canto de los pájaros y el viento que soplaba a través de ella. A sus espaldas, la aldea toda parecía abandonada. Ni un alma trabajando en los telares, trayendo ropa limpia del río o volviendo del silo de madera donde se guardaban los granos. No había cazadores aprontando sus herramientas o regresando con presas por carnear. Parecía una aldea de fantasmas del pasado. Pero una voz se coló entre las briznas de pasto, a lomos del viento.

«Avanza, Magena. Olvida el miedo y sigue avanzando.»

Podía reconocer esa voz incluso en sueños y a pesar del tiempo que llevaba sin escucharla. Era Nawat, el más anciano de los miembros del Círculo.

«Ven hacia nosotros.»

Entonces, una vez más, Magena intentó avanzar, corriendo con todas sus energías mientras veía lo poco que progresaba su llegada al claro. Pero no se dejó abatir. Siguió corriendo hasta que no tuvo más aire en sus pulmones, entonces se detuvo un instante para recobrar el aliento y prosiguió caminando. Pudo sentir como si pasaran implacablemente las horas y el camino que normalmente llevaría unos minutos en ser recorrido se extendió y se convirtió en tres días con sus noches. Vio morir el sol y la luna tres veces, pero nunca se detuvo y continuó hasta que llegó a ver en lontananza el claro entre los árboles y los ancianos sentados en el centro, en círculo.

Solo estaban allí los miembros del consejo Rumeraute, los más ancianos y sabios de la aldea. No quedaban siquiera rastros del resto de su pueblo, de su familia. Había silencio en exceso allí donde ni las aves se atrevían a interrumpir el trance del Círculo. Pero no sintió miedo, más bien paz. Una paz que había necesitado con desesperación desde el día en que la habían despojado de su gente y de todo lo que conocía. Nawat y Lihui abrieron sus ojos al notar su presencia, para luego ser imitados por el resto de los

ancianos.

—El miedo paraliza —sentenció Nawat, con su voz ancestral, cargada de sabiduría—. Te ha alejado de todo lo que amas. Ahora que el valor ha vuelto a despertar en ti, te ha traído hasta nosotros. Pero aún hay temor en ti, debes enfrentarlo por completo.

—Pero estoy sola. Todos se han ido y me han abandonado.

—Eso no es cierto. Siempre estuvimos contigo, protegiéndote a través de la distancia. Muchos aquí también han perdido una parte de su alma el día en que tú y tu madre se fueron. Hay cosas que no pueden ser reparadas, que nunca volverán a ser lo que fueron. Por eso, avanza. El pasado puede ser un arma letal si te atas a él eternamente.

Las imágenes se volvían confusas ahora. Se sentía aun como una niña, se podía ver como el día en que Ogenwa la llevó junto con su madre a Malpayne para esclavizarlas y atarlas a una vida de carencias y dolor. Pero su mente hilaba los pensamientos de una adulta, los pensamientos que la acompañaban en cada jornada de su cautiverio, en tierra Chará-wisú. La visión del claro y los ancianos pareció velarse ante la imagen de Malpayne, con la mole escalonada al fondo y la tristeza de los pocos aldeanos que habían permanecido allí luego de la incursión de Ajachay.

—No sé hacia donde avanzar. Estoy atada de pies y manos, en cuerpo y espíritu. Shima y yo estamos abandonadas en esta tierra oscura dominada por gente cruel que nos mira con desdén por pertenecer al pueblo Rumeraute; pero también con miedo, creyéndonos demonios por el color de nuestra piel.

—Una vez te dije algo que seguramente no recordarás, eras una cría recién amanecida a la vida, pero te lo recordaré ahora mismo —respondió pacíficamente el anciano—. El destino te ha traído hasta estas tierras que han de ser extrañas para tu madre hasta el día de su muerte. Pero serán para ti tu último hogar. En tu alma traes cambios: prosperidad y también penas. Nuestro destino está sellado. Estamos en tus manos, eres el fuego renovador para bien o mal. La unión de los pueblos descansa ahora en tu corazón, más hemos de sufrir calamidades y ese será también tu destino. Lleva con orgullo ese honor y esa pesada carga. Somos ahora tu familia.

—Ese no es el ritual de presentación —aseguró Magena presa de la confusión que atravesaba los velos del sueño.

—Esas palabras vinieron a mí el día que amaneciste, los dioses me las enviaron, solo para ti. Nunca las olvides.

Tomó unos momentos para asimilar las palabras del anciano, aunque pareció que había pasado una eternidad hasta que Magena retomó las

palabras que se aglutinaban en su garganta.

—No entiendo por qué alegrías y calamidades penden sobre mí desde el día en que amanecí, Nawat. Yo no elegí ser su portadora, no los quiero, solo quiero una vida tranquila. Necesito acunar a Keme hasta hacerlo soñar, volver a los brazos de mi padre. ¿Por qué mi padre no ha venido aún?

No hubo respuestas, los ancianos dirigieron sus miradas hacia ella. No la veían, sus ojos estaban ciegos. La pálida pudo ver sus blancas órbitas posadas en ella, como amonestándola, pero a la vez presas de un pesar que ella no podía llegar a comprender. Luego bajaron sus miradas y ya no hablaron más. El silencio volvió a rodearla. Eso fue todo. Iba a retomar las palabras, iba a ser impertinente mancillando el sagrado cuando la imagen del claro y del Círculo, de Malpayne y la mole escalonada, comenzaron a desvanecerse en la oscuridad. Pero incluso entonces, pudo escuchar despierta las últimas palabras de Nawat.

«Ten valor, tu libertad está próxima.»

La voz del anciano quedó resonando en su mente y la sobresaltó, haciéndola reaccionar rápidamente. No sentía valor, más bien una impotente angustia que aquel sueño no llegó a mitigar. Había oscuridad a su alrededor, pero acostumbrada a ella, podía ver la figura del soldado que estaba atado a ella, recortado en las sombras. Sabía que permanecía despierto, vigilándola incluso cuando nada podía hacer.

Los olores de la morada de los esclavos se confundían en la mente de Magena, que había llegado a percibir el aroma de la hierba y la lluvia fresca, del río y de las hogueras, de la tierra del territorio Rumeraute. Allí dentro, el aire era húmedo y se entremezclaba con el sudor de los esclavos, el hedor rancio de las vestiduras y el depósito de inmundicias que descansaban en un rincón de la edificación. Los ojos le escocían. Había sentido la pureza del aire que rozaba su cuerpo, el rumor del agua fresca. Pero ahora despertaba entre el hacinamiento y la pestilencia.

Había mucho silencio, interrumpido ocasionalmente por algún ronquido o el tenue rumor del ganado y los caballos. Además, Magena podía percibir una respiración muy cerca de su oído. Era su madre, podía reconocerla hasta en su manera de tomar aire y dejarlo escapar a cuentagotas.

— ¿Otro sueño? —preguntó Elora en un susurro, a pesar de saber que el soldado estaba atento. Pero él no conocía su idioma y no diría nada a menos que hablaran demasiado alto.

—Este fue diferente —respondió secamente la joven.

—Lo siento mucho, hija. No quería que te maltrataran así.

—Somos esclavas — Le mostró, en las penumbras, las ataduras que habían puesto en sus muñecas para acompañar sus palabras —, ¿lo recuerdas? Así nos tratan.

Decidió reconsiderar su tono y sus palabras. Elora era tan o más víctima que ella y por más que la ira bullera en su interior, su madre no era culpable.

—No te culpo. Yo lo siento, no debí enloquecer contigo.

—Yo debí protegerte ese día, hacer que te dejaran huir y me tomaran solo a mí.

—Shima, de todos modos, no hubieras conseguido nada. Así debió ser, habrá alguna razón.

Elora movió su mano a tientas hasta llegar al rostro de su hija para acariciarla. Había sido una madre bastante fría durante toda su vida y sentía el peso de la culpa, por la falta de afecto, las malas decisiones. Esa joven debería estar viviendo con su abuelo, su verdadero abuelo, estudiando idiomas y reglas de etiqueta, tener las mismas posibilidades que había tenido Elora en su juventud. Pero había elegido seguir a John y las consecuencias estaban frente a ella.

—El Círculo apareció en mis sueños. ¿Crees que sea una señal, que padre vendrá por nosotras?

—No lo creo hija. No des a los sueños demasiada importancia.

— ¡Pero se veía tan real! Me pidieron que tenga valor, que la libertad estaba próxima. Quizás ataa' se estuvo preparando todos estos años. Estos roñosos esclavistas ya no...

— ¡Magená, para ya! —interrumpió enojada Elora—. ¿Nunca se te ocurrió que Ajachay pudo haber muerto? Ya no estaríamos aquí de no ser así.

— ¡Silencio, esclavas! —vociferó el soldado en lengua Chará-wisú, pateando las piernas de Elora para que comprendiera.

Elora supo entonces que se había dejado llevar por las pasiones, sin medir las consecuencias. Poco le importaba el soldado y el castigo que pudiera impartirle a ella, pero Magena estaba en silencio, como petrificada. Pudo sentir como comenzaba a temblar luego de unos segundos. Estaba llorando.

—Mi padre está vivo —susurró Magena entre dientes.

Presa de la ira y el dolor se retorció furiosa en el camastro, dándole la espalda a su madre, para continuar su llanto en privado. Pero en su fuero interno las palabras de su madre ya se habían hecho eco y comenzó a comprender aquellas níveas miradas de los ancianos, llenas de pesar y reproches.

## Capítulo 6

### **Capítulo VI – Renard**

La ruina había llegado implacable para Lamarc. La falta de actividad había menguado sus arcas hasta que pronto no podía ni darse el lujo de beber brandy. Despertaba muy tarde para dirigirse a una taberna de mala muerte para pedir un brebaje que no sabía si era ginebra, ron o alcohol de lámparas. Lo cierto era que quemaba la garganta y le hacía perder la consciencia y eso era suficiente teniendo en cuenta el poco dinero con el que contaba.

Se sentía miserable como nunca antes y eso era mucho decir. Cuando el rey le informó que dejarían de subvencionar su proyecto de buscar nuevas tierras, pensó que irían a impartirle algún otro tipo de trabajo. Él siguió derrochando, con la esperanza de ver el dinero de regreso, pero, en definitiva, la corona había decidido cortar todo vínculo comercial con él y luego llegó la austeridad.

Lo primero de lo que debió prescindir fueron las comidas suntuosas, aunque eso no le quitaba el sueño. Sabía que debía alimentarse para vivir, pero con dos raciones diarias de alimento sencillo, podía subsistir sin problemas. Pero luego las prostitutas dejaron de acudir a sus aposentos; ya sin dinero, los lujos comenzaban a escasear. Pero lo peor llegó con la carencia de brandy. La falta del líquido soporífero hacía insostenible soportar la situación de ver cómo se iba hundiendo en la pobreza, que sus planes se evaporaban y sus ambiciones se frustraban.

La gente que trabajaba para él en los astilleros, los mercenarios que cumplían función de soldados cuando lo respaldaba la corona, los fisgones y los que le traían información de la corona, todos desaparecieron de su lado apenas supieron que no podría pagarles. Pero no importaba porque, en algún momento, él conseguiría retomar su proyecto y vendrían de rodillas a pedir que permitiera que volvieran a trabajar a su servicio nuevamente. Lamarc estaba seguro que pronto tendría la oportunidad de devolverles la partida.

Muchos pensaban que no pasaría demasiado tiempo hasta que se volviera completamente loco, otros pensaban que ya lo estaba, pero el propio Lamarc sabía que nunca había estado tan cuerdo ni tan consciente como desde el día en que las provisiones de brandy escasearon, y aunque se sentía miserable y quería asesinar a quien se cruzara en su camino, no era tan necio como para no reconocer que el alcohol disipaba sus ideas. Ahora sentía que era el ser más infeliz sobre la tierra, pero con ideas

claras.

Extrañamente, todos lo habían abandonado, todos habían expuesto excusas y miserias, todos excepto Everett Cline. Contra todo pronóstico, su mugroso asistente había permanecido a su lado, tratando de apuntalarlo cuando la falta de brandy se hizo más evidente, cuando la carencia de alcohol había comenzado a nublar su mente y permaneció ahí hasta que las ideas regresaron claras.

Cline no era ningún santo. Si estaba ayudando a Lamarc era porque aún lo necesitaba con vida. Pero eso lo llevó a pasar situaciones de extrema carencia y soportar las miserias de su señor con mucha paciencia. Sabía que en el endeble estado en que se encontraba la mente de Lamarc, podría hacer fracasar sus planes, por lo que ciertamente prefería limpiarle el culo como a un crío. Además, cuando el buen juicio de Vincent Lamarc regresó, vio que todos lo habían abandonado, pero Cline no lo había dejado solo y eso le dio un voto de confianza extra hacia su subordinado.

Pero no fue nada fácil. No solo era limpiar la mierda del viejo. Había pasado demasiadas noches en vela, atento a su señor, al que mantuvo atado fuertemente de pies y manos, para evitar que se quitase la vida en algún arranque de locura. Y el viejo estratega gritaba y lloraba, pidiendo que le dejaran apagar su vida para evitarle más sufrimientos. Pero Cline no iba a darse por vencido tan pronto. Tenía un objetivo por cumplir y ni siquiera la locura de aquel borracho adicto a las putas iba a impedir que lo lograra.

¿Había flaqueado alguna vez en su determinación? Muchas. En varias ocasiones se planteó si sería mejor abandonarlo en la desidia para que la falta de alcohol y la soledad hicieran que tomara la decisión de quitarse la vida, también pensó en matarlo con sus propias manos, nadie lo extrañaría. Sabía, además, que la segunda opción sería la más placentera, sobre todo en las ocasiones en que se acercaba a asearlo, a limpiar su mierda, y recibía como premio manotazos y objetos arrojados con odio contra su humanidad. Pero luego lo pensaba fríamente, como el estratega que creía ser, entonces decidía que no se iba a dejar ganar por la ira. Ya habría tiempo para eso.

Pero un día Lamarc comenzó a volver a la realidad lentamente, hasta que logró darse cuenta que se había dejado ganar demasiado rápido por la miseria, no solo la miseria material, sino la de su alma, lo cual le había dictado caer en una seria autodestrucción durante más de un año. Sin embargo, antes de la ruina habían sucedido otras cosas que, al recuperar la cordura, le dieron la fuerza para volver a ser el mismo Vincent Lamarc que había enviado gente rumbo a lo desconocido por mancillar tierras nuevas y conseguir más esclavos.

Luego que el rey expusiera sus condiciones, dándole a entender que prescindían de sus servicios definitivamente, envió a Cline con un recado al arzobispo. Se lo habían rechazado, negándole una entrevista. Pero Lamarc siguió insistiendo mientras se lo permitió la cordura. Así, Cline iba y venía constantemente de la casa de su señor hacia el arzobispo con un pedido de entrevista y desandaba el camino con una respuesta que rechazaba de plano cualquier reunión. Luego sobrevinieron las carencias, las pérdidas y la miseria, y Vincent Lamarc ya no fue capaz de dar una orden coherente.

Sin embargo, fue la determinación de Everett Cline por lograr sus ambiciones, aunque Lamarc lo desconociera, lo que lo sacó del foso en el que estaba Lamarc. Y cuando logró emerger, retomó la tarea de convencer al arzobispado que tenía buenas razones para que lo escucharan. Llevó años lograrlo, siempre había una razón, una excusa: los pobres, la necesidad de mediar entre estos y la corona, los enfrentamientos que no se habían podido evitar, la muerte de muchos miembros de la realeza a manos de los hambrientos y los enfermos, la ira del rey desencadenando un conflicto genocida. Hubo un momento en que las aguas se calmaron y Cline corrió urgentemente con otro pergamino lacrado; finalmente lo recibieron y leyeron el mensaje, comunicándole que aceptaban recibir a Lamarc. Pero cuando lo escucharon, se rieron de él y le dijeron que, si tenía hambre, podía presentarse a pedir alimentos, pero que de ningún modo consentirían tamaña locura de contradecir al rey para enviar barcos hacia un destino que no sabían si existía.

Cuando el viejo ya estaba operativo nuevamente, llegó la peste y la gente comenzó a morir en grandes cantidades, terminando apilada en las calles sin importar si eran pobres, ricos, de la realeza o de la más baja calaña. Cline cayó preso de unas fuertes fiebres que lo mantuvieron asediado, envuelto en umbrías alucinaciones hasta terminar inconsciente. Lamarc se sintió en deuda con él por permanecer a su lado en su peor momento y decidió retribuirle el cuidado que Cline le había ofrecido años atrás. Pero además sabía que, si perdía al único hombre que aún permanecía fiel a su causa, todo sería más difícil. La situación fue complicada, ya casi no tenía dinero, por lo que tuvo que acceder a pedir alimentos al arzobispado como cualquier pobre y vender sus mejores trajes para poder comprar ungüentos y mezclas de hierbas que le calmaran los delirios febriles.

Cuando Cline recuperó la consciencia, maldijo al comprender que ahora estaban a mano, pero debió aceptar que el viejo había resignado mucho de sí por salvarlo. Quizás, hasta estuviera en deuda con él, y eso lo enojaba demasiado. Sin embargo, cuando se recuperó totalmente, aceptó de buen grado volver a intentar que el arzobispado cediera. Hacía allí se dirigió con premura, pero al llegar al recinto donde se congregaban las autoridades episcopales, le fue informado que el arzobispo había muerto a causa de la peste y eso podía jugarle a favor, ya que el difunto se había mostrado adverso a la esclavitud que pretendía Lamarc con sus planes,

pero había muerto y nadie los recibiría hasta que hubieran elegido a su sucesor.

Para sorpresa del señor y su servidor, un día llegó una misiva al hogar de Lamarc firmada por el arzobispado, en ella se exponía la necesidad de una reunión urgente con el nuevo arzobispo. La noticia no podría haber llegado en un momento más oportuno, Lamarc estaba empezando a considerar que no le quedaban más opciones que bajar los brazos y tratar de sobrevivir con algún proyecto menos ambicioso que aquel que lo había llevado a la ruina, la locura momentánea y la frustración. Pero con este giro en los acontecimientos, se reavivó la llama de la ambición y, automáticamente comenzó a frotar sus manos cual mosca sobre la basura, deseoso de dominar más allá de los límites conocidos. De todos modos, ¿Cuánto podría perder exponiendo una vez más sus planes? Ya no tenía nada que perder, un último intento no podría complicar más su ya angustiosa situación económica.

Finalmente, y tras mucha espera, el glorioso día llegó. Vistió el único traje que había conservado y engalanó su presencia con los últimos vapores de la fragancia que usualmente encargaba a perfumistas exóticos. Esta vez, decidió que quizás causaría una impresión más positiva si se dejaba acompañar por Cline, jugando un papel de consejero. Como subordinado, su presencia resultaría obsoleta, ya sin negocios desde hacía muchos años. Pero el hecho de presentarse sin compañía confirmaría que se encontraba realmente solo, porque ya no despertaba confianza y nadie apoyaba sus ideas. La presencia de un consejero a su lado daba importancia a los dos hombres por igual.

Cline sabía que podría jugar aquel juego con soltura y sacar provecho de ello. Por eso, debió asearse a cabalidad, vestir con sus mejores ropas, que no eran gran cosa, y tratar de oler lo mejor posible, trabajo en el cual también se afanó Lamarc.

Se presentaron ante los altos mandos del arzobispado y fueron recibidos de buen grado y escoltados a través de unos floridos jardines amurallados donde uno bien podía olvidarse que se encontraba en una ciudad presa de hambre, lucha de clases, enfrentamientos, enfermedad y muerte a gran escala. Atravesaron el salón principal, donde oficiaban los obispos y luego los condujeron hasta una oficina pequeña pero confortable. Lo primero que vio Lamarc sobre una pequeña mesilla de servicio fue una botella con un líquido ámbar, seguramente, una bebida alcohólica. Cerró los ojos para no ceder a la tentación de ir a servirse por su cuenta.

Iba preparado mentalmente, se había hecho a la idea que tendría que esperar una eternidad hasta que alguien se dignara a presentarse ante ellos. La corte real tenía como costumbre dejarlo horas esperando, como si fuera un simple aldeano, pidiendo alimento. También el difunto arzobispo se había posesionado con la tradición de burlarse de su tiempo,

haciendo que Cline languideciera en la espera, para finalizar burlándose de su pedido.

Sin embargo, en esa oportunidad, no transcurrieron más que unos minutos cuando un hombre alto, de mirada fría y calculadora se presentó ante ellos. Se pusieron de pie, titubeando al no saber cómo comportarse ante un desconocido que, bien podría ser el propio arzobispo o un subordinado: todos vestían con la misma suntuosidad. Pero Lamarc se descubrió sorprendido al encontrarse frente a una autoridad eclesiástica que no superaba los cien kilogramos de peso corporal.

—Soy el arzobispo Renard —se presentó—. Imagino que uno de ustedes ha de ser Vincent Lamarc.

El viejo asintió, dando fe que era él el aludido. El arzobispo hizo un ademán para que volvieran a tomar asiento, Lamarc ofreció una reverencia y Cline lo imitó sabiendo que su actuación estaba por comenzar. Luego, tomaron asiento.

—Vincent Lamarc, en efecto —admitió el viejo con solemnidad por si Renard conservaba sus dudas y señaló a su acompañante—. Él es Everett Cline, mi consejero personal.

—Entiendo que es un consejero muy personal —respondió el arzobispo, poniendo mucho énfasis en las últimas palabras—, me han informado que fue él quien tan insistentemente traía sus pergaminos. Por lo que me informaron, hubiera jurado que Everett Cline no era más que un criado, pero resultó de su entera confianza —finalizó asegurando con arrogancia.

—De mucha confianza, es verdad —intervino Cline, comprendiendo que, si se quedaba callado, estaría dando cuenta de su servilismo—. Justamente por eso Vincent depositaba en mí el éxito de una reunión, no en un mísero sirviente. Y déjeme decirle que ha sido complicado, pero mi accionar ha dado sus frutos.

Renard suspiró, meditando lo que acababa de oír. Lo miró con desdén, pero con suficiencia también, conforme de recibir una respuesta de su agrado. Había mordido el cebo. Luego prosiguió

—Bien. Como imaginarán, no dispongo de mucho tiempo como para demorarnos en una charla cordial. La administración anterior era tendiente al despilfarro y ahora he de encausar esta orden...

Lamarc sintió un dolor en su estómago. Imaginó que, si este nuevo arzobispo no era afecto al despilfarro, jamás aceptaría su propuesta.

—...por lo tanto —continuó—, hemos de ir directo al punto. Lo escucho,

Lamarc.

—He de disculparme por el atrevimiento —respondió el viejo luego de unos momentos de duda. Algo no le cuadraba—, ¿no habremos de reunirnos con los demás?

— ¿Los demás? —inquirió Renard con altivez y subiendo el tono de su voz—. ¿Quiénes? Las decisiones importantes las tomo yo. ¿Piensa hablar o continúo con otras cuestiones? Le recuerdo que no gozo de demasiado tiempo. Envié barcos a explorar en búsqueda de nuevas tierras para nutrir sus arcas con nuevos esclavos y riquezas, barcos que no regresaron ni dieron más señales de vida. Ahora quiere enviar nuevos barcos porque cree que, si los tripulantes no murieron, encontraron buenas razones para no regresar. ¿Me equivoco?

Renard hablaba muy rápido y con total seguridad. No tomaba aire siquiera para evitar ser interrumpido. Lamarc y Cline lo notaron, por eso aguardaron unos momentos antes de intentar decir algo.

—No, señor arzobispo —respondió Lamarc con zalamería finalmente—. Básicamente, de eso se trata. Además, podríamos extender la palabra del Señor —argumentó con fingida obsecuencia, riendo por dentro al pensar que en su vida jamás había siquiera abierto las sagradas escrituras.

— ¡A la mierda el Señor! Tierras nuevas siempre dejan abierta la puerta hacia nuevos tesoros invaluable. La historia da suficiente cuenta de ello, sucedió antes, no dudo que suceda nuevamente.

Lamarc y Cline permanecieron en silencio, impresionados ante la ambición de aquel hombre. El viejo carraspeó y prosiguió hablando, temiendo que, si se enfriaba la conversación, Renard pudiera perder interés. Aunque con las últimas palabras, había dado la pauta que quizás ese hombre estuviera desesperado, más que él.

—Es usted un hombre inteligente —musitó el viejo, que había comprendido que al arzobispo le gustaba que le sobaran el lomo como a un animal—. Sabe que no hay grandes probabilidades de encontrar lo que buscamos, o tal vez sí. Pero por el momento, lo desconocemos. En caso que no hubiera esclavos hacia donde hemos de dirigirnos, al menos habremos abierto un nuevo rumbo con grandes riquezas incluidas. Pero en principio, el rey negó más cooperación y, si he de serle franco y directo, necesito dinero para nuevos barcos y tripulación.

— ¿Qué hay de las cartas de navegación?

—Tenemos el curso preciso de los barcos hasta el momento en que desaparecieron. A partir de allí surgen el misterio y las dudas sobre el

éxito de la misión.

Renard sopesó algunos segundos las palabras de Lamarc, luego asintió enérgicamente.

— ¿Qué otra cosa se necesita para proseguir con “la misión”? —preguntó evidenciando con intención el desdén al repetir las palabras del viejo.

—Contratar nueva tripulación y algo más —agregó bajando la voz al máximo, y agregó en tono confidencial—: la corona negó su apoyo, por lo tanto, no cuento con ejércitos que puedan enfrentarse a una posible hostilidad. Necesitamos armas y mercenarios que las manejen.

—Puede contar con obtener todo eso. Usted recibirá renombre y explotará el comercio de esclavos bajo un impuesto de penalidad por el usufructo de humanos. No se preocupe, será de risa, una formalidad para evitar problemas futuros. Todas aquellas cosas materiales que puedan tener un valor económico serán propiedad del arzobispado, pero recibirá un pequeño premio en caso que exista tal ganancia. No espero que acepte las condiciones, esto ya es un trato. Tampoco creo que quiera negarse, porque en tal caso, tendría que lamentarlo con su vida. ¿He sido lo suficientemente claro?

Otra vez una catarata de palabras que habían comenzado como un supuesto y habían acabado en una orden que no podía ser objetada.

— ¡Por supuesto, señor arzobispo! —respondió Lamarc al cabo, con ojos desorbitados—. De todos modos, no pensaba negarme.

—Entonces, puede retirarse. Pronto recibirá noticias mías.

Lamarc no podía creer que todo resultara tan sencillo. Mientras se ponían en pie para retirarse, Cline sonrió satisfecho por dentro. El plan ya estaba en marcha.

## Capítulo 7

### **Capítulo VII – Ausencias**

***"No te demores mas  
que se parte el cielo en dos,  
que se quiebra el mar [...]  
buscando el fuego de tu corazón."***

El silencio se había tornado ensordecedor, insoportable. La aldea ya no era la misma. Hacia donde miraba creía ver fantasmas asediándolo: Potamac, los aldeanos que habían muerto en la esclavitud, Ajachay, Elora y Magena. Porque, ¿cuáles eran las probabilidades que siguieran con vida? Y aunque Ahdik las había despreciado abiertamente creyéndolas dos extrañas, la culpa no dejaba de asediarlo. Además, las ausencias de los caídos minaban el ánimo de aquellos que aún permanecían en sus tierras.

Todo había vuelto a ser como antes y, en parte, era su culpa por no haber escuchado a su hijo. De haberlo ayudado cuando se lo pidió, Ajachay no habría tenido que actuar desde las sombras, tendría que haber ido él mismo con sus guerreros a enfrentar al enemigo. Ahora su hijo estaba muerto y la mujer y la semilla por las que arriesgó su vida probablemente hubieran muerto también.

Sentía culpa y lo corroía por dentro pensar en la niña a la que había rechazado con tanta insistencia. A veces, por las noches, lo atormentaba la imagen de su menudo cuerpo abandonando la vida y, aunque los años habían trascurrido, seguía apareciendo ante él como la niña que era la última vez que la vio. ¿La recibirían los ancestros como una Rumeraute o se desvanecería en la nada y los recuerdos de quienes la amaron? Porque, a pesar del dolor que sentía, seguía sin aceptar que Magena fuera una de los suyos. Sin embargo, los ancianos del Círculo habían asegurado sin ningún rastro de duda que Elora y Magena habían sobrevivido y él sabía que no hablaban sin estar seguro, aunque a veces le resultara improbable pensar que hubieran resistido todos esos años bajo el yugo de Ogenwa.

Fue debido a la confianza que depositó en los ancianos que decidió aceptar su pedido de formar jóvenes Rumeroutes, no solo para prevenir futuros ataques, sino para estar listos cuando fuera el momento de ir a rescatar a las pálidas. Pero, además, también se había dedicado a criar a

su nieto, que había quedado repentinamente sin padre, madre y hermana cuando era solo un crío de pecho. Todos los días se afanaba en explicarle la razón por la cual no iban a salvar a Elora y Magena de las garras de los Chará-wisúes; aunque se negaba a confesarle que cabría la posibilidad que ambas estuvieran muertas desde aquel fatídico día, o quizás tiempo después, en medio del ultraje de la esclavitud.

Sentía la necesidad de protegerlo porque era lo único que quedaba de su descendencia. Pero Keme, con sus ocho escasas estaciones de cosecha, demandaba cada día más explicaciones además de pedirle a su abuelo que lo entrenara como guerrero. Pero Ahdik no iba a acceder hasta que creciera, e incluso eso lo inquietaba, no quería perder a nadie más.

Comprendía que la muerte era parte inevitable de la vida y algún día habría de entregarse él mismo a aquella vieja amiga, para poder reencontrarse con sus antepasados. De hecho, incluso necesitaba llegar a ese momento, volver a ver a Potamac y disculparse por llevarlo a alejarse de su familia. Pero también ansiaba volver a los brazos de su esposa, que había muerto tratando de dar a luz a una semilla que nunca amaneció. Ella era demasiado joven, hermosa y llena de vida. Pero la muerte tendió su manto, llevándose prematuramente a dos de sus seres amados el mismo día. Necesitaba estar cerca de su hijo otra vez, el único al que tuvo oportunidad de abrazar —aunque nunca la tomó—, para pedir perdón por los años de rechazo, por no haber aceptado que su destino era diferente al propio, pero no por eso, menos importante. ¡Estúpido viejo orgulloso!

Sin embargo, también necesitaba agradecerle por no haber abandonado nunca su eterno amor a la vida, a la alegría de estar vivo, incluso cuando la muerte ya se lo había arrancado de sus brazos. El único abrazo que Ahdik dedicó a su hijo, fue a sus despojos ya mortales; y ahora que no estaba a su lado, había comprendido cuánto lo necesitaba, que su optimismo era contagioso y que, a pesar del orgullo, lo había amado más que a su vida.

Recordaba como agua clara el día en que vio a Lahnen cargando su cuerpo inerte. Se veía tan vacío como una cáscara de nuez, pero su recuerdo lo mantenía tan lleno de vida que la ironía era dolorosa. Lo cargó en sus propios brazos, sintiendo cómo la sangre de su hijo corría entre sus manos, empapándolo del mismo modo que las lágrimas empapaban el rostro y el pecho desnudo de Lahnen.

—Ve por ellas —le pidió—, por favor, ataa´. Sé lo difícil... que ha resultado todo... esto —hablaba con dificultad, la debilidad apoderándose de él—. Pero Elora es... una buena mujer y... Magena... te ama a pesar de todo.

Las lágrimas aún se veían en su rostro sudado, lleno de tierra y sangre. Lahnen yacía a su lado, derrumbado en el suelo, abatido por el dolor. Romnesa había salido de su tienda con Keme en brazos y cuando vio

aquel trágico cuadro, comenzó a pedir por ayuda mientras se dirigía hacia su nieto.

—No grites, mujer —dijo sonriendo, incapaz de abandonar su eterna sonrisa y su mofa—. Ya nadie puede... ayudarme. Agradezco tu... comprensión y tu ayuda... todos estos años —Miró a todos y a ninguno en particular—. Sávenlas de los Chará-wisúes, díganles que las amo... y las amaré... en el valle tras la muerte.

Lo último que hizo antes de abandonar definitivamente el plano mortal fue dedicarle una caricia al rostro regordete de Keme con sus manos bañadas en su propia sangre, mientras el pequeño había comenzado a llorar, sin comprender razones, pero sintiendo el pesar que se sostenía suspendido en el aire.

—Ayor anosh'ni, ghe'shi

«Te amo, hijo mío» pronunció con su último suspiro mientras la aldea entera se había reunido en torno a su cuerpo y el dolor fue embargando uno a uno a aquellos que amaron a Ajachay. Pero el dolor no había hecho más que comenzar, Elora y Magena habían desaparecido y había varios en la aldea que querían salir a incendiar Malpayne para recuperarlas. Sin embargo, Ahdik ordenó que se respetaran las palabras de los ancianos del Círculo y, a pesar de su propia ira y dolor, él también debió aguardar pacientemente. Entonces, tuvo que reprimir todos los sentimientos de su interior y obedecer el designio de otros porque también temía perder lo único que le quedaba: su nieto.

No, no podía negarle su formación como guerrero, pero sí podría retrasarla hasta que ningún maldito esclavista quedara en pie como para que pudiera quitarle a Keme del mismo modo en que le habían quitado a su único hijo. Ya había perdido demasiado, era momento de defender su sangre y demostrar que era un verdadero jefe tribal.

Esa noche fue preso de sueños particularmente malos, tenía el cuerpo entumecido y la mente demasiado perturbada por los recuerdos y la visiones de lo que podría estar sucediendo en Malpayne. Keme dormía a su lado, pero no plácidamente: los sueños y los escasos recuerdos alentados por lo que le habían contado también atosigaban al niño. Ahdik despertó y sintió entonces la repentina necesidad de dirigirse hacia el claro donde constantemente parlamentaban los ancianos del Círculo, en comunión con la naturaleza. Salió de su techada y pasó por los aposentos de su madre para pedirle que velara por Keme mientras él se ausentaba.

Era la sexta hora del ocaso y la luna ya dormía, pero aún faltaban unas horas para que el sol hiciera su aparición. La oscuridad era total y no había un alma deambulando por la aldea, pero a él no le importaba, conocía tanto aquellas tierras que podría caminar entre las techadas con

los ojos cerrados sin dificultad. Por eso no dudó en dirigir sus pasos hacia el claro. Incluso la magia que protegía aquel lugar y a los ancianos parecía atraerlo, haciendo su andar más seguro a pesar de la oscuridad que lo rodeaba. Caminó entonces preso de la necesidad de dialogar con aquellos hombres respetados por la tradición y su sabiduría, con una ansiedad furiosa, una urgencia por saber qué era lo que provocaba su sentir. Temía lo peor, desde que Ajachay se había ido para no regresar, siempre permanecía a la defensiva, esperando que una gran calamidad llegara para volver a sumir a su pueblo en la amargura.

A lo lejos pudo ver un fuego crepitando en la oscuridad y la magia de aquel lugar sagrado que era prácticamente palpable. Los ancianos estaban allí, inamovibles, como siempre. Llevaban años en ese claro, él los veía desde que era muy pequeño, incluso algunos habían llegado antes que él naciera, como era el caso de Nawat. Su existencia era tan longeva que ya no se podía contar en estaciones de cosecha, porque la memoria se perdía en los siglos. La longevidad era inherente a su naturaleza, junto a su sabiduría, porque ellos ya estaban destinados a pertenecer al Círculo mucho antes de amanecer a la vida. Pensar en los ancianos y su condición produjo en Ahdik una punzada de culpa, los ancianos habían vaticinado que no esperara un guerrero de Ajachay cuando su esposa lo estaba gestando, porque los dioses lo habían marcado como sabio, no como luchador. Pero él había desoído constantemente sus ruegos, y la culpa por su muerte era insoportable.

—Por fin has llegado, Ahdik. —Habló Nawat, interrumpiendo sus pensamientos cuando el jefe aún estaba lejos del grupo de sabios—. Te hemos estado llamando hace largo rato.

—Los sueños me atrapan y no dejan que escape. Y no soy el único...

—Keme no abandonará sus sueños, por propia decisión está abrazado a ellos. Son el único modo que encontró de mantenerse junto a la familia que perdió —respondió Lihui, siempre anticipando los pensamientos de sus interlocutores, como buen anciano del Círculo—. Tú guardas tus recuerdos en la memoria, él era demasiado pequeño cuando se los llevaron como para recordarlos. Pero no temas por él, ese niño es más fuerte que tú. Será un gran jefe algún día.

—Yo no quisiera que esa carga recayera sobre sus espaldas.

—Pero es su destino y tú...

—Y yo no volveré a interferir en el destino de nadie.

—Haces bien —afirmó Nawat con una sonrisa débil en sus labios

apergaminados—. Acompáñanos, hay mucho de qué hablar.

\*\*\*

Mientras el vientre de Elora se iba hinchando considerablemente, el ánimo de Magena decaía. Quizás, en la profundidad de su corazón habría considerado la muerte de su padre. Pero él no podía estar muerto, no lo quería aceptar. Ajachay era vida. Aceptarlo era aceptar también que jamás volvería a verlo, que no volviera a buscarlas, como hubo hecho varios años atrás. Se había abrazado al recuerdo manteniendo vivo a su padre en su memoria, su imagen, su voz serena, guardando la imagen de su sonrisa franca y todas las enseñanzas que él le ofrendó con amor antes que sus caminos fueran separados. Existía en Magena una gran dicotomía entre lo que el corazón le dictaba y lo que la voz en su mente declaraba a gritos.

Se encontraba apartada de todos. Finalmente le habían permitido unas horas sin custodia para vagar dentro de los límites, pero ella sabía que "sin custodia" significaba que por algunos momentos no estaría atada a un soldado, pero siempre habría alguno cerca de ella, controlando sus pasos. De todos modos, no podría escapar, aunque quisiera. Las ligaduras de cuero enlazaban sus pies, entorpeciendo su desplazamiento y no podría correr. Había soldados custodiando los límites de Malpayne y, aunque lograra huir con vida, no sabía que podría encontrar en su aldea. Aun desconfiaba de sus sueños y sus visiones, temiendo llegar después de tanto dolor y penurias para descubrir que todos se encontraban muertos y que las tierras y las techadas habían sido arrasadas por el fuego como sucedió con Malpayne cuando ella todavía no había amanecido a la vida. Porque de eso se trataba todo: si Ogenwa las había raptado y esclavizado, era por venganza, más que por necesidad.

Estaba sentada sobre la rama baja de un árbol aun chamuscado por las llamas que Ajachay había avivado, miraba como moría el sol detrás de las montañas en el extremo norte del mundo, donde su padre había prometido llevarla cuando fuera más grande. Y ahora que había crecido, que era casi una mujer, veía aquellas elevaciones en lontananza y las sentía tan lejanas como el mundo del que había venido su madre. Cerró los ojos y se dejó embargar por la frescura que trae el aire costero, con aroma a mar.

En otras oportunidades se había sentido tan muerta como aquel pobre árbol ya inerte hacía muchas estaciones de cosecha, pero, sin embargo, esta vez sintió una paz que no experimentaba desde el día en que fue arrancada de los brazos de su padre. Hubiera jurado que, entre el aroma

de la sal que traía el viento, podía sentir el olor de su piel. Inspiró con intensidad para desmentir a sus sentidos, pero el perfume de las hogueras y el pan se hizo más palpable. Entonces se sintió tentada a abrir sus ojos. Pensó que estaba alucinando y, en cierta forma, lo disfrutó. Si le hubieran dicho que había perdido la cordura, habría agradecido por ello: frente a ella flotaba una imagen incorpórea de Ajachay, con una sonrisa deslumbrante y manando una luz que la reconfortaba.

—Magená, hija mía, sé fuerte. Nunca he de abandonarte, siempre estaré contigo, en tu memoria.

La imagen se hizo tan vívida y la voz tan clara que sintió que era ahora un ser tangible, que casi podría tocarlo con solo estirar su brazo. Su corazón se agitó y lágrimas de emoción brotaron de sus ojos, comenzando a recorrer su pálido rostro.

—Ataa'...

—No te rindas, sé que eres fuerte, más de lo que tú crees. Podrás ganar esta batalla y no será la última que luches.

— ¿Por qué no viniste antes? Te necesité... te necesito.

—Porque no podías aceptar que había partido. Ahora que tu alma lo comprendió, está lista para dejarme acompañarte, y estaré siempre allí, mientras tú así lo quieras.

—Hasta el día de mi muerte, ataa'.

El espectro de su padre se acercó, estirando el brazo para acariciar su rostro, como había hecho en cada noche de su infancia, pero el alarido de un soldado irrumpió el silencio del atardecer y la visión desapareció rápidamente.

—Rumeraute, tu madre ha parido un Chará-wisú. Sakima Ogenwa te solicita en la sala del consejo.

Nada le habían dicho sobre el trabajo de parto, pero no le sorprendió, tampoco le quitaba el sueño, ya estaba perturbada por otras razones. Lo único que le preocupaba era la salud de su madre. Ese pequeño engendro jamás sería su hermano. Mientras bajaba desganada de aquel árbol, las palabras de su padre resonaron en su mente. «Podrás ganar esta batalla y no será la última que luches.»

## Capítulo 8

### **Capítulo VIII – Habla el ego**

Después de tanto tiempo, al fin habría de cumplir con la promesa que había hecho a su hermano, Ajachay. Había regresado a la aldea luego de una jornada de caza bastante miserable y su humor volvía a ser tan negro como solía serlo antes de la llegada de Elora a esas tierras, odiaba volver con las manos vacías. El alimento había vuelto a escasear con la falta de lluvias y Lahnen estaba comenzando a creer que los dioses estaban dispuestos a poner a los Rumerautes a prueba una vez más. Sus tierras eran las que más sufrían el azote de las sequías y no era extraño ver cosechas lastimosas y falta de presas. Pero ya no era una novedad para él, toda su vida había observado cómo su pueblo debía conformarse con las migajas que los caprichos de los dioses les otorgaban.

A lo lejos pudo notar que una agitación extraña se había apoderado de la gente de su pueblo. Si bien, la extensión de la zona donde se hallaban las techadas no era muy extensa, había allí demasiados habitantes. La razón principal de ese exceso de gente venía arrastrando de aquellas estaciones de cosecha en que los amaneceres a la vida se multiplicaron, alentados por la prosperidad reinante, y ahora, las carencias se sufrían con mayor intensidad. También había aportado la liberación de los esclavos y de los pálidos que llegaron en el barco junto a Elora, que se habían entremezclado y habían procreado semillas mestizas con las mujeres nativas. Solo algunos marinos y todas las prostitutas que sobrevivieron al incendio de Ajachay, habían permanecido en Malpayne.

Con todo eso, ver a todas esas personas presas de la agitación y movilizándose hacia el este era algo que Lahnen no podía dejar de advertir desde la lejanía. Por otra parte, estaba claro que se dirigían hacia el lugar donde se encontraba la techada de Ahdik, más precisamente, en la explanada que había detrás de ella, donde normalmente se celebraban los consejos multitudinarios. Pero esos consejos no eran cosa de todos los días, sino que se daban en situaciones muy excepcionales. El corazón del cazador se agitó.

El apremio se adueñó de él y comenzó a entremezclarse en el gentío, tratando de encontrar a su madre, a Napayshi o a Equiro. Napayshi hubiera sido muy fácil de ubicar por su altura descomunal, haciendo honor a su padre. Equiro tampoco estaba por allí o habría aparecido a contarle las novedades. No fue tarea sencilla encontrar a Tahanea con su pequeño tamaño entre tanto Rumeraute alto, pero ya cerca de la techada del jefe,

lo consiguió.

—Lahnen, por fin llegas. Nantai Ahdik nos ha pedido que nos presentemos a parlamento.

— ¿Dónde están Napayshi y Equiro?

—Ya están en la explanada. Los soldados llevan un tiempo allí.

—Shima, ¿crees que...?

Pero Tahanea no dejó terminar la pregunta.

—No lo sabemos, hijo. Pero no alimentes falsas esperanzas.

Ya estaban a escasos metros de la explanada y Lahnen logró ver a Napayshi, regio, de pie junto a Ahdik. No podía creer cuando lo miraba, convertido en un hombre, con gesto adusto y carente de aquella mirada gentil que lo había definido por años. Lahnen aún podía recordar lo pequeño y frágil que se veía el día en que amaneció a la vida, pero ahora había crecido, era un adulto en todo derecho. El cazador estaba sorprendido de cuánto había cambiado, para bien y mal. Aunque también se sentía orgulloso de verlo tomando las riendas de su destino. ¡Si tan solo Wenai también estuviera allí y le diera las mismas razones para enorgullecerse de él!

Ahdik esperaba ansioso mientras veía llegar a su gente al punto de reunión. No habían demorado demasiado, puesto que no era normal reunir a todo el pueblo a parlamento y su gente no era corta de entendimiento: sabían que algo importante estaba por suceder. Cuando todos se acomodaron, no demoró en comenzar a hablarles sin preámbulos y con mucha seriedad.

—El Círculo me ha llamado para parlamentar. Dicen que es hora de recuperar lo que nos han robado. Elora y Magena son nuestra responsabilidad y este es el momento —afirmó con convicción.

Pero algo le seguía provocando una punzada en su pecho. «¿Debo aceptarlas ahora o ya es muy tarde?» —se preguntaba—. Pero se lo debía a la memoria de su hijo y ya no podía negarle nada más. Muchos males se hubieran evitado si hubiera escuchado a Ajachay, si lo hubiera apoyado aquel día tan remoto en que le pidió su ayuda, sus guerreros.

—Ya hemos estado planeando una estrategia tentativa para atacar a Malpayne —continuó—, pero necesito saber con cuánta gente cuento. Este es el momento para decidir. Si alguno de ustedes, a pesar de no haber

sido formado como guerrero, desea unírseos, es momento de decirlo.

Lahnen estaba esperando que Ahdik concluyera, pero hubiera gritado que él se ofrecía apenas comenzó a hablar, apenas supo que contaban con la bendición del Círculo para atacar. El momento había llegado y, aunque le remordía la consciencia haber dejado a Elora y Magena libradas a su suerte por tantos años, sabía que era su destino socorrerlas como había prometido a Ajachay en su lecho de muerte. Pero, además, quería hacerlo más allá de toda obligación y honor, porque eran su familia.

—Yo iré, Nantai Ahdik. —aseguró levantando la voz sobre el murmullo de los demás—. He estado esperando con ansias en día en que hagamos justicia. Demasiado demoró el momento oportuno.

—No me correspondía a mi tomar esa decisión, y lo sabes. Sé que hablas desde el dolor, lo comprendo como nadie más aquí. Agradezco que te nos unas, serás muy valioso entre nuestras filas.

—Yo también quiero ir.

Era una voz de niño, de pocas estaciones de cosecha y carencia de entrenamiento. Todos voltearon a ver al dueño de aquella voz inocente, que hablaba oculta entre tanto adulto.

—Keme, eres muy pequeño —respondió su abuelo, agotado de repetir esa conversación hasta el cansancio—. Ya hemos hablado al respecto más veces de las que quisiera recordar.

—Analí, son mi madre y mi hermana las cautivas a quienes planean rescatar. Merezco ir.

Lahnen había ido acercándose al frente del gentío mientras el niño y su abuelo debatían voluntades. Quería acercarse a Keme.

—No puedes ir, pequeño —le dijo al llegar a su lado.

Se hincó y lo tomó por los hombros, mientras lo hacía girar para ponerlo de frente a él, mirándolo directamente a los ojos. La relación entre ellos era muy estrecha, siempre había estado presente para el niño desde que su familia fue desmembrada.

—Es demasiado peligroso —continuó—. Sé que quieres verlas, yo las traeré aquí. Te lo prometo igual que a tu padre, así como le juré que te protegería.

El pequeño asintió apenado, había pasado demasiado tiempo imaginándose junto a los guerreros, salvando a su madre y su hermana de las garras de Ogenwa. Pero también era lo suficientemente inteligente

para comprender que Lahnen estaba en lo cierto: no estaba preparado para ir a la guerra.

— ¿Vas a cuidarlas, hak'úi Lahnen?

—Con mi vida y más.

Mientras ellos dialogaban, el parlamento había permanecido expectante, Ahdik se quedó perdido en esa conversación entre Keme y Lahnen, lamentando que el cazador tuviera mayor dominio sobre su nieto que él mismo. Pero también al oírlos confirmaba que él nunca sería capaz de comunicarse de ese modo con el niño, del mismo modo que no lo había logrado con su hijo, ni lo lograría con nadie jamás. Su capacidad de relacionarse cariñosamente había muerto con Kimana, su esposa, ella era quien hacía magia con las palabras, mientras él lo hacía con la lanza. El recuerdo estrujó su alma y prefirió tomar la palabra antes que un nudo invadiera su garganta y no pudiera continuar.

—No voy a obligar a nadie a luchar contra los Chará-wisúes, pero sepan que, si no nos imponemos, el rapto de Elora y Magena no será el último golpe que recibamos de ellos. Llevo años viendo cómo se apoderan de lo que amamos, quizás sea tiempo de tomar las riendas de nuestro destino.

—Hace años quisimos hacerlo y nos apalearon —intervino uno de los cazadores más longevos—. Perdimos a Potamac.

—Sabemos muy bien lo que se ha perdido, Huatec —amonestó rápidamente Napayshi—. No quieres ir, bien por ti. De todos modos, no nos sirves. Pero no uses el nombre de mi padre para excusarte.

—Eso es lo que permites Ahdik—. respondió Huatec ofendido, sin siquiera haber mirado a Napayshi—. Permites que los pichones hablen y tomen decisiones por ti.

—Si no te gusta como dirijo este pueblo, hay unas cómodas cuevas abandonadas a la orilla del mar. Nadie te retiene y quizás el aire te sirva para reflexionar.

El jefe dejó de mirar al anciano cazador y se dirigió a todos.

—El Círculo me ha encomendado acción, ya demasiados años ignoré sus palabras. En cuanto a Napayshi, Huatec —habló dirigiéndose nuevamente al cazador—, ha dejado de ser un pichón el día que demostró tener más valor que tú.

Lahnen había escuchado pacientemente toda la discusión, esperando que, entretanto, alguien más se ofreciera para sumarse al ataque a Malpayne, pero solo hablaron el miedo y la cobardía en aquellos rostros. Entonces, la

ira que había comenzado a recorrer sus venas, lo impulsó a hablar.

—Me asombra el silencio de aquellos que lloraron cuando Ajachay partió hacia la morada de los ancestros, los que lamentaron la desaparición de Elora y Magena, aquellos que han hecho creer a sus hijos que sus padres son grandes guerreros. Solo veo un montón de cobardes. Keme es un niño, pero tiene más agallas que muchos de ustedes.

—Cállate tú —espetó una mujer—. Por tu imprudencia y la de Ajachay es que ahora estamos parlamentando.

La mujer hablaba a Lahnen con fuego en los ojos. La respuesta del cazador fue directa y calma.

—De no ser por nosotros, tu amado Yehala seguiría con una cadena al cuello, obedeciendo órdenes de Ogenwa —Luego se dirigió a todos y a ninguno en—. Desde pequeños nos hablan de valentía, que somos mejores que aquellos que siempre nos han esclavizado, que el camino de un verdadero Rumeraute debe pasar sobre las huellas de los Chará-wisúes. Pero no somos mejores que ellos si dejamos a los nuestros abandonados a su suerte por cuidar nuestros culos. Hablamos de justicia siendo injustos.

—Ahora debo agradecerte, imagino —intervino el esposo.

—No tengas dudas que deberías agradecer el accionar de Ajachay y Lahnen, Yehala —aseguró Tahanea, que rara vez intervenía en los parlamentos Esta vez no podía evitarlo—. Todos deberían. No pensaban lo mismo cuando vieron regresar a sus seres queridos luego de tantos años de esclavitud.

—Tú que perdiste a Potamac, defiendes esta locura, necia —la reprendió el aludido.

Equiro, ahora un hombre, ahora un guerrero y en contra de su pacífica naturaleza, se adelantó y pegó el filo de su lanza a la garganta de Yehala. Napayshi permaneció imperturbable, junto a Ahdik.

—La próxima vez que insultes a Tahanea, será la última que tu lengua pueda pronunciar palabra.

—Equiro, hijo mío, baja esa lanza —rogó Tahanea—. Te lo agradezco, pero no debemos matarnos entre nosotros, sino respetarnos. En cuanto a ti, Yehala, he de decirte que los esclavistas se llevaron algo más que a Potamac. Wenai se perdió poco a poco después de su muerte, Lahnen ha vivido amargado desde la muerte de Ajachay, siendo poco más que un fantasma. Y los niños más pequeños llevan ahora lanzas en sus manos, aunque hubiera deseado que fueran pacíficos cazadores en vez de

mancharlas con sangre de hombre —Tomó aire para poder continuar—. No podemos evitar transitar los caminos que los dioses desean que caminemos. Si quieres esperar que la esclavitud llegue reptando por la noche y se adueñe de ti una vez más, es tu decisión. Si es necesario, yo misma tomaré tu lanza y moriré antes de verme encadenada a los deseos de Ogenwa.

Luego hubo silencio. Todos los que lo deseaban habían expuesto ya su parecer. Ahdik tenía bien en claro que no era ese el curso que debía tomar el parlamento, pero internamente había esperado que las miserias salieran a la luz. No había más que decir, debía valerse solo de sus guerreros, de Lahnen y de sí mismo.

Miró los rostros de su gente, él les había dado a elegir. Y eligieron. Eligieron olvidarse del modo en que su hijo puso en peligro su vida y la de Lahnen por liberar a muchos de los que estaban presentes, olvidarse de la prosperidad que había arribado luego del amanecer de Magena a la vida. ¡Tanto habían halagado la valentía de su hijo cuando los campos reverdecían bajo las gentiles lluvias! Y luego lloraron la muerte de Ajachay y el rapto de Elora y Magena.

Pero Ahdik temía que lo habían hecho por miedo a perder la prosperidad que habían recuperado, no por las pérdidas ajenas. Y justo había sido el castigo, pues por la ausencia de Magena o el castigo de los dioses, las lluvias cesaron, los campos se secaron, los animales menguaron y el agua de los ríos se volvió amarga, empantanándose en oscuros cenagales.

No quedaba nada más por hablar, con pocos hombres iría a liberar a Elora y Magena o a encontrar su muerte. Y sabía que Lahnen, Napayshi y Equiro compartían su sentir.

## Capítulo 9

### **Capítulo IX – Palabras, silencios, adiós**

Ajachay decía siempre que la palabra podía ser más certera que la lanza, pero Ahdik no contaba con el don del verbo, entonces valoró añoró como nunca las habilidades de su hijo.

—Estábamos en deuda con tu hijo, no contigo, Rumeraute. Tú siquiera querías salvar a los tuyos y fue la desobediencia de Ajachay la que trajo de vuelta a los nuestros.

—Mi hijo está muerto y son su esposa y su hija quienes necesitan que la deuda sea saldada.

—Nuestra deuda ya fue saldada —aseguró Mahkah, jefe de los Zapai del Norte mientras señalaba hacia donde jugaban unos niños—. Fue pagada cuando acepté que nuestra gente se mezclara con Chará-wisúes. Ahora, esos niños son mitad Zapai y mitad esclavistas, te recuerdo que ellos fueron los que extinguieron a nuestros parientes del sur. Hemos pagado con creces y a costa de nuestro honor y nuestra memoria el rescate de nuestra gente.

Y esa respuesta, palabras más, palabras menos, fue la recibida en todas las aldeas y grupos incivilizados al norte de sus tierras. Finalmente desistió, nadie lo ayudaría. Sólo él y su gente, muy pocos de ellos, irían a rescatar a las mujeres y vengar la muerte de su hijo.

Resultaba, incluso, poético: durante años había amonestado a su hijo por la falta de compromiso con la responsabilidad que le correspondía como hijo del jefe, porque no era un guerrero, sino un parloteador. Ahora comprendía cuánto bien habían hecho y cuánto se necesitaban en ese momento las palabras de Ajachay. Pero ahora él no estaba y Ahdik era un excelente guerrero, pero un pésimo orador, y debería enfrentarse a sus enemigos sin más ayuda que la de su gente y la de los dioses, si es que estos estaban dispuestos.

Napayshi y otros dos guerreros lo habían acompañado a través de largas jornadas recorridas a pie, más con prisa, praderas, colinas, llanuras resacas y pantanales. Habían llegado incluso hasta los dominios de los Woquecha, custodios del volcán. Pero había sido en vano y ahora regresaban a tierra Rumeraute con las manos vacías, en silencio.

Lahnen, Equiro y los demás guerreros los recibieron y, nada más ver las expresiones en sus rostros, supieron que no había más por hacer. Equiro

había insistido para ir con aquella partida, pero si Ahdik tenía que elegir a él o a Napayshi, se quedaba con el mejor guerrero. Lamentó no haberse aventurado a llevar a los dos, Equiro era casi tan bueno con las palabras como Ajachay.

—Estamos solos —afirmó Lahnen a Equiro cuando aún el jefe estaba lejos. Equiro tomó su hombro.

—Si hemos de morir, que sea con honor —respondió Equiro, su sonrisa franca no se velaba por nada. Era ahora un hombre y el valor y la seguridad en sus palabras, en su mirada, daban plena fe de ello—. Será un placer morir a tu lado, hermano.

Lahnen agradeció las palabras con una sonrisa, pero oír la palabra “hermano” resultaba dolorosa ya desde que Wenai había desaparecido entre sus tribulaciones. Equiro había ganado su derecho a pronunciar aquella palabra mucho tiempo atrás, pero para el cazador, ella había muerto con Ajachay.

Había terminado el tiempo de los parlamentos. Ahdik lo prefería así, luchar era lo que mejor se le daba. Aunque había abandonado las batallas el día en que Potamac se desangró entre sus brazos, sus músculos aun guardaban la memoria de aquellos días y su lanza continuaba afilada, más que las palabras que se volvían arena en su garganta.

No fue problema para él, entonces, dedicarse a planear el ataque, asegurarse que las lanzas y flechas estuvieran a punto, las cuerdas de los arcos engrasados y el valor de sus hombres, en el punto más alto. Sabía que no bastaría con eso y que muchos no regresarían a la aldea, probablemente él no lo hiciera. Pero tratar de tener todo bajo control era lo mejor que podía hacer por el momento.

Desde el día en que habían parlamentado, Romnesa, Tahanea y otras mujeres bien dispuestas intentaron convencer al jefe que las dejaran unirse, pero alguien debía proteger al futuro de su gente, a los niños que quedaban atrás. Sin embargo, aceptó de buen grado todo tipo de ayuda en el planeamiento de la batalla que se avecinaba, aceptando sugerencias y conjeturas, así como en el curtido de cueros para proteger los órganos vitales de sus guerreros y en la manufactura de tientos para arcos y lanzas.

El advenimiento de la guerra era tan inminente a tal punto que incluso aquellos que se negaron a ayudar estaban atentos a los preparativos. No había maldad en sus corazones, solo miedo, el suficiente para dejarse ganar por la cobardía. Pero aún cobardes, no podían mantenerse ajenos al ajetreo que imperaba en la aldea. Carecían de valor, pero aún tenían

sangre en sus venas y se preocupaban por sus vecinos y parientes.

Llegó el día en que los guerreros abandonaron el entrenamiento. Llevaban años preparándose para ese momento, ahora la mejor decisión que podía tomar Ahdik era dejarlos descansar y pasar algunas horas con sus familias, quizás las últimas.

Napayshi y Equiro decidieron pasar tiempo con Tahanea por separado, como era de esperar y, aunque Lahnen hubiera querido unirse a uno de los dos, no podía decantarse por ninguno, por lo que también tomó su momento a solas con su madre. De todos modos, no sería bueno para ella ver a sus tres hijos, los que aún permanecían a su lado, juntos. Eso la llevaría a reforzar el dolor de verlos partir y que esa fuera la última ocasión que se vieran como una familia.

Sin embargo, por más buenas intenciones que todos tuvieran, la cosas habían cambiado para peor. Años atrás se hubieran reunido todos a compartir el pan, pero ahora Wenai estaba ausente y había aún mucho dolor presente como para reunirse en torno al fuego. De lo que había sido, solo quedaba el recuerdo, lugares vacíos y el pesar al que dejó paso el inexorable cambio que traen los tiempos.

No, ya no era lo mismo y nunca volvería a serlo. Y aunque Tahanea sabía que podía perderlo todo, también era consciente que lo que se acercaba era deber de sus hijos. Además, ella era fuerte como un roble y, si bien lloró sus pérdidas cuando sucedieron, siempre se mantuvo entera para acompañar a Lahnen a apuntalar a los niños, que ahora eran grandes. Pero ella seguiría siempre allí, estoica, de pie y con su dolor reservado solo para ella.

Muchas mujeres se dedicaron a despedir esposos, hermanos, hijos. Romnesa quedaría a cargo de la aldea y sería la responsable de nombrar un sucesor si los ancestros llamaban a su hijo a la entrega. Pero también sería quien cuidaría de Keme si Elora y Magena no podían ser rescatadas, y aunque todo el abanico de posibilidades de este enfrentamiento pesaba en el alma de la anciana, no habría de flaquear: lloraría a los muertos, pero sin olvidarse de los vivos.

Nagatí lloró lágrimas de mar cuando Lahnen la amó una última vez antes de la partida. Hubiera querido jurar su protección, pero sabía que su influencia solo alcanzaba las aguas que regaban las tierras y la batalla sería lejos de ellas. Hubiera deseado cubrirlos de lluvia durante su gesta, pero Lahnen le pidió que solo aguardara su regreso.

Entonces, cuando todo estuvo dispuesto; cuando todas las mujeres lloraron en silencio la partida de sus hombres, cuando todos los niños abrazaron a sus padres y hermanos, cuando Keme rogó que trajeran a su madre y a su hermana sanas y salvas y cuando Lahnen juró por su vida

que las regresaría con vida o entregaría su vida si no lo lograba; todos aquellos que partirían hacia el destino que los dioses les habían marcado, del más joven al más anciano, se dirigieron al claro del Círculo y rodearon a los sabios.

Permanecieron en silencio, sentados sintiendo la tierra debajo enraizarse en sus almas, la tierra que les había visto nacer y a la que deseaban regresar con vida. Y esperaron hasta que los ancianos, sin previo aviso, comenzaron a entonar una letanía por aquellos que murieron en otras contiendas, por los vivos, por quienes habrían de morir y por los que sobrevivirían.

Incluso entonces, los guerreros Rumerautes, desde el más inexperto hasta el mismísimo jefe, permanecieron en silencio. Aunque sólo Ahdik y algunos más conocían el ritual por antiguas luchas, todos sabían que el silencio los acercaría al núcleo de su esencia Rumeraute. Y aunque entre los guerreros había también cazadores, curtidores, pescadores y constructores entrenados para la ocasión, todos habrían de empuñar sus armas como si hubieran nacido para tal faena.

Finalmente, Lihui alzó su mirada lechosa a las estrellas que no podía ver. Imaginó ese camino astral en la oscuridad de la noche y la refulgente luz de la luna iluminando los campos resecos. Pensó entonces en Elora y en Magena, en aquella niña de otro mundo, más Rumeraute que muchos de los nativos de aquellas tierras. Y como él sentía que la vida de Magena aún brillaba, como brillaba la luna aun tras las nubes, sonrió allí donde sentía que brillaba su fulgor plateado.

—Es tiempo —declaró a todos y a ninguno en particular. Entonces los guerreros se pusieron en pie para partir—. Ahdik, tráelas de vuelta. Esta es su tierra, somos su familia.

Ahdik asintió más para sí mismo que para el anciano, pero no articuló palabra. No importaba, sabía que, aunque los ancianos, por ceguera o por tener los ojos cerrados, no pudieran verlo, podían igualmente indagar en su alma. En ella estaba impresa la culpa y la vergüenza por todo lo que había permitido que sucediera. Pero ya no permitiría nada más que pudiera manchar su alma o moriría intentándolo. Junto a su gente habría de demostrar quienes eran los Rumerautes, a pesar de saberse dirigiéndose a una muerte casi segura, esperaba que sus hombres pudieran regresar con sus mujeres y niños con el orgullo en alto, impreso en su frente. No habría vergüenza luego.

## Capítulo 10

### **Capítulo X – Delirios**

***"Por el escote le sale mi nombre otra vez***

***tras su hermosura en la tarde, la tarde crucé."***

¡Cuántas veces se encontró deseando morir! Cada vez que despertaba y al tenderse en el camastro en que su desgracia la había arrojado sentía la misma autodestructiva necesidad. Pero Magena era de las pocas esclavas que permanecían allí, hacía años que su padre había liberado a muchos de ellos, quedando atrás lo más cobardes y débiles. Su madre pasaba ahora las noches y los días en la morada de Ogenwa y había quedado más sola que nunca. Llevaba casi una vida allí, pero finalmente estaba comenzando a cansarse de todo, incluso de compadecerse por su estrella.

Incluso, últimamente había entendido que ni siquiera podía odiar al pequeño Chará-wisú que había amanecido a la vida a través de su madre, porque llevaba parte de su sangre y era además una criatura inocente. Pero tampoco podría amarlo como un hermano, como fuera, ya habría tiempo para odiarlo cuando creciera y se volviera de la misma calaña que Ogenwa, Chowanoc y los demás. No, su único hermano era Keme, el pequeño berreante de quien ya no recordaba el rostro. De todos modos, daba igual, habían pasado tantas estaciones de cosecha que ya no quedaría nada de aquel niño, si acaso seguía con vida.

Pero a su apatía se había sumado también el pensamiento que todos estaban igual de muertos que su padre, a quien anhelaba con vida. Pero entonces recordaba lo que su abuelo tanto le había reprochado: no era un guerrero. Entonces, no podría haber sobrevivido si lo que Ogenwa decía era cierto. Él aseguró y se encargó de vanagloriarse desde el día cero de haberlo abatido y haberlas tomado a ella y a su madre como un trofeo. Pero ella no había querido creerle hasta ahora, que era casi una adulta y se había cansado de mirar hacia el norte, esperando que Ajachay viniera por ellas. De todos modos, ya no le permitían contemplar el norte ni ninguna dirección, se había excedido diciendo a viva voz que su medio hermano era una abominación.

Pero dentro suyo llevaba la voz de Ajachay, acompañándola allí donde ella fuera, pidiéndole que siga luchando, que continúe resistiendo. ¿Para qué

mirar al horizonte si llevaba a su padre en su corazón y en su mente?

Intentaba esa noche conciliar el sueño, un sueño intranquilo que había alcanzado varias veces para despertar minutos después, con la voz de su padre repitiendo en cada ocasión «vienen por ti». Estaba un poco harta de los sueños, solo la entristecían y, por momentos, no sabía qué era parte de sus sueños y qué era real. Pero había una urgencia en la voz del Rumeraute, algo que intentaba decirle que esta vez era verdad.

\*\*\*

Más allá de los límites de Malpayne, fuera de los dominios de Ogenwa, tres grupos de hombres se deslizaban en silencio entre las sombras que proyectaban los juncos de los pantanales a la luz de la luna. El último grupo había partido horas después, puesto que se dirigirían en línea recta hacia territorio enemigo, mientras que los dos restantes bordearían la costa para llegar a la aldea Chará-wisú desde este y oeste. No había ahora miedo en sus corazones, lo habían dejado junto al fuego en el claro del Círculo antes de partir. Entonces algunos pechos libres de temor se inflamaron en ira y deseos de venganza y otros en honor y deber. Iban en completo silencio, sabiendo perfectamente qué hacer. Llevaban años planeando cómo actuar cuando llegara el momento.

Lahnen iba en el último grupo junto a Ahdik, pues este temía que el juicio del cazador se nublara al llegar a Malpayne. No lo culpaba, pero no podía permitir que su gente se desbandara y actuara por su cuenta, por eso decidió llevarlo en su grupo y tenerlo bajo control lo máximo posible. Por su parte, Napayshi encabezaba el grupo del oeste y Equiro el del este, como siempre, tratando de mantenerlos lo suficientemente alejados uno del otro.

Las ansias de los hombres y los filos estaban patentes en el aire. Tantas estaciones de cosecha hablando de lo que los Chará-wisúes habían hecho al pueblo Rumeraute a través de sucesivos reyes con la sádica tradición de atacar eventualmente a una u otra aldea, especialmente a la de sus vecinos más próximos, para diezmarlas y tomar esclavos, habían hecho mella en las mentes de aquellos hombres que se dirigían conscientemente a una posible muerte, pero con el honor muy en alto, por la memoria de aquellos que habían caído en el campo de batalla ante los esclavistas.

Ya muy cerca de los dominios de Malpayne, una inclemente lluvia empapó sus cuerpos ardientes de ira, Lahnen supo que su sirena habría intercedido para calmar sus cuerpos afiebrados, pero ni un cataclismo podría detener sus ansias. Se esparciría mucha sangre de ambos bandos,

pero cada gota de líquido vital de los Chará-wisúes valdría con creces la caída de un Rumeraute.

\*\*\*

El día llegó, pero no se vio un solo Rumeraute en Malpayne y Magena comprendió que quizás el cautiverio estuviera comenzando a nublar su juicio. Había visto entre el velo de sus intranquilos sueños a Lahnen junto a Equiro y a Napayshi, ambos niños aún, quemándolo todo con tientos y aceite. Proyectaba en el velo onírico lo que le habían contado cuando era pequeña, pero en su mente, los actores habían cambiado y, finalmente, Ogenwa y Chowanoc acababan atados a la mole, ardiendo en llamas que no les daban muerte, sino un sufrimiento interminable. Un sacudón violento la llevó rápidamente a la realidad, su realidad. Fue una gran decepción despertar y ver frente a sus ojos el inmundo rostro de Chowanoc, con esa expresión tan suya que prometía a Magena perversión. No había sido más que un sueño.

—Tienes trabajo, mujercita.

Se puso en pie como un rayo con tal de alejarse de la repulsiva presencia del capitán, el orgullo impreso en su rostro y sin una muestra de dolor. Se dirigió a la morada de Ogenwa para saludar a Elora y llevarle su desayuno, entonces se encontró con la misma repugnante sensación de cada día: Ogenwa semidesnudo sobre pieles y su madre amamantando a aquel fruto de la violencia y la profanación. Su nombre era Echimá y Magena sabía que era una criatura inocente a la que no debía odiar, pero tampoco podía olvidar que era hijo de Ogenwa. Sentía que el más mínimo atisbo de cariño que sintiera por él era una traición imperdonable hacia su padre.

El jefe de los Chará-wisúes se puso en pie, destapando las escasas partes de su cuerpo que habían permanecido ocultas por las pieles. Magena volteó su mirada. Si no sintiera tanto odio y repulsión por él, aceptaría que portaba un cuerpo monumental, sus músculos firmes, su ancha espalda y una altura descomunal. Pero no podía verlo atractivo y su desnudez desvergonzada le resultaba indecorosa. Sin embargo, aquel hombre tomó su rostro y lo giró para mirar con detenimiento a la débil luz de la fogata el cardenal que mancillaba el pómulo en la palidez de su rostro.

— ¿Quién fue?

Ogenwa era un déspota y un violento, pero si algo le había enseñado la carencia de mujeres en su pueblo era que la belleza de una mujer era sagrada, un tesoro que no permitiría que fuera manchado por un mísero subordinado.

—Uno de los tuyos, claramente.

— ¿Cuál? —inquirió con impaciencia el rey.

Magena hubiera respondido con gusto "Chowanoc" para que recibiera algún tipo de castigo, pero no se engañaba, Ogenwa no creería jamás que su capitán fuera tan idiota, además era su hombre de confianza. Si tan solo supiera lo equivocado que estaba. Optó por decir la verdad.

—El del ojo blanco —respondió secamente.

Sin pronunciar palabra, el monumental dorado se retiró, dejando solas a las mujeres.

—Yá'at'éeh, ama —Magena descartó el saludo con un gesto de su mano, Elora nunca se molestó en aprender el idioma Rumeraute—. Buen día, madre.

—Hola, hija. Saluda a tu hermano —la mujer acercó al crío berreante a su hija.

—No es mi hermano, nunca lo será. Deja de insistir, este no es mi hermano, mi lugar ni mi gente —respondió con irritación—. Realmente, estoy comenzando a desconocerte y pensar que te estás volviendo loca. ¿Hallaste tu modo de sobrevivir una vez más? Bien por ti, pero no me obligues a que me olvide de todo. Si para vivir debo olvidar, prefiero morir.

Dejó el desayuno a su madre para retirarse de la morada de Ogenwa. Prefería retirarse para arar los campos al rayo del inclemente sol que quedarse a observar cómo su madre estaba comenzando a perder la razón. Apenas salió al exterior notó un gran revuelo hacia este y oeste, pero antes que pudiera reaccionar, Chowanoc la empujó al interior de la morada y apostó un guerrero afuera. Desde donde estaba Magena, no podría ver nada, aunque hiciera un corte a la piel que cubría la techada: a un lado se encontraba la mole escalonada, tan imponente que podría tapar el volcán del norte sin problemas. Al otro lado, se encontraba el templo que Ogenwa había erigido en agradecimiento a los dioses por dejar que consumara su venganza contra los Rumeroutes. Magena lo detestó apenas la vio erigirse en esa aldea gris, sabía que sus cimientos se sostenían por la esclavitud y, posteriormente, supo que habían sido

levantados para agasajar la muerte de su padre.

— ¿Qué sucede, hija? —preguntó Elora alarmada.

—Shhh, déjame oír, madre.

No podía ver, pero sus oídos eran agudos y pudo percibir a lo lejos gritos y movimientos de personas de un lado a otro, mientras Ogenwa vociferaba algo que a ella le sonaba ininteligible. ¿Podría ser que, cuando ya estaba dando todo por perdido, vinieran a rescatarlas de la esclavitud? ¿Vería a su gente llegar por ellas cuando ya su esperanza se encontraba marchita en su alma o solo eran delirios de su mente abatida y desesperada? Entonces trató de distinguir entre los disturbios si aquello significaba que su abuelo estaba dirigiendo una partida de rescate o Napayshi y Equiro incendiarían todo por rescatarla. Pensó también en dioses vengativos, viniendo a ajusticiar a los esclavistas, que el señor de la luna había revelado su existencia al fin para proteger a aquella que llevaba su nombre.

Pero la espera había sido tan larga y tan penosa que creía que todo estaba perdido. Si su gente no había muerto, había llegado a Malpayne a morir por ella y el panorama le hizo perder el poco equilibrio que había sobrevivido en su interior. Ante la atónita mirada de su madre, Magena se acurrucó al final de la morada de Ogenwa, donde la lejanía de la fogata creaba sombras que la ocultaban de la mirada de Elora. Tapó sus oídos y comenzó a canturrear una canción que le había enseñado Romnesa, su abuela, cuando era muy pequeña, casi un arrullo para tranquilizar a los niños inconsolables. Echimá comenzó a llorar desconsolado, pero Magena hizo oídos sordos al niño, se aisló de todo cuanto la rodeaba. No quería ver ni oír nada que alimentara sus fantasías y sus deseos más profundos. Estaba segura que no había nadie que pudiera salvarla de su infierno y, aunque afuera el mundo cayera a pedazos, nunca volvería a morar entre su gente. Estaba cansada, muy agotada de alimentar esperanzas que morían en decepciones. Una vez más, deseó morir, dormir para siempre y ya no sentir dolor jamás.

## Capítulo 11

Capítulo XI – Rostros del pasado

***"Hay una niña en el alba, soñando con ser***

***Es una gota de agua que quiere llover***

***Su voz me dice en el alma, seré tu mujer***

***Y por la niña del alba, yo al alba trepé."***

Ambos habían sido nombrados capitanes, se lo habían ganado con esfuerzo y lealtad, a pesar que había Rumerautes más experimentados que ellos, pero sin dudas, Napayshi y Equiro habían trabajado incansablemente hasta convertirse en grandes guerreros. Eran apenas dos críos cuando comenzaron a entrenarse, todo había surgido como un juego cuando Magena aún permanecía en la aldea. Ella los miraba y no podía evitar reírse a carcajadas mientras entrenaban y eran apaleados una y otra vez por Ahdik y sus hombres más curtidos en lucha. Siempre volvían con algún cardenal en sus cuerpos a la techada de Tahanea y Magena se burlaba cariñosamente de ellos, mientras intentaban sanar sus orgullos heridos.

Pero las cosas habían cambiado demasiado. Magena había sido raptada y el entrenamiento de los muchachos dejó de tener intenciones lúdicas. Aunque las motivaciones de ambos eran diferentes y con el tiempo las diferencias abrieron una brecha en su amistad. Ya no tenían nada que hablar, lo único que mantenían en común era el afán de devolver a Magena con su gente.

Habían crecido y las bromas, los juegos y las risas cómplices se convirtieron en miradas vacías dirigidas con hostilidad entre ellos. Equiro se fue de la techada de Tahanea, levantando la suya lejos de allí, pero con el tiempo Napayshi también lo hizo. Ahora, cada uno moraba en un extremo de la aldea.

Solo una cuestión los congregaba a coincidir cada día: servir a Ahdik, y allí también se evitaban abiertamente. El jefe de los Rumerautes se afanó en restaurar lo que se había roto entre ellos en más de una ocasión, pero desistió un día, luego de oír a Equiro sincerándose con él.

—No intentes en vano unir lo que las situaciones de la vida han separado, Nantai. Puedes estar seguro que no te defraudaremos en el campo de batalla y que cuentas con toda nuestra lealtad. Hablo por los dos porque, a pesar de todo, sé quién es Napayshi. Quizás lo conozca más que a mí mismo, incluso ahora, que parecemos completos desconocidos.

Luego de aquella charla, Ahdik comprendió dos cosas: por un lado, Equiro se había vuelto muy sabio para su corta edad, recordándole mucho a su hijo, no solo por el modo de ver las cosas, sino por su manera de expresarse. Por otra parte, se resignó a que tanto él como Napayshi comprendieron que su tiempo de amistad había concluido y que lo más sensato para todos era mantenerlos lo más alejados que se pudiera. Porque el jefe de los Rumerautes no podía prescindir de aquellos dos excelentes guerreros, uno ágil como el viento, el otro inteligente como zorro viejo. Ambos merecían su lugar en sus filas.

Napayshi había guiado a su gente sobre el margen oeste de la costa, desde donde atacarían primero. Por imparcial que quisiera ser Ahdik con los enemistados, confiaba la primera avanzada al mayor, por una cuestión práctica: Napayshi era más frío en combate y podría soportar con sus hombres la embestida inicial, el choque de lleno de los guerreros de Ogenwa.

Pero el plan comenzó a desmoronarse incluso antes de ponerse en marcha. Un grupo de guerreros Chará-wisúes se encontraba recorriendo el límite occidental de Malpayne, acompañados por grandes aves que parecieron verlos aun estando muy lejos. Napayshi maldijo su suerte, estaba seguro que Ogenwa había recurrido a otro tipo de defensas luego de tantos años, pero de verdad se sorprendió y no para bien. No concebía usar animales a su servicio y, como hermano de un cazador, pensó que era una irreverencia a los dioses usarlos para propósitos más allá del alimento.

Habían esperado encontrar gente de Ogenwa más cerca del poblado, por lo que fueron interceptados muy lejos de donde suponía que debía estallar el enfrentamiento, donde se encontraban las filas Chará-wisúes mejor entrenadas. No fue tarea imposible abatirlos, aunque las aves fueron un poco más resistentes y les valieron un gran retraso y, además, sus garras producían profundas heridas en la carne.

Del lado este, Equiro esperaba con su grupo el canto del águila que uno de los guerreros del lado oeste emularía con su garganta para darles aviso que era momento de atacar. Estaban cubiertos de barro por la lluvia y la

travesía en los pantanales, por lo que camuflarse con el terreno solo demandaba extrema quietud. El tiempo estaba comenzando a correr raudo y la voz del águila no se dejaba oír, la posición del sol anunciaba que el grupo de Ahdik estaba pronto a irrumpir en Malpayne. Equiro supo que debía tomar una decisión rápidamente.

Desde el primer momento en que planearon el rescate de Magena y Elora, Napayshi y Equiro supieron que ellos no serían más que la distracción para dejar libre el camino de Ahdik. Obrarían de escudo mientras el jefe iba por su nieta y la esposa de su hijo. Equiro no tenía idea que habría sucedido a Napayshi, pero si no hacía algo, todo terminaría en la masacre de su pueblo y, por supuesto, sin liberar a Magena de su esclavitud. Sabía también que, si no se iban de allí con las pálidas, Ogenwa tomaría seguramente represalias contra ellas. No lo pensó más.

—Avanzamos ahora —dijo al hombre que tenía detrás para que pasara la orden, pero la orden no fluyó.

—Napayshi no avanzó. No vamos a dirigirnos a un suicidio, niño —respondió el aludido—. Puede que Ahdik te haya puesto al frente, pero no voy a permitir que nos lleves a una muerte sin sentido.

—Quédate, entonces.

Sabía que su edad iba a ser un contratiempo llegado el momento de dar órdenes arriesgadas, lo supo desde que oyó la estrategia de Ahdik. Pero aun así tomó su responsabilidad.

—Pueden quedarse todos los que lo deseen —continuó—. Luego veremos, si llegamos a fracasar en este intento de rescate, como se enfrentan al Círculo por fracaso o por la muerte de Ahdik. Yo no defenderé a un grupo de cobardes, de haber sabido, habría exigido a Nantai un grupo de hombres con más bolas.

No hubo más que decir, todos tomaron sus pertenencias y se dispusieron a encabezar el ataque, aunque no abandonaron los reparos hacia Equiro. Avanzaron a pasos ligeros dando alaridos para desviar toda la atención de Malpayne hacia ellos.

Los treinta y ocho hombres que acompañaban a Equiro se convirtieron en animales salvajes apenas cruzar los límites de la Aldea Chará-wisú, la ira alimentada durante años despertó al pisar esa tierra impía y el valor tomó posesión velozmente de ellos y la sangre de los esclavistas comenzó a correr. Pero conforme los guerreros de Ogenwa se fueron poniendo en sobre aviso, comenzaron las bajas en las filas Rumerautes.

Equiro llevaba ya un corte en el pómulo y otro en la pierna, luchando con toda su ira contenida, aplacada solo en parte por la frialdad que le había

ayudado a controlar sus emociones durante sus años de entrenamiento. Sin embargo, mientras su lanza continuaba bebiendo de la sangre del enemigo, eventualmente buscaba con la mirada, tratando de encontrar algún rastro de Magena. Sin embargo, lo único que logró notar fue un desplazamiento de una buena parte de los Chará-wisúes hacia el oeste, al grito de Ogenwa.

—¡Desde el oeste también nos atacan, idiotas!

Equiro agradeció entonces a los dioses por Ahdik y su respeto a los subordinados, mientras logró oír las voces del grupo de Napayshi, gritando a todo pulmón a medida que iban adentrándose a Malpayne. El grupo recién llegado del margen oeste había menguado considerablemente, pero el de Equiro aun llevaba las de perder.

Luego, llegó el fuego propiciado no por los guerreros de Ahdik, sino por aquel reducido grupo de esclavos que no habían logrado huir años atrás. Fue en ese momento que Ahdik y Lahnen irrumpieron en la aldea, seguidos por una veintena de Rumerautes experimentados y ya curtidos en batalla.

Chowanoc y Ogenwa se encontraban en el centro de Malpayne, tratando de contener el ataque por los tres frentes junto a sus mejores hombres. Los demás se dividían entre la lucha de los márgenes exteriores de la aldea y el intento de detener el fuego que amenazaba con destruir todo a su paso. El templo recién erigido ya ardía. El rey y el capitán luchaban espalda con espalda, repeliendo los ataques, bañados en sudor y ya sin aliento. Chowanoc giró un momento para dirigirse a su señor.

—No puedes seguir exponiendo tu vida aquí, debes ir a la mole y protegerte junto a los nobles —ordenó Chowanoc, olvidando la cadena de mando—. Si mueres, este pueblo está perdido.

—No voy a encerrarme como un cobarde —respondió a gritos Ogenwa mientras cortaba la garganta de un Rumeraute.

—Es tu deber saber cuándo debes comportarte como guerrero o como rey —dijo a viva voz, elevándola sobre el griterío, el entrechocar de las lanzas y los silbidos de las flechas—. Deja que tu gente reciba las heridas, tú te encargarás de resurgir una vez más junto a los que sobrevivan. Este golpe será duro de sanar. Aguimo, Baruahí —gritó a dos soldados que se encontraban a pocos metros—, escolten al rey a la mole y antepongan su vida a la de ustedes, es su deber.

—Las pálidas... —Intentó replicar Ogenwa.

—Yo iré por ellas de inmediato.

Mientras tanto, Elora había estado prestando atención a lo que sucedía en la contienda por un resquicio debajo de la morada. Cuando vio como Ogenwa huía, dejando en ridículo a las ratas, supo que era momento de actuar. Chowanoc había quedado solo, rodeado por tres Rumerautes. Debía hacer algo antes que se deshiciera de sus enemigos y fuera por ellas. Entonces supo que era tiempo de salvar a su hija, ese no era su lugar.

Momentos antes había acunado al pequeño Echimá para calmarlo, por lo que lo primero que hizo fue dejarlo con mucho cuidado sobre las suaves pieles y se acercó a Magena para tomar su mano temblorosa y levantarla del suelo. Luego la arrastró hacia la entrada de la morada. Magena la miró con el pánico y una silenciosa súplica latente en sus ojos, pero su madre sacudió su delgado cuerpo para hacerla reaccionar.

—Debes irte.

—El guardia...

Elora sacó algo de entre sus vestiduras y se la mostró con orgullo a su hija. Era la punta de una lanza que llevaba oculta hacía mucho tiempo, esperando darle un buen uso cuando la ocasión fuera propicia. No habría mejor momento para utilizarla.

Cortó con el filo de la punta de lanza, no sin esfuerzo, las ataduras que unían las piernas de Magena, para que pudiera huir velozmente. Para Magena, significó mucho más que eso, no importaba ya si moría camino a la llanura, era libre. Luego, Elora se asomó con sigilo entre las pieles que cubrían la entrada y, sin que el guardia que custodiaba la entrada pudiera advertirlo a tiempo, Elora desgarró su garganta con el mismo artilugio que había devuelto la libertad a su hija. La reacción del guardia fue demasiado lenta, ya estaba condenado convulsionando en el suelo mientras su sangre brotaba como un torrente, tiñendo de carmín la tierra.

—Vete, hija, evita a los Chará-wisúes en tu camino y corre sin mirar atrás antes que esta carnicería llegue muy lejos.

—No iré a ningún lado sin ti —dijo.

La actitud ofensiva de su madre hizo que la invadiera un fuerte sentimiento de resolución.

—Salva tu vida, hija. Me lo debes. Yo tengo aquí una obligación, un hijo muy pequeño al que cuidar, tú debes volar, ya no puedo hacer por ti más

que dejarte ir. ¡Ahora, debes irte!

Magená era presa de la duda y el temor. Sabía que debía obediencia a su madre, sobre todo después de tantos agravios, y además le debía la vida y su bienestar a costa de su cuerpo durante todos esos oscuros años.

— ¡Que te vayas! —insistió su madre—. No mires atrás y nunca —Tomó el rostro de Magená con sus manos manchadas de sangre—, ¡escúchame!, nunca jamás vuelvan por mí.

—Pero amá... mamá —se corrigió—, Keme también te necesita. Necesita una madre.

—Keme tendrá una hermana que lo amará. Pasó su infancia sin mí, sobrevivirá. Cuida de él.

Fueron las últimas palabras que Elora dedicó a su hija y luego la empujó fuera de la morada y la vio correr, rogando que la contienda entre los guerreros de uno y otro pueblo no la atrapara. Las lágrimas regaron su rostro, que se había mantenido estoico, pero que se derrumbó apenas Magená se dirigió hacia el norte. Pensó entonces que, probablemente, esa sería la última vez que vería a su hija.

Entre tanto, Magená iba comprendiendo a la carrera que su madre había sopesado las opciones hacía mucho tiempo sin que ella lo supiera. Lahnen la vio durante un lapso de tiempo ínfimo. No podía ser ella —pensó—. Era una mujer hermosa, muy parecida a su madre. Por un momento creyó que estaba alucinando. Sintió que había regresado nueve estaciones de cosecha atrás, le pareció ver a Elora corriendo hacia la libertad y, por un segundo fantaseó con ver a Ajachay a su lado.

Pero ella no era Elora, era Magená, con el cabello más oscuro que su madre trenzado, y Ajachay no estaba allí, había muerto. Y si no hacía algo rápidamente, Magená también lo estaría y todo habría sido en vano.

Corrió, agotado y sudado, con el peto de cuero curtido pegado a su pecho, hacia la mujer en la que se había convertido aquella niña que había jurado recuperar, la alcanzó luego de largo trecho, pues corría como si no hubiera mañana. La tomó de un brazo y la giró para mirarla de frente, vio su rostro manchado de sangre y, aunque primero se alarmó, no vio heridas y supo que sería la sangre de alguien más, derramada sobre su ella a la carrera. La sostuvo en sus brazos mientras ella gritaba de terror, no lo reconocía, había olvidado su rostro, como el de tantos otros.

—Magená, soy Lahnen. Recuerda.

La joven, presa del pánico, temblaba en sus brazos. Estaba a punto de cargarla en ellos cuando advirtió la presencia de Chowanoc acercándose

hacia ellos. «Si no me resultara posible llegar a Magena y Elora, quien las tenga a tiro de arco las llevará hasta el refugio. Constaten que no estén heridas y continúen hacia los dominios del mar. Ya en cercanía de aldea Rumeraute, esperarán por los demás.» — La orden de Ahdik había sido clara. Pero Lahnen debía cobrar una deuda de sangre en favor de Ajachay. Magena, en estado de shock, vio como ordenaba a otro Rumeraute que se la llevara de aquel lugar de muerte y locura.

—Cuídala bien, recuerda las palabras de Nantai Ahdik.

—Mi lugar está en batalla y falta su madre —respondió el guerrero con una voz profunda y una seriedad considerable.

—De Elora me encargaré yo, luego de acabar con esta escoria.

Sin mediar más palabras, el cazador tensó su arco y ensartó una flecha en el muslo de Chowanoc, quien, a pesar de la herida, siguió avanzando. Lahnen tomó la lanza que bailaba con el viento, aun clavada en el estómago de un contendiente muerto y la lanzó hacia el Chará-wisú que, con sus reflejos intactos, logró evadirla. El machete en su mano chorreaba sangre Rumeraute.

Lo último que vio Magena antes de ser arrancada de su lugar de cautiverio fue a Lahnen luchando con ese cerdo capitán de Ogenwa. La lucha se inclinaba en favor del Chará-wisú y ya no vio más.

El guerrero la cargó en sus brazos y comenzó a correr con ella a campo traviesa mientras un grupo de guerreros Rumerautes les cerraban el camino a los esclavistas a su espalda, evitando que fueran en su persecución. El joven corría con agilidad, sosteniendo con firmeza a la pálida entre sus brazos. Ella se abrazó con fuerza a su torso y, aunque no creía saber de quien se trataba, dejó fluir sus miedos, sus frustraciones y su dolor.

Era muy probable que no quedaran casi Rumerautes en pie luego de aquel día en que intentaron liberarla del yugo opresor de Ogenwa, también estaba segura que ya no volvería a ver a su madre. Pero también confirmó, por su evidente ausencia, que su padre ya no formaba parte del plano de los mortales. Solo eso explicaría que no fuera él quien la llevaba ahora en sus brazos.

Hacía dieciséis estaciones de cosecha, Ajachay había cargado a su madre en brazos para alejarla del peligro, hacía ocho lo había arriesgado todo, una vez más, por su madre y por ella. Pero esa vez, los brazos de la muerte se cernieron sobre él, convirtiéndolo en eternidad.

## Capítulo 12

### **Capítulo XII – Debilidad**

Las energías del guerrero iban menguando conforme avanzaba. Tenía un profundo corte en la pierna que, aunque intentara ignorarlo, le producía un fuerte escozor. Pero no llevaban recorrida ni la mitad del camino. No podían detenerse, aún estaban demasiado cerca de los dominios de Ogenwa.

—Bájame, por favor —le pidió Magena.

Pero no recibió siquiera respuesta, solo la cambió de posición, cargándola sobre su hombro. Pero cada vez era más evidente el agotamiento del hombre herido. Las facciones de la joven se encontraban deformadas. Había llorado desde que el guerrero comenzó a cargarla y había llevado todo el tiempo haciéndolo. Ahora, el llanto y la vergüenza se confundían en su rostro.

—Caminaré por mis propios medios —insistió.

El guerrero hizo caso omiso, a pesar de la herida en su pierna, no pensaba flaquear. Magena interpretó la resistencia del joven como una afrenta.

—He dicho que me bajas. No soy una cría para que vayas cargándome todo el camino.

Magena fue liberada. El joven, algo contrariado parecía esquivarla con la mirada. Ella comprendió que había sido grosera e intentó encarar una conversación a modo de disculpa.

—Gracias... por ayudarme a huir.

—No esperarías que fuéramos por ti y te abandonáramos a último momento, niña.

Estaba de espaldas a ella, pero giró su rostro para hablarle, mientras sus ojos se dirigían al suelo. Magena lo vio de perfil y, aunque no recordaba a quien pertenecía ese rostro, podía asumir que tenía más o menos su edad. ¡Menuda desfachatez tratarla de niña como si él fuera un gran hombre! Le había hablado con una voz grave, segura. Podía ser cualquiera de los niños de la aldea, habían pasado demasiadas estaciones de cosecha como para reconocerlo.

Él interpretó correctamente su silencio, pero permaneció sin mirarla y Magena, que era testaruda como su padre, lo tomó de los hombros para que sus ojos se posaran en ella. Su corazón se desbocó dentro de su pecho, ese guerrero no podía ser otro que Napayshi.

Aquel muchacho desgarbado y con facciones de niño, que le había ofrecido su amistad sin condiciones apenas ella amaneció a la vida, había cambiado considerablemente. El dorado de su piel era ahora más oscuro, dando a los músculos de su cuerpo torneados por el intenso entrenamiento, mayor intensidad. Estaba tan alto que Magena debía levantar mucho su rostro para mirarlo a los ojos. Era ahora un hombre y hasta su voz había cambiado considerablemente, pero sus ojos eran como Magena los recordaba.

Supo entonces que los sueños en los que él la había visitado no le hacían justicia: era perfecto, majestuoso. Sus pómulos enmarcaban sus facciones y su mirada llevaba ahora el peso y la experiencia de los años impresos en ella. Las aletas en su nariz estaban desplegadas, en un gesto de hastío e incomodidad, parecía incómodo o que estaba ofendido con ella por irse de su vida tan pronto.

Lo acompañaba una expresión desconfiada que no hacía mermar en lo más mínimo su belleza, para ella incomparable; más aún después de tantos años viviendo entre la tosquedad de los Chará-wisúes, sus olores desagradables, sus rostros opacos y las miradas tan muertas. Napayshi era el dorado más maravilloso que había conocido y su actual figura no hacía más que reafirmar esa idea. Pero ya no sonreía.

\*\*\*

Él sabía que ese momento habría de llegar, pero todas aquellas estaciones de cosecha haciéndose a la idea no lo habían preparado para vivirlo. Wenai hubiera matado a cualquier Rumeraute que se interpusiera en su camino, incluso a Ahdik si era necesario. Pero jamás haría nada en contra de sus hermanos. A pesar del tiempo, la distancia, el olvido, ellos eran su sangre y aunque muchas cosas habían cambiado después de su huida, no podía simplemente esparcirla sin más por la tierra de Malpayne. Además, seguía en deuda con su madre: ella ya había perdido a su esposo y a uno de sus hijos, no sería él quien agregara más pesar a Tahanea. Demasiado había hecho con alejarse de su lado, aunque no supiera nada de ella, imaginaba el dolor que habría atravesado.

Napayshi fue el primero que descubrió en medio del ajetreo de la batalla. No podría haberlo reconocido por su cuenta, solo lo consiguió al escuchar

a un Rumeraute llamándolo, estaba muy cambiado. Ahora un hombre y un guerrero, y supo sin demora que el juego de la guerra era para él, su hermano menor, tanto más de lo que era para sí mismo. La lanza era una extensión de su brazo y la hacía bailar con agilidad al ritmo de la muerte. Era ahora mucho mejor guerrero que lo que Wenai sería en toda su vida. Recordó con pesar aquellos años en que creía ser el mejor de los cuatro hermanos.

Luego encontró a Lahnen con la mirada mientras luchaba por el bando contrario. Su hermano mayor no era un guerrero y nunca lo sería, amaba ser un cazador, dejarse rodear por la naturaleza y pasar horas acechando a una presa. Podía leerse en su expresión que detestaba estar allí, pero Wenai sabía que, sin lugar a dudas, lo hacía por Ajachay. No le asombraba verlo allí, pero se preguntaba por qué habían demorado tantos años en venir por Magena y Elora.

Buscaba con la mirada para tratar de encontrar a Equiro, pero no lo veía. Probablemente, no lo reconocería, era el más pequeño y el que, seguramente, hubiera cambiado más sus facciones. Además, era difícil distinguir a nadie entre tanta confusión.

Se mantuvo luchando como un Chará-wisú en las sombras, no quería que sus hermanos lo vieran como el traidor que efectivamente era, pero tampoco podía dejarse ver por los Chará-wisúes tomando una posición neutral. Su vida había dependido de cambiar de bando y jurar fidelidad al enemigo y se confesaba a sí mismo como un cobarde. Sin embargo, cuando la lucha comenzó a avanzar y los muertos de ambos pueblos se iban apilando a montones, vio como todo se iba derrumbando.

Napayshi ya había huido con Magena y pronto estarían lejos. Sintió una gran satisfacción al comprender que ya estarían a salvo, al menos de momento. Los Chará-wisúes habían sido diezmados y la aldea una vez más se reducía a cenizas. Ogenwa había sido convencido de ocultarse para preservar su vida y Elora fue llevada ante él junto con su hijo. Wenai imaginó entonces que ella había decidido quedarse, pero desconocía que había ayudado a su hija a huir, aunque estaba de acuerdo con Elora, Magena no pertenecía a ese pueblo de bárbaros. Mientras todo eso sucedía, los Rumeroutes que habían venido escoltando a Ahdik todo el tiempo, notaron muy malherido a su jefe, por lo que lo cargaron emprendiendo la retirada.

El problema era que alguien había quedado atrás y estaba próximo a ser asesinado. Wenai jamás se perdonaría si Lahnen caía ese día cuando él podría haberlo evitado. Por eso, mientras el caos reinaba y los pocos sobrevivientes se afanaban en combatir las llamas que otra vez los azotaban, él se acercó por detrás a Chowanoc y hundió una daga en su costado. Lahnen yacía en el suelo, a punto de ser aniquilado, pero aún preso de la confusión por la pérdida de sangre y el cansancio, pudo ver a

su hermano salvándole la vida antes de perder la consciencia.

\*\*\*

Iba extraviado, semiinconsciente. Había perdido tanta sangre que sentía su vida escurrírsele entre las fibras de sus músculos. Mientras la avanzada de Napayshi estaba sufriendo un retraso, debió decidir y en esa decisión Equiro casi pierde su vida. Vio como uno a uno fueron cayendo sus guerreros, guerreros que cruzaban el valle de los ancestros, guerreros que con su muerte dejarían a su paso mujeres e hijos desconsolados. Él ya conocía ese sentimiento.

Sus manos, su cuerpo, estaban bañados en sangre. Decidió que no había nacido para ser guerrero. Era muy fácil entrenar durante años, sin matar a nadie. Había sido como un juego desde un principio, cuando aún él y Napayshi eran grandes amigos y continuó siéndolo a pesar del paso del tiempo, a pesar de perder a su amigo para siempre en ese proceso. Cuando las cosas comenzaron a salir mal, el día en que Ajachay partió hacia el descanso eterno, el juego se volvió algo a lo que se debía tomar con seriedad. Era para él ahora una responsabilidad, una deuda con Magena, su madre y su padre, a quienes había jurado que siempre cuidaría de la niña. Pero prefería no tener que volver a tomarla jamás.

Más de una vez en aquellas estaciones de cosecha que se escurrieron entre sus manos como arena seca, torturó su mente pensando que, si no hubiera ido a entrenar con Napayshi, si hubieran escapado aquel día y se hubieran comportado como los niños que eran, huyendo a hacer travesuras a la orilla del mar como Magena les había suplicado, quizás ella hubiera escapado de tan amargo destino, quizás nunca hubiera sido esclavizada. Pero los dos jóvenes Rumerautes habían optado por jugar a ser hombres y, a pesar de la promesa de proteger a la pálida niña que tanto amaron desde que la vieron amanecer, ella desapareció dejando un vacío tan imposible de llenar que creó un abismo entre los niños, tan amigos desde muy pequeños, que ya no podría ser salvado.

Tras el abismo entre él y Napayshi, llegó la soledad. Debió levantar su techada bien lejos de donde él moraba y, aunque Equiro no quería hacerlo, Napayshi había sido muy claro: «No eres más que un crío, te quiero lejos de mí.» Entonces, ya en su pequeña techada, rodeado únicamente por la soledad como su nueva compañera, alejado de todo cuanto había formado sus recuerdos más felices, su infancia, decidió que era hora de enterrar todo lo que había sido para permitir que el hombre

tomara el control. Aunque algunas cosas serían eternas para él.

Pero no bastaba con crecer. Equiro simplemente no podía ser el mejor, Napayshi siempre iba por delante. En un principio se descubrió preocupado por eso, pero en el mismo proceso de crecimiento dejó de interesarle ser el mejor o ser mejor que Napayshi al menos. Solo quería ser lo suficientemente bueno como para poder salvar a Magena de su cautiverio, devolverla a su gente, a su tierra. En ello se afanó entonces por aquellas estaciones de cosecha y era lo único que ocupaba su mente. Entrenó cuanto pudo y más. Cuando no estaba ocupado entrenando, solía salir de caza con Lahnen, de quien aprendió muchas cosas que Ahdik jamás podría enseñarle.

Sabía perfectamente que no había sido despertado a esta vida para ser un guerrero, jamás se sentiría como tal. Le habían contado que su padre, además de un gran guerrero y capitán, había sido un gran cazador, que Lahnen se parecía mucho a él. Entonces, eso era lo que él deseaba ser. Pero Napayshi lo había arrastrado con él por aquellos tiempos en que eran inseparables, luego llegó el tiempo de la necesidad y todas las manos disponibles fueron convocadas a entrenar. Equiro no necesitaba que le ordenaran nada, tenía bien en claro que nunca sería un gran guerrero como posiblemente lograra llegar a ser Napayshi, pero haría lo necesario, a costa de su vida de ser preciso, para ayudar a rescatar a Magena.

Con el tiempo y el esfuerzo se volvió hábil con la lanza, aunque su mayor habilidad era su inteligencia, la claridad para anticipar los movimientos de su oponente. Agradeció entonces su virtud a la pericia de Lahnen, a las largas jornadas de caza con él. Fue así que llegó a comandar uno de los grupos de asalto, aunque el resto de los guerreros veían con recelo la decisión de Ahdik. Napayshi era un guerrero fuera de lo común, eso podían comprenderlo sin problemas, pero para ellos, Equiro no era más que un niño hábil de entendimiento. No podían ver lo que Ahdik había visto en él: las habilidades que tanto había rechazado de Ajachay, las que solo tras su muerte logró comprender y que ahora le resultaban imprescindibles.

Bajo esa premisa y a sabiendas que Ahdik lo quería al frente para tomar decisiones complicadas, confiando en su criterio más que en el de ningún otro, lo puso al frente. Él tampoco quería estar ahí, decidiendo el futuro de aquellos hombres que Ahdik puso bajo sus órdenes, más curtidos y con más experiencia en batalla. Pero era su responsabilidad, entonces hizo lo que había ido a hacer: comandar y tomar decisiones difíciles.

Atacaron rápida y salvajemente, tan sorpresiva fue su aparición que los Chará-wisúes, sin tiempo a advertir el ataque, comenzaron a caer como hojas en el otoño. Pero inevitablemente, también comenzaron a caer los subordinados de Equiro y él supo entonces que no era su deseo decidir sobre la vida de los demás. Pero ya era tarde y siempre cargaría con los

fantasmas de aquellos que llevó hacia el valle de los ancestros.

La última vez que su mente tenía la fuerza suficiente para captar y comprender lo que sucedía, vio más muerte de la esperada. Ahdik se encontraba herido, inconsciente era retirado de allí. Sus guerreros dispersos por todo Malpayne, sangrando. Lahnen resistía a duras penas, a Napayshi no lograba encontrarlo. A pesar de todo, rogó a los dioses que lo mantuvieran con vida, porque no podría albergar por él sentimientos tan macabros como para aceptar de buen grado su muerte.

Equiro sintió al fin cómo sus fuerzas se agotaban, se preguntó si Magena y Elora seguirían con vida y si habrían podido huir, aunque era inútil pensar en eso, él no creía poder ayudarlas, no sabía siquiera si él sobreviviría a aquella locura. Sin demora, entonces, su mirada se veló y el mundo se oscureció ante sus ojos.

## Capítulo 13

### **Capítulo XIII – Extraños**

***"La presentí mareada de atardecer,  
y la busqué la noche entera hasta el fin.  
Mas me llamó, atravesando las horas."***

Sentía en su cuerpo el peso de mil batallas, aunque solo hubiera enfrentado una. No había nacido para asesinar personas, aunque comprendía que los guerreros cumplían órdenes y muchas veces no era siquiera su deseo cumplirlas. Pero así era el deber hacia un señor, una esposa o un amigo y fue eso lo que llevó a Lahnen a ir en contra de sus ideales una vez más. Había enfrentado toda lógica por Ajachay cuando todavía eran muy jóvenes y volvería a hacerlo sin dudar, incluso ahora que era un adulto con todas las letras y comprendía cuan temerarios habían sido sus actos. Pero las muertes de aquella locura pesaron durante años en su consciencia y, aunque se tratara de Chará-wisúes, sentía pesar por haberlos arrastrado a su fin.

Una vez más, respetuoso de aquel deber, encabezó otro rescate, esta vez en pie de guerra, aunque mucho había temido fallar esta vez. Y si mañana debiera enfrentarse a los Chará-wisúes que aún quedaban en pie, por esa deuda hacia su amigo, lo haría con gusto y así sería hasta que su vida se apagara y su fuego se uniera a la gran hoguera de los ancestros. Pero poco le pesaban el mañana o las venideras estaciones de cosecha que le restaban por vivir. Había algo más importante que superar antes, el presente.

Nunca había temido realmente al velo de la muerte, desde muy pequeño había oído a su padre contándole que los Rumerautes lo recibirían con respeto y honor, que era sentir cómo la vida lo soltaba a uno para dejarse abrazar por una nueva amiga que habría de acompañarlo en la eternidad, y allá en el valle donde mora se encuentran todos los Rumerautes que nos precedieron. Sin embargo, no le dolía lo que podía venir, sino lo que dejaba atrás. No sabía cómo había acabado el rescate ni si Napayshi y Equiro seguían con vida, pero temía que Tahanea no soportara perder a otro hijo más, aunque ella había aceptado que era su deber dejarlos partir como era el de los guerreros ir a batallar.

Además de aquellas penas, en ese momento, su mente deambulaba por las costas, donde las olas golpeaban contra las rocas. Allí, donde su cuerpo había probado las delicias del cuerpo de una mujer, pero también donde había comprendido cuán completo y desinteresado puede ser el amor.

—No voy a despedirme de ti, pienso volver en uno o dos días, como siempre lo he hecho —dijo a Nagatí antes de irse.

—Déjame un beso o dos de más, por si los días se hacen largos y la espera me acompaña más de lo debido.

Él la había besado, como siempre, y antes de irse volvió a recorrer su cuerpo, beber de su néctar, no por miedo a no verla otra vez, sino para que le infundiera coraje. La amó una última vez, para llevar consigo el aroma de su piel. Pero ahora, yaciendo en un punto intermedio entre la inconsciencia, la cercanía con el descanso eterno y la memoria de aquellos que lo amaban, pensó que había sido negligente. Debió ser sincero con Nagatí, advertirle que quizás no volvería jamás, que no era un guerrero y que, en consecuencia, era muy factible que pereciera rápidamente, regando con su sangre la tierra de Malpayne.

Lo de su sangre ya era un hecho: lo habían herido muchas veces y, aunque los que lo hicieron al momento conocieron el filo de su lanza o las puntas de sus flechas, era un hecho que se estaba desangrando. Al único oponente que no vio morir fue a Chowanoc. Su recuerdo puso a Lahnen en estado de alerta, le dolía todo el cuerpo y sus heridas ardían como si por ellos corrieran ríos de fuego.

No estaba muerto, no podría ser tan dolorosa la muerte, al menos no era eso lo que le había contado Potamac. Sintió la brisa acariciando sus muslos cansados y las hebras de su cabello se movieron haciéndole cosquillas en el rostro. Fue la primera sensación agradable que recordaba en horas. De pronto y, a pesar de permanecer con los ojos cerrados, notó que el sol brillaba en el cielo, pero una figura parecía opacarlo, interponiéndose entre sus rayos y el rostro del cazador.

—Despierta, debes continuar. Tu gente debe curarte, aún no ha llegado tu fin.

Escuchó atentamente esa voz, se le hacía familiar. Por un momento, creyó estar oyendo las palabras de boca de su padre. ¿Acaso el dolor le estaba haciendo perder la poca cordura que guardaba? La autocompasión nunca fue una de sus características más distintivas, comenzó a reír sin saber por qué, aunque le provocaba un escozor de muerte en las heridas. Debía de ser la hora media del día, el calor lo estaba abrasando y sentía su piel

tirante.

—No puedo dejarte aquí, pero tampoco puedo llevarte con ellos. Levántate, Lahnen, hazlo por shima.

Dejó de reír al instante. No podía ser, no era posible, tenía que estar volviéndose loco. Abrió los ojos para confirmarlo y palideció al descubrir la figura de Wenai ante su febril mirada. Las palabras no acudían a su boca, no esperaba encontrarlo después de tanto tiempo.

Decidió contemplarlo. Al transcurrir los segundos, más consciente, recordó que le había salvado la vida, aunque grande era la dificultad para discernir lo real de lo ficticio. Tenía esa imagen en su mente, pero había creído que era producto de su imaginación. Probablemente, esto también lo fuera. No podía reaccionar en modo alguno.

—Vamos, hermano —le dijo mientras tomaba su mano para ayudarlo a ponerse en pie—, levántate ahora y huye mientras puedas.

—Wenai... —Fue lo único que se sentía capaz de pronunciar.

—Sí, soy Wenai. Vamos, idebes irte ahora!

— ¿Cómo fuiste capaz de aparecer a salvar mi vida justo cuando más lo necesitaba?

—Resultó que estaba en el mismo lugar que tú —dijo sin rastros de orgullo. Reflexionó un momento, suspiró con seriedad y prosiguió—. Mira, he hecho muchas cosas de las que me avergüenzo y nada de lo que haga podrá reparar el daño de mis acciones. Pero no dejaré que nadie quite la vida a mi hermano si es que puedo evitarlo.

—Estuviste en Malpayne todos estos años...

—Aunque quisiera negarlo, así fue. Levántate.

Wenai ayudó a su hermano mayor a ponerse en pie con mucho esfuerzo y dificultad. Varias heridas en el cuerpo de Lahnen habían detenido su sangrado, muchas otras no. Pero una herida muy grande y vieja se había abierto ahora, después de tantos años: tener a Wenai frente a él era contradictorio y confuso, pero le dio algo de paz. Apenas pudo terminar de pisar con pie firme el suelo, lo abrazó y, aunque no corrió ni una solitaria lágrima por su orgulloso rostro, su débil y temblorosa respiración fue suficiente para que su hermano menor supiera que la emoción lo había embargado.

Se separaron y miraron con atención, Lahnen no había envejecido un ápice, Wenai era todo un hombre. Lahnen deseó deshacer todo lo

sucedido en las últimas dieciséis estaciones de cosecha. Wenai simplemente sonrió, el gesto le resultó casi doloroso, pero necesario a la vez.

—No puedo borrar todo lo que he dicho y hecho, sobre todo, durante el último tiempo que compartimos. Pero has de saber que siempre agradezco a los dioses por la familia que recibí y no merezco.

—Vuelve con nosotros —rogó Lahnen.

—No puedo y no quiero. Ustedes ya superaron mi partida, volver ahora implicaría hurgar en heridas que jamás sanarán. Puedes irte en paz, Lahnen, has hecho un gran trabajo como hermano mayor.

—Lo dudo...

—No lo hagas —reprendió duramente Wenai—. No debes culparte por nada, yo soy responsable de mis actos. Ahora debes partir.

Lahnen continuaba impresionado, con la mirada fija en su hermano, negándose a separarse otra vez de él.

—¡Vamos, Lahnen, huye! —Lo instó, algo ofuscado para hacerlo reaccionar—. Corres peligro aquí. No estamos lo suficientemente lejos de Malpayne, si no te vas ahora, todo esto habrá sido en vano.

Entonces Lahnen comprendió, la confusión desapareció de su mente como las nubes se disipan en el cielo cuando el viento se alza repentinamente. Su vida sería el sacrificio de Wenai, un pago por sus pecados. Comprendió, aunque lo lamentó.

—No te guardo rencor, pequeño hermano.

—Quizás deberías, quizás no merezca tu perdón, créeme. Adiós, Lahnen.

El cazador le dedicó una última mirada antes de girar y encaminarse hacia las tierras Rumerautes. Caminó con dificultad, dolorido y afectado por el encuentro. Cada paso horadaba de dolor cada fibra de su ser, no tanto como tener que dejar a su hermano a merced de ese pueblo de asesinos.

— ¡Lahnen! —gritó Wenai a lo lejos. Su hermano mayor se detuvo y lo miró—. Será mejor que no le cuentes a shima que me viste con vida, solo la apenará más. —Lahnen asintió, completamente de acuerdo—. Y apura el paso o llegarás a la aldea listo para unirte al Círculo de ancianos.

Lo último que vio el cazador de su pequeño hermano fue una gran sonrisa

y una expresión de paz interior.

\*\*\*

Estaba agotada. Por más que quiso apurar el paso durante horas nunca pudo alcanzarlo, aunque creía que él podría caminar aún más rápido si quisiera. Napayshi era ahora tan alto y rápido que, luego de mucho intentar corriendo, Magena desistió y comenzó a caminar rápido, pero a su propio ritmo. Cuanto más se adentraban en territorio Rumeraute, más lograba advertir cómo la desdicha y la falta de lluvias habían convertido aquellos verdes campos en tierras yermas y grises.

Solo cuando estaba anocheciendo, sin pronunciar palabra, Napayshi se detuvo: ambos debían descansar y alimentarse. Todavía quedaba mucho por recorrer y no serviría de nada continuar si se extenuaban al límite y permanecían sin probar bocado. Magena caminó unos minutos más hasta alcanzarlo, y cuando lo hizo intentó tomarle las manos, pero él se zafó y le dijo secamente que iría a intentar cazar algo y que tratara de ocultarse mientras tanto.

Regresó al rato con un conejo bastante raquítico, pero que al menos les valió como cena. Comieron sin dirigirse la palabra, aunque Magena estuvo todo el rato tratando de tomar coraje para hacerlo. Lo desconocía, el niño que ella recordaba no paraba de hablar, pero ahora parecía no tener nada que decir. Ella pensó en el tiempo que había transcurrido, aceptaba que al crecer hubiera cambiado, pero habían pasado demasiadas estaciones de cosecha y Magena no comprendía como podía ser que no tuviera nada que decir.

El dorado sólo habló cuando lo consideró inevitable, le dijo a la pálida que durmiera unas horas. Por supuesto, él se mantuvo alerta y, desde luego, ella tampoco durmió. Llevaba mucho tiempo adormecida, necesitaba estar alerta, necesitaba aclarar el velo en su mente.

Había idealizado tantas veces como sería su reencuentro y nunca había contemplado la posibilidad de que Napayshi ya no fuera el mismo que ella conocía, era un hombre sí, pero poco quedaba ya de aquel niño. Desde su sonrisa muerta hasta su doloroso silencio se le hacían ajenos. Ese no era el muchacho con quien había compartido su infancia y por el cual se había desvelado o debatido entre sueños agobiantes durante su cautiverio.

Apenas comenzó a clarear, retomaron camino. Debían dirigirse hacia la costa y esperar allí hasta que alguien viniera por ellos con la confirmación de que la aldea se encontraba segura. Una partida de unos veinte

guerreros había quedado atrás guardando las fronteras en caso de contraataque. Caminaron hasta que el sol estaba alto en el cielo, cuando finalmente hallaron el camino que llevaba al mar.

Una oleada de sensaciones y recuerdos embargó a la pálida, había recorrido ese camino tantas veces que conocía cada recodo, cada hondonada. Ese camino le sabía a juegos, a amistad, a amor; era la dirección que tomaban las travesuras diarias. Por allí se dirigía también Lahnen para ver a su amada todas las noches. No muy lejos del camino se tendía el río donde años atrás había sido raptada, pasando por allí para ir a desembocar en el mar. Verlo le retorció el alma y un nudo se cerró en su garganta. Todo estaba prácticamente como lo recordaba, pero muerto. No pudo evitar pensar en Napayshi y su sonrisa, tan muertos en vida como aquellos campos.

Descendieron hacia el mar. Magena buscó a Nagatí sin éxito. Necesitaba una razón para no huir hacia el norte. Todo le resultaba familiar y ajeno a la vez, como si formara parte de algún cuento que le contaran de pequeña. Caminaron entre las rocas hasta dar con la cueva Zapai donde habían jugado tantas veces, donde habían celebrado sus estaciones de cosecha a hurtadillas de los adultos.

Entraron. Allí todo permanecía igual: las ruinas del antiguo pueblo permanecían como testigos mudos de un pasado lleno de muerte y desesperación. El nudo en la garganta de Magena se ciñó aún más y las lágrimas bordearon los párpados de sus ojos, perlando sus pestañas, al ver los restos de una hoguera, eran el remanente del paso de Wenai. Los recuerdos la aplastaron, le trajeron a flor de piel las palabras y los silencios de aquel lejano día en que Napayshi y Equiro celebraron su séptima estación de cosecha. Entonces, ya no toleró más el silencio al son de las olas del mar.

—Napayshi, por favor, necesito saber sobre los demás. Lahnen estaba luchando cuando nos fuimos, pero no logré ver a Equiro... a mi abuelo. ¿Qué hay de Keme, tu madre y mi abuela? ¿Qué de los ancianos?

El dorado inspiró con el semblante grave. Magena hubiera jurado que le costaba hablar, como si estuviera de pie ante una extraña. Finalmente habló.

—Todos están bien, aunque muy apenados. Excepto...

—Mi padre —completó la frase, quizás para no dilatar lo inevitable. Ya estaba totalmente convencida de su muerte—. Él no se cuenta entre los vivos.

—Ajachay murió aquel día —continuó. Parecía un tronco hueco, carente de vida, ninguna emoción en sus gestos—. Ha sido muy difícil para todos

—Con tono evasivo, giró para retirarse—. Debo intentar conseguir algo de alimento, debemos tener provisiones para la espera.

Cuando iba a comenzar a retirarse, Magena lo tomó del brazo. Él miró su mano, rehuyendo a esos ojos del color del mar.

—No te vayas —rogó—. Todos estos años han sido un infierno, no soporto más soledad de la que he vivido en el sur. Sólo pude superarlo manteniendo la esperanza de volver a la aldea, abrazar a mi hermano, a mi abuela. Confieso que casi todas estas estaciones de cosecha también fantaseaba con encontrar vivo a mi ataa'. He anhelado tontear con Equiro.

Magená no supo interpretar el gesto de incomodidad de Napayshi, no comprendía cómo podían haber cambiado tanto las cosas en su ausencia.

—Quizás hasta guardé la esperanza de llegar a mi abuelo —continuó—. Pero a quien esperaba con muchas más ansias era a ti.

Napayshi se había quedado como petrificado, dándole la espalda a Magena. Aunque parecía impasible, ella podía notar la tensión en sus mandíbulas desde donde ella lo miraba. Lo rodeó para colocarse frente a él.

—He llevado tus palabras en mí, atesorándolas todo este tiempo, tu promesa. Pero ahora todo lo que recibo es silencio y evasión.

—Han pasado muchos años, Magena —respondió con el ceño fruncido, Magena podría jurar que hasta estaba molesto con ella—. Las cosas cambiaron.

—Puedo notarlo. ¿También cambiaron aquellos sentimientos que antaño me confesaste?

Se acercó a él, tomó su rostro entre sus manos. Sintió un hormigueo en sus manos, la alquimia del contacto con su piel la embriagó. Miraba sus labios, sedienta, deseando beber de ellos.

—Ya no soy esa niña a quien jurabas sensaciones abstractas, sé lo que sentías porque yo misma comencé a sentirlo tiempo después.

Lo notaba tenso, su cuerpo rígido, las mandíbulas apretadas, el semblante serio. Ella se colocó en puntas de pie y, aunque costosamente, pudo al fin besar sus labios. Napayshi inspiró, correspondiéndole el beso. Tantos años de anhelo hasta que por fin sus bocas se encontraron.

Magená sintió una abrasión interna, una ebullición en sus sentidos y automáticamente paseó sus manos por la espalda del Rumeraute,

palpando sus músculos bien marcados. Él la abrazó fuertemente, continuando con ese largo beso que hubo soñado más de una vez, pero que parecía dolerle en cada fibra de su ser. Cortésmente, con sus manos en la cintura de la pálida, finalmente la alejó de él.

—Las cosas cambiaron, Magena.

Retomó las palabras que se habían perdido con el beso. Los sentimientos se agolpaban en su garganta y no conocía las palabras adecuadas para expresarlos.

—Había llegado a pensar que habías muerto, el Círculo no veía con claridad. Todos creímos que habías corrido la suerte de tu padre.

—Pero estoy viva, quizás más de lo que he estado todos estos años. Y si algo me aferró a la vida fue, entre otras cosas, el deseo, la necesidad de verte.

—Me da mucho gusto verte con vida, saber que a pesar de todo has resistido ese calvario —Su rostro no parecía reflejar las palabras que estaba pronunciando—. Pero ya no puedo cumplir con aquella promesa, mi luna creciente. Hace algunas estaciones de cosecha he desposado a Danei y tenemos un niño.

La joven permaneció inmóvil. Las palabras le sonaban como ecos, casi irreales, lejanas. Lo miró unos cuantos segundos, en los que él permaneció quieto, esperando su reacción. Durante ese tiempo, ella estuvo evaluando cuál de todos los sentimientos que embargaban su ser era más potente. Se estaba debatiendo entre el amor que ya no podría ser, la tristeza y la ira.

Había sabido reconocer perfectamente que, dentro de las posibilidades, Napayshi podría haber continuado con su vida, pero no lo había querido considerar. No, él le había hecho una promesa, ella creyó en sus palabras, pero Napayshi las dejó esfumarse en el viento como polvo. Definitivamente, la dominaba la ira. Sentía su sangre recorriendo sus venas, su corazón latiendo con fuerza. Sentía el dolor atravesándola.

— ¿Acaso no tienes palabra, Napayshi?

—Quisiera decirte que si Magena —respondió con dolor en su rostro—, abrazarte y decirte que estaremos juntos, pero no puedo. Desde que tú y tu madre desaparecieron, debimos retomar nuestras vidas, a pesar de todo.

—Eres un cobarde... —sentenció Magena con sus mandíbulas apretadas y

dejando las palabras suspendidas en el aire.

—Tienes razón.

—He mantenido vivo tu recuerdo, pero no eres ni la sombra del niño que conocí.

—También eso es cierto.

— ¿No lo ves? Tan solo te paras aquí a darme la razón y a mirarme con pena.

—Sí, siento pena —respondió resignado—, pena del hombre en que me convertí. La realidad es que he desposado a Danei para complacer a tu abuelo. Me necesitaba al comando de sus tropas, pero no era más que un niño, sabes que solo así podemos contarnos entre los adultos y ganar el respeto definitivo de los demás.

La pálida lo miraba con fuego en sus ojos. No creía en sus palabras y no le parecían justificación de ningún modo. El dorado pareció advertir sus pensamientos

—Eso —continuó—, aunque no quieras creerlo, me valió el respeto de mis hombres, con quienes hemos ido a rescatarte. He de ser sincero, con el tiempo comencé a apreciarla, pero nunca me olvidé de ti, tampoco de mi promesa. Y aunque eso significara que no cumpliría con ellas, esperaba volver a verte con vida. Cuando los ancianos lo confirmaron, no lo dudé, estaría al frente de aquel ataque para intentar salvarte en el nombre del amor que sentía por ti.

—Sentías... —repitió con un hilo de voz, se le hacía difícil proseguir—, ¿sentías? He dibujado tu rostro en mi mente todas estas estaciones de cosecha para no olvidarte mientras yacías con Danei. Danei...

—Debes entender, el honor va más allá de tu entendimiento y de nuestros sentimientos. El honor y el deber, ya lo comprenderás.

Magená suspiró, dejando que una lágrima solitaria rodara por su mejilla, abriendo un surco entre el polvo que se había adherido a su rostro en el camino de regreso a casa. Napayshi creía estar viendo a aquella niña, siempre llena de polvo por las travesuras, con pastitos en su cabello ondulado. Pero no era aquella niña, era una bella mujer, más bella aun de la imagen que se había hecho de ella cada vez que había intentado imaginarla. Pero podía ver todo el dolor que estaba atravesando por su culpa, toda su ilusión se había derrumbado como un endeble montículo de tierra.

—No creo poder comprender nunca cómo el honor y el deber pueden matar un sentimiento.

—Lo harás. Nantai Ahdik tiene decidido desposarte a tu llegada.

El gesto de Magena mostró confusión, pero él prosiguió. Si se detenía en su determinación, cedería ante sus sentimientos y no podía permitírselo. El muro infranqueable que había levantado comenzaba a resquebrajarse.

—Con el tiempo, sencillamente aprenderás a entregar tu corazón a quien el deber te haya impuesto, sé de lo que hablo. Magena, pálida luz de luna, nadie ha muerto jamás por amor.

—Puede que estés en lo cierto, no he de morir por ti después de sobrevivir a Ogenwa. Pero la que ha muerto es tu sonrisa, recuerdo cómo iluminaba tu rostro, ahora pareces un tronco hueco. ¿Acaso no es eso morir lentamente?

—Es seguir adelante con los medios que tenemos disponibles. Yo deseo que tu sonrisa nunca muera. El día en que decidí desposar a Danei tuve la certeza que, aunque siguieras viva, ya te había perdido para siempre. No me pidas que sonría, Magena. Mi sonrisa está condenada, la tuya aún puede salvarse. Y confío en que así será.

Napayshi se retiró mientras las lágrimas comenzaron a fluir con intensidad, bañando el rostro de Magena. Un gesto de amargura oscurecía su belleza. Tenía la certeza que esa sería la última vez que hablarían de sus sentimientos, aunque alguna mirada furtiva les recordara cuánto habían amado y perdido.

## Capítulo 14

### **Capítulo XIV – Regresar**

Abrió los ojos sobresaltado. Trataba de dilucidar si seguía con vida o ya se encontraba en el Valle de los Ancestros. No sentía paz, tenía mucho temor acumulado en su interior. Miró hacia su izquierda y vio a Lahnen dormido y vendado, recién entonces se percató que él también estaba herido y vendado. ¿Era eso o en realidad ambos estaban muertos? Los cortes y magulladuras en su cuerpo ardían, no podía estar muerto.

A lo lejos se oían los rumores de personas que iban y venían, gritos, niños correteando. Equiro no pudo entonces evitar que lo embargara una profunda nostalgia, deseaba volver a ser un niño. Aunque en realidad nunca fue fácil para él, su infancia se vio marcada por momentos de tristeza incomparable, pero él había aprendido a través del dolor a atesorar los momentos más felices.

Su vida prácticamente había comenzado con la muerte de sus padres. Nahai, su madre, estaba a punto de dar a luz. Era una niña, pero nació muerta y su madre murió momentos después a causa de la pérdida de sangre. Su padre, Terchal, quedó solo con un hijo que había amanecido a la vida hacía solo una estación de cosecha y trató de hacer su mejor trabajo criando a un infante que acababa de perder a su madre, hasta que los Chará-wisúes se llevaron su vitalidad.

Terchal iba en el grupo encabezado por Potamac. Muchos, incluso años después, afirmaban que se dejó atravesar conscientemente por una lanza para acabar con su dolor. Equiro sabía que no era verdad, nunca habría querido dejarlo solo. Aquel día, Ahdik debió comunicar muchas malas noticias, le dolió en el alma ver a Tahanea quedando sola con tres niños, dos muy pequeños. Pero Equiro había quedado completamente solo siendo muy pequeño y Tahanea decidió entonces armar un hogar con los restos de dos familias rotas. Equiro vivió la pena cuando tomó conciencia que su familia no existía ya, pero luego fue valorando lo que Tahanea y sus hijos le ofrecían desinteresadamente. Con el pasar de las estaciones de cosecha, aprendió a recordar a los caídos con cariño y cuidar y valorar a las buenas personas en vida.

Hubo muchos años de júbilo, donde las únicas preocupaciones de los niños se reducían a actuar como niños, donde todo era aventuras y diversión. Luego había llegado Magena y para él y Napayshi eso significó vivir el mejor momento de sus vidas. Hubo entonces prosperidad y todo el dolor pasó a formar parte de los recuerdos. Ellos tomaron entonces por propia decisión la responsabilidad de cuidar los pasos de la pálida que

crecía rápidamente, convirtiéndose en una Rumeraute de verdad, incluso parecía ser más Rumeraute que ellos mismos. Pero seguían siendo niños y los juegos y las risas eran el plan de cada luna.

Sin embargo, siendo aún niños, sobrevino la desgracia y los días se tornaron negros. El inicio de la adultez llegó precipitadamente, acabando finalmente con el ciclo de las aventuras, las travesuras y las risas. Equiro supo entonces que sus pérdidas no habían acabado con la muerte de sus padres: Wenai y Magena y Elora desaparecieron de la aldea y Ajachay, a quien siempre había admirado junto a Lahnen y a quien miraba como si se fijara en un espejo, había trascendido al Valle de los Ancestros. Pero aún atesoraba a aquellos que permanecían con él. Sin embargo, Napayshi decidió que su vida adulta la viviría por su cuenta y Equiro, que debía actuar como adulto a pesar de sentirse aún un niño, sintió que, a fin de cuentas, se encontraba totalmente solo.

Entonces, Equiro se centró en su deber y comenzó a entrenar, necesitaba estar listo para rescatar lo único que quedaba de su niñez, Magena. Ahora el juego comenzaba a ser real, la lanza se convirtió en su única compañera. Pero también se apegó a Lahnen, de quien aprendió a cazar y a ser respetuoso de otros seres vivos y, después de un tiempo, también se había vuelto bastante hábil con el arco y la flecha. Una gran admiración nació entonces por él, fruto de largas charlas, momentos compartidos y jornadas de caza. Encontró en Lahnen un nuevo amigo, dos almas solitarias, rotas, que habían perdido en el mismo día a sus seres queridos.

Despertar, entonces, con el cuerpo hecho trizas y una debilidad extrema, no fue lo peor para Equiro. A su lado se encontraba el cazador, débil, magullado y plagado de heridas. Estiró al máximo su brazo para poder tocar su piel, notó que ardía. Llegó a sentir el pánico de perder lo último que le quedaba, que lo ataba al mundo de los vivos. Si Magena no había vuelto, además, todo habría sido en vano. Temía que ya nada tuviera sentido. Equiro, entonces, sintió miedo por vez primera.

\*\*\*

Había imaginado su regreso a la aldea tantas veces que ya no podría asegurar cuántas. En ellas, siempre se veía volviendo con alegría junto a su madre, estrechándose en un sentido abrazo con Napayshi y luego, uno a uno, con todos aquellos a los que había recordado con amor y anhelo. Incluso, había llegado a fantasear con un sentimental recibimiento por

parte de su abuelo.

Cuando sus pensamientos eran más pesimistas, veía el dolor en los ojos de su pueblo porque su rescate había costado la vida de esposos, hermanos, padres e hijos. Pero también un rayo de esperanza al ver liberados a los esclavos que aún permanecían bajo el dominio de Ogenwa, con quienes ella había hablado tanto. Le habían preguntado por sus seres queridos, por la aldea en general, las cosechas. Entonces, ella los reunía en su mente con quienes los esperaban. El pesar se desvanecía, dando lugar a reencuentros y lágrimas de alegría.

Había imaginado también que todos los Rumerautes perecían cuando intentaban liberarla, incluidas ella y su madre. Dibujó en su mente a todos los que apreciaba humedeciendo con su sangre la llanura que les servía como hogar, el río teñido de rojo, las techadas ardiendo.

Pero jamás había cruzado por su mente la idea de ver a Napayshi con otra mujer. Y ahora que estaba segura que cada día de su vida vería cómo Danei se había adueñado de lo único que había amado más que a su familia, se sentía miserable. No la odiaba, en absoluto, ella era en verdad una mujer afortunada y estaba segura que habría continuado siendo una buena persona con el paso de los años. ¿Cómo odiarla? Incluso habían compartido momentos en su infancia, como el pan y la hoguera en las fiestas de la cosecha. No, no podía odiarla, no era capaz de adueñarse siquiera de ese sentimiento. Estaba vacía, reseca por dentro.

Pensaba egoístamente que quizás hubiera sido mejor permanecer junto a su madre, cuando el egoísmo que despertaba su pena se disipaba al pensar en Keme, en cuánto la hubo necesitado su pequeño hermano en todo ese tiempo y que, después de todo, jamás volvería a ver a su madre. Entonces, sus lágrimas cesaron, su rostro se volvió pétreo y se dispuso a esperar ansiosa algún indicio que asegurara que todo estaba en orden en la aldea. Aceptó en el más completo silencio el alimento y el agua que Napayshi le proveyó, durmió muy poco, siempre atenta a la entrada de aquella cueva, esperando ver a algún Rumeraute entrando a traerles tranquilidad.

Transcurrieron dos días y una noche y Magena estaba comenzando a temer lo peor. Napayshi se sentía incómodo a su lado, con su silencio, esperando al menos una mirada de desprecio, un insulto de sus labios. Sentirse ignorado era el peor castigo que podía recibir, aunque sabía que lo merecía. Le dolía verla con la mirada perdida en el vacío y descubrirla tan bella como la había imaginado, o incluso más, tan cerca suyo y a la vez tan lejos.

La luna había comenzado a trepar el firmamento cuando ambos pudieron ver una figura recortándose en la entrada de la cueva. Napayshi tomó sigilosamente el arco que reposaba a su lado, una flecha y, sin tensar el

tiento, la colocó para atacar al más mínimo indicio de peligro. Quien había entrado no podía verlos, a pesar de la hoguera se encontraban protegidos por la oscuridad de un recoveco de la cueva.

—Napayshi, soy yo, Tasunke.

Tasunke era el segundo al mando del grupo de Napayshi en la incursión a Malpayne. Habían luchado hombro con hombro hasta que el grupo se desintegró. Napayshi salió de las sombras, aun con el arco en mano, no iba a confiar en sus palabras hasta que sus ojos lo confirmaran. Tasunke se paró frente a él con las manos por delante.

—Tranquilo, nitis, todo está bien.

—Lo siento, pasó demasiado tiempo.

—Lo sé. Las cosas no salieron como planeamos. No fue fácil el regreso a la aldea. De todos modos, decidimos esperar un tiempo, por si esos despreciables Chará-wisúes tomaban la determinación de seguirnos. Creo que quedaron tan apaleados como nosotros.

— ¿Qué tan seguro es regresar ahora a la aldea?

—Tan seguro como siempre, corremos grave peligro. Pero no pueden quedarse aquí toda la vida. Mientras el pueblo de Ogenwa siga en pie, estamos expuestos a su ira. ¿Dónde está Magena?

La pálida se movió un poco al sentirse aludida, quedando así expuesta a la luz de la hoguera. Tasunke quedó petrificado al verla, no eran amigos, pero la conocía bien, al menos cuando era una niña. Pero la que ahora tenía enfrente distaba mucho de ser una niña.

—También me da gusto verte... —Magena hizo una pequeña reverencia con su cabeza, como era costumbre saludar a aquellos que no eran tan allegados. Tasunke devolvió el gesto.

—Debemos irnos ahora, aprovechar la oscuridad para que nos proteja.

Apagaron la hoguera, otro rastro dejado en aquella explanada, que aunque desapareciera, ampliaba los recuerdos que allí enmudecerían con el tiempo. Salieron de la cueva Zapai para tomar la calzada por la que habían llegado hasta allí. A una distancia prudencial, Magena pudo ver finalmente a Nagatí, cruzaron sus miradas, la pálida sabía lo que la doncella de Werenea, la diosa de la luna, deseaba saber.

—Tasunke —llamó Magena. Los dos jóvenes se detuvieron y giraron para

mirarla—. ¿qué hay de Lahnen?

—Vivo, aunque muy herido y débil —gritó él, para salvar la distancia que lo separaba de Magena.

Magena volvió a mirar a Nagatí, esperando que hubiera oído las palabras del muchacho. La sirena, con su figura humana bajo la luz de la luna, asintió en agradecimiento y el grupo siguió camino.

El territorio donde había crecido la joven de piel pálida era el mismo, pero se veía diferente. Los pastos tiernos que hacían cosquillas en sus piernas cuando de pequeña corría por allí, eran ahora gruesos, secos, duros, raspaban y hacían pequeños cortes en su piel. La tierra que pisaba era compacta y dura, reseca por la falta de lluvias. Pero a pesar de todos los cambios y que ya nada fuera como solía ser, era ese su lugar, donde nació y donde deseaba morir.

De todos modos, no le importaba demasiado en ese momento el entorno. Necesitaba reunirse con la gente a la que amaba, soltar los recuerdos y avanzar. Aquel camino parecía eterno, era ya el último tramo, lo último que lo separaba de su familia y parecía ser mucho más largo de lo que recordaba. Pero Magena no se engañaba. Sabía que luego del reencuentro, los abrazos y las lágrimas de alegría, llegaría lo inevitable. Porque aquella aldea ya no podía ser lo mismo sin Ajachay y, además, comprendía que probablemente varias personas ya no serían lo que solían ser. Ya lo había experimentado con Napayshi y sabía que no sería el único.

Era ya noche cerrada cuando el olor de las hogueras le confesó a Magena que ya estaban muy cerca. No había cantos ni celebraciones y ella pudo así confirmar que su libertad habría valido la vida de muchos hijos, esposos, hermanos y padres, tal como había imaginado que sería. Sintió entonces el peso de la culpa sobre sus espaldas. Pero al llegar, encontró algo más que aldeanos sufriendo sus pérdidas. Estaban allí los Rumerautes que habían permanecido en la esclavitud, y algunos otros que ella sabía que pertenecían a otras aldeas. No le costó comprender que finalmente pudieron ser liberados en su rescate y sintió al fin un poco de paz.

Romnesa y Tahanea estaban afanadas en cocinar un venado particularmente grande, pero apenas la vieron, corrieron a su encuentro. Tahanea lucía ahora algunas canas, pero seguía viva en aquellos ojos la llama de la mujer fuerte que había conocido. Romnesa seguía exactamente igual que como la recordaba, con esa paz en su semblante y la sabiduría impresa en su mirada. Las abrazó a las dos y las lágrimas corrieron por los rostros de aquellas mujeres.

Magena tenía un gran nudo en la garganta, pero ya no se sentía capaz de llorar más lágrimas. Ninguna de las tres pudo articular palabra, había miles de ellas atascadas en sus gargantas, pero ninguna se sintió capaz de pronunciarlas, no había palabras que hicieran justicia a los sentimientos que las embargaban. Mas aun sintieron que con ese abrazo estaba todo dicho.

—Ven, Magena, hay alguien esperándote.

Romnesa guio a Magena hacia su techada. Los aldeanos que la conocieron en su infancia se quedaban mirándola asombrados, sin dudas, nadie esperaba verla tan cambiada. Al acercarse a aquella techada que le había valido de hogar, a la cual había anhelado regresar cuando no le quedaba más remedio que tenderse en ese camastro maltrecho en el mohoso pabellón que Ogenwa le había ofrecido, se encontró con un niño de unas ocho estaciones de cosecha con el semblante y el porte orgulloso de todo buen Rumeraute. Se encontraba tallando un trozo de madera, aún no se podía descifrar la figura en la que habría de convertirse. Cuando notó las presencias que se acercaban a él, se detuvo un momento y la miró con gesto serio.

— ¿Tú eres mi hermana? —preguntó con un poco de timidez—. ¿Magenas?

—Sí, Keme, soy tu hermana.

Magena desconocía cuánto sabría su pequeño hermano sobre ella, y también aceptaba que no sabía nada de él, por lo que estaba insegura sobre cómo comportarse con el niño. Sin embargo, el trozo de madera y la hoja con la que la estaba tallando volaron por el aire y, sin atisbo de duda, Keme corrió hasta los brazos de su hermana, abrazándola por la cintura y ocultó su rostro contra su vientre. Ella lo separó un poco para poder arrodillarse a su altura y, así, devolverle el abrazo. Era pequeño como Ajachay, Magena sabía que los hombres de aquellas tierras solían ser de dimensiones más grandes, incluso los niños eran más altos. Podía recordar la altura de Equiro y Napayshi de sus primeros recuerdos atesorados. Sin embargo, eso no importaba, podía sentir los latidos de su corazón y eran fuertes, como la voluntad de su padre. También había heredado la mirada dulce de su padre.

— ¡Te extrañé tanto, pequeño!

El rostro de Keme irradiaba felicidad y podía notarse en él un gran alivio. Había soñado con ese encuentro hasta donde llegaba su memoria y, aunque no recordaba el rostro de su hermana, en sus brazos la sentía tan familiar que le parecía como si hubieran crecido juntos.

—Yo quería ir por ti —declaró Keme por fin, cuando sació su necesidad de

abrazarla—, pero no me dejaron.

—Está bien, hermanito. Ya has sido muy valiente, no tienes que probar nada.

—Lo sé, pero te extrañaba —Acarició su rostro con suavidad—. Eres más hermosa de lo que te había imaginado, por lo que amá saní dijo de ti y de shima.

Una punzada de dolor atravesó las entrañas de Magena. Sabía que era muy pronto para las malas noticias, pero le debía honestidad a su hermano.

—Keme, shima no pudo venir conmigo.

—Lo sé. Nawat me dijo que su corazón está dividido. La necesito, pero a ti también te necesitaba y agradezco a los dioses que hayas vuelto. A ellos y a analí Ahdik.

Magena asintió. Sabía que, sin la orden de su abuelo, sus guerreros no hubieran ido por ella. Debía ir a hablar con él, pero la embargaban sentimientos tan contradictorios que no sabía cómo presentarse ante su soberana presencia. Pero debía hacerlo.

— ¿Dónde está él?

—En su techada —informó el niño—. Está malherido, necesita descanso aún, pero seguro le gustará recibirte.

—Seguro que sí, hermanito.

¿Para qué cargarlo con sus dudas? Volvió a abrazarlo. Había necesitado del calor de ese pequeño cuerpo tantas veces en aquel pabellón frío y húmedo donde dormían los esclavos, que ahora no podía dejarlo así sin más. Dejó que ambos corazones latieran al ritmo de la nostalgia, hasta que por fin Magena tomó el valor que necesitaba para soltarlo y se puso en pie. Debía enfrentar sus miedos y contradicciones. Ahdik la esperaba.

## Capítulo 15

### **Capítulo XV – Obediencia**

Le habían comunicado que ya era momento de ir por Magena. Habían vigilado las fronteras un tiempo prudencial, mientras los heridos comenzaban a sanar, pero no podían dilatarlo más: Magena o Napayshi, incluso ambos, podían encontrarse heridos, enfermos o famélicos. También existía la posibilidad de que hubieran sido atacados por la retaguardia de camino al territorio de los extintos Zapai del Sur. Era el momento preciso y Ahdik se encontraba preso de sentimientos tan dispares que no sabía cómo habría de reaccionar.

En primer lugar, temía que, después de tanta muerte y calamidad, Napayshi y Magena no hubieran llegado a salvo a la cueva de la costa. Si algo malo le sucedía a su nieta, pasaría el resto de sus años preguntándose por qué cayó tan rápido en batalla, sin haber podido rescatarla él mismo. Pero también se debatía pensando qué decirle si llegaba sana y salva. Sentía culpa por aquellos años de desprecio y el terror se apoderaba de él cada vez que imaginaba hablarle, no sabía que decirle.

Las voces fuera de la techada parecían confesarle que el momento había llegado. Escuchó «Magena» en boca de varios aldeanos, incluso de Keme. Pasaron horas en las que los rumores se habían acallado y él permaneció a la angustiosa espera del destino. Pero las voces volvieron a hablar cuando la luna estaba trepando el cielo y se quedó petrificado, sabiéndose a escasos momentos de tan embarazoso encuentro, porque los rumores daban fe que su nieta por fin se estaba acercando a su techada. Se había encerrado allí desde que pidió a Tasunke que fuera por ella porque temía el momento del encuentro. Y el momento había llegado.

Se revolvió incómodo entre las pieles de venado y carpincho de su camastro, con miedo, preso de una ansiedad y una incertidumbre insoportable. No recordaba la última vez que se había sentido tan inseguro, pero creía que había sido cuando vio a su esposa desnuda por primera vez. Sucedió que su padre lo había preparado para todo, excepto para pedir perdón. Entonces, el toldo de la entrada se abrió y vio, no a la niña que recordaba, sino a la mujer en la que se había convertido. Se parecía mucho a su madre, pero el valor en su mirada se lo había legado Ajachay.

—Buenas noches, Nantai —Le dedicó una reverencia sutil pero solemne. Era su abuelo, pero también era el jefe en esas tierras—. Gracias por ayudarme a huir de la esclavitud —Volvió a dedicarle otra reverencia e

hizo ademán de retirarse.

—Espera, Magena —rogó Ahdik.

Aunque lo aterrara, sabía que se lo debía a Magena y a la memoria de Ajachay. Ella lo miró intrigada, tratando de adivinar que podría escuchar de labios de su abuelo.

—Siéntate al lado de este viejo. Tenemos que hablar.

Magena se hubiera negado con todo gusto, pero no podía. Estaba en deuda con él porque, a pesar de todo, arriesgó la vida de sus guerreros, la suya y la seguridad de todo su pueblo para sacarla del infierno en el que había vivido la mitad de su vida. Se sentó a su lado, sin saber bien que decir o que hacer. Se sentó a su lado, incómoda.

—Niña, lo siento.

Magena lo miró descolocada, sin dudas no era una disculpa lo que esperaba.

—Siento haberte ignorado durante tu infancia —prosiguió el jefe de los Rumerautes—, tanto como haberlas tratado como escoria a ti y a tu madre. Por haber obrado del modo en que lo hice; por llevar a tu padre, mi hijo, a la muerte. Y lamento no haber sido capaz de liberar a tu madre de esa pesadilla —Hizo una pausa demasiado larga, pero concluyó diciendo: —Incluso, si no quieres o no puedes perdonarme, lo entenderé.

Magena suspiró confundida. Había tratado de no pensar demasiado en Ahdik mientras estuvo cautiva en Malpayne. De ningún modo había responsabilizado a su abuelo por lo sucedido, aunque sí había llegado a pensar que él había evitado que Ajachay fuera en su ayuda, hasta que finalmente aceptó la verdad, pero incluso sabiendo que no era el culpable, no guardaba los mejores recuerdos de su persona y prefería ocupar su mente con memorias que le reconfortaran el alma. Se quedó en silencio pensando, mientras su abuelo se carcomía la mente tratando de adelantarse a sus pensamientos.

—Soy un asco pidiendo disculpas, y así fuera bueno en ello, sé que ahora son sólo palabras vacías para ti y que con ellas no sanaré tus heridas ni podré cambiar mis actos. Pero son lo único que puedo darte.

—Nantai...

—Puedes llamarme analí, como lo hace Keme...

Su nieta lo miró incisivamente. Él sabía que era una estupidez, que no podía pedirle que olvidara las últimas quince estaciones de cosecha y

hacer como si nada hubiera pasado o que lo considerara un abuelo cariñoso por disculparse. Sin embargo, sin que él le dijera nada, Magena tenía muy en claro cuánto valor debió tomar y cuánto orgullo reprimió para sincerarse con ella. Su mirada y su silencio hicieron que el jefe interpretara que estaba siendo imprudente.

—... o puedes llamarme como gustes —agregó—. Pero dime algo.

—No podemos borrar ni cambiar el pasado. Nos has despreciado a mi madre y a mí, ignoraste a tu propio hijo, subestimándolo por no ser el hijo que tú esperabas que fuera. No puedo ni quiero olvidarlo. Pero tampoco deseo seguir lamentándome sobre el pasado, además, me has salvado y no puedo ser tan necia como para no valorarlo.

Ahdik asintió, comprendiendo que todo lo que su nieta decía era verdad y que no podía pedirle más. Magena se puso de pie.

—Sé que has decidido que me desposen —afirmó sin mirarlo.

—Es por tu bien, Magena —respondió algo confundido, no esperaba tratar ese tema aún—, intento protegerte.

—Eres el señor de estas tierras. Sólo espero que esta vez no te equivoques.

—También espero no equivocarme, pequeña. No soy el único que miraba con recelo tu presencia y la de tu madre aquí. Fue muy difícil intentar convencer a los aldeanos que no son guerreros de marchar hacia Malpayne, algunos no aceptaron por cobardes, pero otros creen que tú y tu madre son una maldición para nuestro pueblo. Yo no lo creo —se apresuró a decir antes que Magena replicara— nunca lo creí, solo fui un necio temiendo por la continuidad de mi sangre hasta que comprendí que estaba muy equivocado. Desposarte hará que al menos no intenten matarte o entregarte ante cualquier ataque del enemigo.

— ¿Crees que tu gente sería capaz?

—Creo que ya no puedo dar nada por sentado, sólo confío en que el hombre que te despose se desviva por protegerte —Bajó la mirada—. Yo solo soy el jefe porque lo llevo en la sangre, pero cometo errores como cualquiera. Además, no soy eterno y necesito saber que, si muero, estarás segura.

—Estoy en deuda contigo, que así sea.

Magena se retiró de la techada de Ahdik con más dudas que cuando entró. Pero estaba segura que la decisión de su abuelo esta vez no había sido egoísta. De todos modos, ya no tenía nada que perder y, ante la

perspectiva de pensar que podría haber sido desposada por Chowanoc, creía que cualquier Rumeraute resultaba mejor elección. Si por honor y deber Napayshi había olvidado su promesa, entonces ella sería tan obediente y honorable como él, no por pagarle con la misma moneda, sino porque no pretendía pasar su vida llorando por un amor que ella alucinó en su desesperación y nunca existió en realidad. «Magen, pálida luz de luna, nadie ha muerto por amor.» —le recordaba su mente con cierta malicia.

Caminó con paso decidido. Todavía debía dirigirse a otro lugar antes de ir a la techada de Romnesa, donde la esperaba un plato de comida caliente, un camastro suave y su hermano. La luz de las hogueras rasgaba el velo de la oscuridad de la noche, las nubes velaban la luz de la luna. A duras penas recordaba qué camino seguir, pero necesitaba ir por su cuenta. La niña que había sido podría haber llegado con los ojos cerrados al claro, pero la mujer en quien se había convertido había olvidado algunas cosas, incluso aquellas muy importantes, como el camino que llevaba hacia el Círculo. Pero aún recordaba que no se debía interrumpir el trance de los ancianos, por lo que después de un largo rato tratando de hallar el camino, se acercó finalmente a los sabios en silencio.

— ¡Magen, prósperos son los vientos que te trajeron de regreso!

Ella se acercó más al grupo y permaneció de pie mientras oía las palabras de Lihui.

—Pronto las penas quedarán lejanas —agregó el anciano.

—También me alegra volver a ustedes, pero las penas continuarán, tal es la ley de la vida. Además, nada traerá de regreso a mi padre y mi madre no volverá a pisar estas tierras. Habrá nuevas penas también, así como alegrías que no hemos planeado. Solo deseo paz para todos nosotros.

—Hay mucho de Ajachay en ti —intervino Nawat—. Quizás deberíamos decir que nos sorprende cuanto has crecido y cuanto te pareces a él. Pero después de mucho intentarlo desde que fuiste despojada de tu gente, llegamos a ti y hemos estado en tu pensamiento hasta hoy.

—Lo sé. En algún punto mi mente se despejó, los dejé entrar y pude sentir su presencia. Aunque he de confesar que al principio pensé que estaba perdiendo la cordura o que era todo producto de la urgencia por volver aquí. La duda me poseyó varias lunas.

—Ahora dudas de la decisión de Ahdik por desposarte —habló nuevamente Lihui—. Es por eso que estás aquí.

—Ya no sé qué pensar o sentir. Solo quiero saber, ¿es realmente

necesario?

—Ahdik ha cambiado con respecto a ti. Es cierto que quiere protegerte y hay quienes solo desean borrarle de sus mentes como un mal recuerdo. No fue una decisión ni fácil para él ni feliz para ti, pero pensamos que es necesario y debe suceder con urgencia.

— ¿Qué más da? Mañana o en un año...

—Lamentamos lo de Napayshi —soltó Nawat y para Magena fue peor que le hubieran arrojado una lanza al centro de su pecho. Al parecer, sus sentimientos eran transparentes para ellos—. No te asombres o molestes, hija, algo pudimos deducir de tus sueños. Para entonces, ya era tarde para ustedes dos.

—Creo que ya no importa.

—Claro que importa, Magena. Lo verás hasta el día en que uno de los dos cruce el Valle de los Ancestros. Mientras tanto, allí donde él vaya, lo verás con su familia y también verás a otro Rumeraute a tu lado, con tus propios hijos. Si no logras comprender que él no era tu destino, vivirás anhelando lo que no fue. Avanza.

—Pienso... —Dudó un momento y recapituló—. Perdí a mi padre, el único hombre con el que hubo un amor mutuo y el único que me amó sin condiciones incluso antes que yo existiera en su vida. Esa es la única pérdida que jamás he de superar. Quizás sea esta la prueba final para dejar que la niña deje su lugar a la mujer.

—Sabía como Ajachay, sin dudas. Quizás puedas venir a visitarnos cuando las aguas se hayan calmado. Extrañamos tu makate.

Fue lo último que dijo Lihui y Magena sabía que por el momento no había más que hablar. Con el mismo sigilo con el que había llegado al claro, se dirigió hasta el centro de la aldea. Tampoco tenía mucho más que decir. Sabía que en los días venideros habría de responder mil preguntas de su gente. Ahora solo quería intimidad, una cena familiar y dormir en la techada de Romnesa. Necesitaba, después de tantos años de horror y de preguntarse cuando acabaría todo, cerrar los ojos y sentirse protegida, en casa.

El olor del venado recién asado perfumaba el aire en toda la aldea. Las miradas se clavaban en Magena como puñales, pero a ella parecía no importarles, aunque después de las palabras que recibió de Ahdik y los ancianos, no dudaba que más de uno con gusto la entregaría de nuevo a Ogenwa para salvar sus cobardes culos. Cobraba sentido entonces que su abuelo quisiera desposarla cuanto antes, solo así podría ser que la consideraran digna de contarse entre ellos. Si su padre estuviera allí,

tendría unas cuantas cosas que decirles, pero él ya no estaba y debía avanzar, el pasado no la ayudaría.

Llegó a la techada de Romnesa y se refugió en el calor y la familiaridad que sentía entre aquella mujer y su hermano, a pesar de haber pasado tantos años lejos de ellos. Keme era, probablemente, el ser más puro y sabía que la amaría sin condiciones, sin importar qué sangre corriera por sus venas o cual fuera el color de su piel.

—Siéntate con nosotros, hija —pidió Romnesa.

Recién allí Magena advirtió que se encontraba famélica. Los conejos de Napayshi habían resultado un alimento muy frugal y desabrido, para ser sincera. Le habían valido de mucho en el camino, pero el aroma del venado echaba por tierra todo lo exquisitos que le habían parecido.

—Ven, hermana, hemos estado esperándote. Este venado huele muy bien, así que no fue nada fácil.

El comentario de Keme le recordó a Equiro a quien, por cierto, no había visto al llegar, así como tampoco vio a Lahnen. O su amigo estaba tan herido como el cazador o había muerto en Malpayne, aunque temía averiguarlo por lo que prefirió no preguntar por él momentáneamente. Sonrió y abrazó una vez más a su hermanito, despejando sus temores. Tenerlo otra vez entre sus brazos después de tanto dolor, tanta nostalgia, era el remanso que necesitaba para unir los trozos de su alma rota.

Comieron mientras Keme hacía una pregunta tras otra a Magena. Su curiosidad le causaba gracia y ternura, pero también respeto, puesto que algunas de sus preguntas eran muy puntuales y no temía preguntar cosas que recibieran respuestas desagradables. Así supo de sus pesares y conoció su asco por Chowanoc al que prometió una muerte lenta si los dioses se lo permitían. Tenía un carácter muy marcado, pero también se le hacía un niño muy empático.

Magena imaginaba que eso lo había heredado de Ajachay y pudo entonces hacerse una idea de cómo habría sido su padre en la infancia. La reconfortó saber que en ese pequeño cuerpecito podía encontrar reminiscencias de él. «No murió, vive en nosotros.» —pensó con emoción. Romnesa casi ni habló, había un lenguaje más allá de las palabras que la anciana manejaba a la perfección y Magena había aprendido a comprenderlo. Además, ella no tenía curiosidad alguna, sabía muy bien cómo vivían los esclavos en Malpayne y no necesitaba hablar para que Magena supiera que ella iba a estar siempre, mientras la vida se lo permitiera, para ella.

Al finalizar sus raciones, la joven se recostó junto a Keme, abrigándose en su calor y en los joviales latidos de su corazón. Romnesa comenzó a

cantar una de sus nanas y Magena se sintió como una niña otra vez. Se dio cuenta entonces que estaba muy cansada, pero antes de rendirse ante el reino de los sueños, agradeció a los dioses y a las almas de los caídos por su libertad.

## Capítulo 16

### **Capítulo XVI - Pasividad**

La devastación era sobrecogedora. Los pabellones de los soldados, los esclavos, las viviendas de la realeza, el silo, el templo, todo lo que había estado a mano de los Rumerautes quedó destruido. Pero esta vez, las llamas fueron la menor de las preocupaciones de Ogenwa, porque la fuerza destructiva vino directamente de la mano de los guerreros de Ahdik. Si la mole no hubiera sido construida en piedra maciza de la ladera del cerro de los Zapai del Norte, también habría sucumbido a aquella batalla de voluntades.

Ninguno de los dos bandos cedió terreno mientras tuvo la posibilidad, pero en algún momento, los guerreros de Ogenwa comenzaron a retroceder con la furia implacable de sus enemigos, perdiendo en número y ánimo, replegándose poco a poco hacia la mole. Eran muy pocos los Chará-wisúes preparados para batallar que aún permanecían en pie. Los Rumerautes intentaron no herir a los aldeanos, a veces sin conseguirlo. El caos confundía y era difícil distinguir entre el humo y la ira. Pero se encargaron de liberar a los esclavos una vez más con éxito.

El golpe de gracia para los Chará-wisúes lo dio un joven que no contaba con demasiada experiencia, pero fue lo suficientemente rápido para aprovechar la oportunidad que se le presentaba. El flanco derecho de Ahdik estaba a su alcance. Se acercó, lanza en mano, mientras el señor del pueblo enemigo se afanaba en derribar a su adversario. Enterró el filo hasta el tope y quebró la caña, para que el trozo de metal quedara dentro de la carne, provocando más dolor e impidiendo una rápida sanación. Iba desenfundando su daga para rematarlo, pero un flechazo lo derribó antes de lograrlo, mientras Ahdik remataba al que tenía enfrente.

El viejo lobo quedó muy malherido como para permanecer en pie. Su vida no peligraba, pero quedó sangrando en demasía e incapacitado para seguir luchando. Fue entonces cuando los Rumerautes decidieron replegarse, protegiendo a su jefe, cargándolo de regreso a sus madrigueras. A su paso, incendiaron las edificaciones que les quedaban a mano. La venganza, un pequeño presente a la memoria de Ajachay. Otra vez las llamas, pero esta vez solo sirvieron para agregar destrucción, pues para ese momento, los muertos ya se apilaban lívidos al rayo del inclemente sol, los ojos velados por la muerte. La sangre regaba la tierra, mezclada, no se podía discernir cual pertenecía a uno u otro bando. Simplemente, sangre derramada y muerte, para todos por igual.

Ogenwa había sido testigo de todos aquellos hechos y los recordaba con desmesurada obsesión, atormentado. El juego de la esclavitud, comenzado por sus ancestros eones antes de su despertar a la vida y continuado con deleite por él, estaba comenzando a tornarse áspero, como arena en su garganta. Él era joven y fuerte, sus hombres portaban armas más mortales que las de cualquier otro pueblo que osara enfrentarse a ellos. Ahdik y su gente siempre devolvían el golpe, aunque con muchas bajas. Esta oportunidad no había sido la excepción.

Pero, además, todos los pueblos de aquel mundo, excepto el de Ogenwa, contaban con algo a favor: una buena cantidad de mujeres. Los ancianos y guerreros caían, pero sus pueblos trascendían. En cambio, los Chará-wisúes estaban comenzando a extinguirse. Valoró entonces su señor el raro regalo de los dioses: su descendencia.

Estaba comenzando a considerar la opción de proponer una tregua, que iba en contra de toda tradición practicada por sus mismos ancestros, pero era también su deber asegurar la existencia y el futuro de su gente o, caso contrario, su vida habría sido un fracaso. Si debía abandonar las prácticas esclavistas para así asegurar el fin de los enfrentamientos de modo que pudiera mantener la existencia de su gente en aquellas tierras, lo haría sin dudar. No le alegraba tener que considerar una tregua, especialmente con sus mugrosos vecinos. Las decisiones difíciles eran también parte de su investidura de rey y lo haría sin que su pulso temblara.

Se dirigió hacia la morada de Chowanoc, quien se encontraba tan debilitado por las heridas que parecía estar más cerca de abrazar la muerte que de permanecer en el mundo de los vivos. Pero seguía con vida, apenas consciente del mundo que lo rodeaba. Estaba bajo el cuidado del sanador de la aldea, quien curaba constantemente sus heridas y mantenía encendida la hoguera con hierbas narcóticas para atenuar sus dolencias.

El capitán de los Chará-wisúes había permanecido asediado por demonios con facciones Rumerantes, preso de los delirios febriles ocasionados por las múltiples heridas de su cuerpo. Había dado buena batalla, cuando casi todos sus hombres habían caído o habían abandonado el enfrentamiento debido a la gravedad de sus lesiones, él continuaba plantando cara a los Rumerantes que se interponían en su camino, a pesar de estar perdiendo demasiada sangre como para mantenerse en pie. Algunos guerreros quisieron quitarlo del campo de batalla para curarlo, pero él no era un hombre que aceptara tan fácilmente la derrota y tampoco aceptó que lo llevaran.

Pero incluso el más fiero de los guerreros sufre sus debilidades en algún punto. Su cuerpo, llevado al límite, se desplomó y pudieron por fin cargarlo para sanar sus heridas. Con su caída y la devastación, Ogenwa

había comenzado a considerar que el fin estaba próximo, incluso llegó a pensar que quizás era ese su destino. Pero entonces fue cuando Ahdik resultó malherido y los Rumerautes huyeron, dejando lenguas de fuego a su paso. Y aunque normalmente hubiera pensado en la venganza, esta vez se convenció a sí mismo que el círculo de muerte y odio debía terminar por el bien de su pueblo. Quería decírselo a su capitán, él debía saberlo antes que nadie.

Entró en su morada y la mezcla de hedores entre las hierbas aromáticas, la sangre a medio coagular y la infección se le hizo nauseabunda, pero la resistió. Llevaba sus buenos días esperando que Chowanoc reaccionara y, ahora que había logrado una mejoría y el capitán podía oírlo y responder con pequeños gestos, el sanador lo había mandado a llamar. Ahora que lo veía, era menos que un despojo y de poca utilidad podía resultarle en ese estado, sin embargo, no podía retirarse y dejarlo allí sin más, estaba en deuda con ese hombre que vivía para protegerlo. Había expuesto su vida por preservar la de su señor, había resistido al asedio con orgullo y valentía y se mantuvo en pie a pesar de las heridas hasta que su cuerpo no resistió más. Y si bien ellos habían sido los vencidos, la valerosa labor de su mano derecha en el campo de batalla había valido evitar una masacre para su gente.

Se acercó a Chowanoc y preguntó al sanador como continuaba. El anciano no habló, no solía hacerlo, solo asintió y con eso Ogenwa comprendió que había una leve mejoría.

—Repondrás tus fuerzas rápidamente —dijo con seguridad al convaleciente—. Cuando tú y los demás sanen y la aldea sea levantada de sus cenizas, he de proponer una tregua a los demás pueblos. No lo deseo, pero estamos camino de nuestra extinción.

Chowanoc abrió los ojos con expresión confundida y, aunque Ogenwa lo interpretó como el producto de sus dolencias y el sopor que producían las hierbas, lo que inspiró aquella mirada fue pensar que el rey estaba perdiendo la cordura o las agallas, no podía creer lo que estaba oyendo. Se encontraba muy débil para responder, pero nada evitaría que sus pensamientos volaran raudamente. Sintió asco de su persona de solo imaginarse en paz con otras aldeas, con los Rumerautes. No, no podía permitirse una tregua con quien había apagado la vida de su padre. Ahdik debía morir y su pueblo merecía la extinción.

\*\*\*

Abrió sus ojos a un nuevo día preguntándose si no hubiera sido mejor no despertar jamás, pues sabía lo que se avecinaba. La respuesta la encontró sin demora a su lado, en ese niño que dormía plácidamente junto a ella, tomado a su cintura para evitar que se fuera otra vez. Respiraba tranquilo con los cabellos largos y oscuros tapando su rostro, pero aún entre ellos se podía notar la calma con que descansaba. Magena lo miró, deseando ser tan pequeña como él, que su única preocupación fuera la de comportarse como una niña.

No llevaba mucho tiempo de regreso a su aldea, ni media jornada, pero en ese exiguo tiempo su destino ya había sido expuesto, aunque venía marcado incluso antes que ella dejara Malpayne. Regresar con su gente fue un aluvión de fuertes emociones, aunque no todas fueron alimentadas por cosas de las que alegrarse. Aun así, no esperaba que todo sucediera tan pronto, despertar aquel día sabiendo que ese sería el principio del resto de su vida.

Romnesa la había despertado con suavidad, tal como hacía cuando ella era una niña. Por unos segundos sintió revivir aquellos años felices, incluso se sintió tentada a decirle que la dejara dormir. «Un ratito más, amá saní, solo un poco.» Su cuerpo se encontraba agotado por tantos años de opresión en cuerpo y mente, y ambos aun necesitaban reposar más tiempo hasta sanar. Pero despertar y ver a Romnesa ante ella le hizo tomar consciencia de su propia realidad: no era una niña y Romnesa no la estaba despertando para que saliera a hacer travesuras con sus amigos.

—Mi niña, Nantai Ahdik ha dispuesto que hoy seas desposada. Debes aprontarte.

Magena adoptó una expresión neutra, hubiera querido decir que se oponía, pero sería lo mismo que nada, la decisión ya estaba tomada. De todos modos, no importaba. Romnesa despertó a Keme suavemente y le pidió que se presentara ante su abuelo por si lo necesitaba para aprontar algunas cosas, aunque en realidad era una excusa para que la dejara a solas con Magena. El niño se levantó muy feliz y lleno de ansiedad. Era lógico, una unión entre un hombre y una mujer era algo muy importante para su gente; Magena lo sabía, Keme también. La abrazó y luego le depositó un beso sobre su frente, para partir sin demora hacia la explanada donde seguro encontraría a Ahdik.

La anciana mostró a su nieta una vestidura que evidentemente era para la ceremonia. Blanca como las nubes del cielo, tenía largas y amplias mangas y la falda corta. Tenía bordadas líneas en verde y rojo, representando los aspectos masculinos y femeninos: verde como la hierba, los árboles y las plantas que dan alimento y ayudan a fabricar herramientas y armas; rojo como la sangre que mantiene vivo al cuerpo, sangre que une a todos los Rumerautes, incluso a Magena, porque la sangre era más que un lazo de herencia, era símbolo y prueba, un fluido

que en esas tierras iniciaba y que allí se reseca. Estaba adornada además con cuentas marrones y negras, granos de la tierra que pisaban, que en la espalda formaban el arco cruzado por la lanza, símbolo del pueblo Rumeraute; en el frente, un círculo con ondas debajo y llamas alrededor. Esa imagen no resultaba familiar para Magena y su gesto confuso fue lo bastante elocuente para Romnesa.

—Lo hemos hecho con Tahanea, mientras esperábamos que la batalla acabara a favor nuestro. Para hacerlo, utilizamos como modelo los ropajes que dejó tu madre el día que partieron, pero a mi juicio, podría decir que tienes su cuerpo, al menos estoy segura que entrarás en él —Señaló las marcas del frente, en el lugar donde latía el corazón—. Ese símbolo que ves allí es el legado que te entregó el Círculo cuando fuiste presentada a los dioses: la luna que guía las mareas y las llamas renovadoras. Aún es para nosotros un misterio, no guardamos en nuestra memoria que alguien lo hubiera recibido antes.

Entre tanto desconcierto, Magena sonrió. Esa simbología, la magia y el misterio que rodeaba la vida era parte intrínseca de su pueblo y agradecía volver a vivir en ese lugar tan sagrado para ella. Sin decir nada, se dirigió hacia el río, se quitó sus ropajes raídos y maltrechos y lavó su pálido cuerpo, quitando toda la mugre, refregando con afán, como si con eso pudiera borrar el pasado y su dolor. Luego regresó a la techada de Romnesa envuelta en la vestidura ceremonial.

—Solo un poco grande, amá saní —dijo a Romnesa al entrar a su techada. La anciana la miró emocionada—. Es hermosa.

—El blanco resalta tu belleza —respondió con orgullo su abuela—. Ahora ven, he de trenzar tus cabellos para la ceremonia.

Miró a su nieta, esperándola con los brazos abiertos, con tristeza, sabiendo que no era su deseo ser desposada a la fuerza. Apenas se acercó, le ofreció un cariñoso apretón en su hombro.

—Estaré contigo siempre que me necesites. No hay necesidad que las cosas cambien.

—Sé que allí estarás hasta donde te alcance la vida, pero las cosas ya han cambiado.

Magena se arrodilló de espaldas a la anciana para que pudiera peinar y trenzar su cabello de color del trigo listo para ser cosechado, allí donde su próximo compañero de vida depositaría sus intenciones mientras iba mezclando flores entre sus hebras. Se sentía apática, no podía decidir si el sentimiento que la gobernaba era la tristeza, la furia, la indiferencia o la curiosidad. Romnesa sabía que se encontraba presa de emociones

contradictorias, miedos e interrogantes.

—Mi niña, aunque ahora todo parezca adverso, tu abuelo tomó la mejor decisión para ti.

—Quizás lo que más me molesta es que él haya decidido por mí luego de años ignorándonos a mí y a mi madre.

—Lo sé. Pero es mi hijo y yo lo conozco mejor que nadie, también sé cuán arrepentido despierta cada día desde que te llevaron de aquí. Pronto verás que su decisión fue para tu bien.

Dejó de peinarla para pararse frente a ella y así poder mirarla a los ojos.

—Dime, ¿habrías elegido tu mejor opción si tuvieras la oportunidad o pasarías lamentando que un hombre que nunca podrá corresponderte comparta el lecho con otra Rumeraute?

—Parece que mis secretos están disponibles a todos.

—No a todos. Magena, puedo ver la tristeza en tus ojos —aseguró la anciana mujer—, lo noté apenas te miré al llegar. Yo también suelo dirigirme al Círculo a resolver mis dudas, ¿sabes? Ellos solo confirmaron lo que yo temía, nunca se me escaparon las miradas que Napayshi dirigía a ti y sabía que solo era cuestión de tiempo para que tú crecieras y sintieras lo mismo por él. El día en que desposó a Danei supe que había bajado los brazos.

—Es extraño cómo los hombres más temerarios son tan cobardes cuando deben enfrentar lo que sienten.

Magena sonreía, pero en sus ojos había tristeza y enojo en partes iguales.

—Tienes razón, es por eso que tu padre se extraña tanto —evaluó Romnesa, mientras acariciaba con ternura los cabellos de la joven—. En todo caso, Ahdik pensó en tu bienestar cuando eligió con quien desposarte. Puede que sea un viejo gruñón, pero esta fue una decisión completamente desinteresada.

Magena bajó su mirada y se resignó a pensar que todos conocían sus sentimientos. Si lo que ella había considerado primordial era ahora un velo de sombras de lo que podría haber sido y no fue, entonces, no le quedaban más alternativas que avanzar. «Hay cosas que no pueden ser reparadas, que nunca volverán a ser lo que fueron. Por eso, avanza.» —le había dicho Nawat y entendía que era el momento de soltar sus sueños de

niña y comenzar a actuar como adulta.

—Entonces que sea como Nantai Ahdik desea. He de aceptar lo que dispone para mí.

No quería siquiera preguntar quién la desposaría, ya no importaba. Romnesa prosiguió con su faena hasta dejar el cabello de Magena perfectamente trenzado. La miró con la emoción patente en su mirada, con el anhelo impreso en los ojos.

—Te ves hermosa. Si Ajachay estuviera aquí...

Su voz se quebró y Magena tomó sus manos, compartiendo el dolor y preguntándose qué opinaría su padre de esta unión y del hombre que la desposaría. Romnesa se sentó entonces y Magena recostó su rostro sobre su falda a esperar lo inevitable. Finalmente, llegó el momento de la verdad. Keme llegó a la techada de Romnesa casi sin aliento, para dar aviso que todo estaba aprontado y se quedó mirando con expresión alegre a Magena.

—Estás muy hermosa, adeezhí. Si no fuera un niño y tu hermano, me ofrecería para desposarte.

Ella revolvió sus cabellos y rieron juntos.

—Tú tendrás alguien a quien amar algún día, ananday —le dijo con picardía.

Keme salió para ir a reunirse con los demás en la explanada. Romnesa tomó de la mano a Magena y se dirigieron al mismo lugar momentos después. Ahdik era el único que las podía ver, los demás les daban la espalda. Cualquiera persona en la situación de la joven pálida hubiera buscado con la mirada alguien en quien refugiarse, pero Magena fijó su mirada en su abuelo esperando que, al menos esta vez, se sintiera orgulloso de la nieta que los dioses le habían dado.

Pasaron a través de la multitud y Romnesa la escoltó hasta dejarla al lado de un joven que permanecía de pie frente a Ahdik, que la miró y le sonrió, sin recibir nada a cambio. No había expresión alguna en el rostro de Magena. La anciana se unió al resto de la aldea, que se dispersó, formando un círculo en torno del jefe y de la pareja. Mientras todos los asistentes se sentaban en el suelo de la explanada, Magena vio cómo su abuelo colocaba una corona de flores en las manos del joven al que desconocía, pero que con solo ver sus vendas pudo saber que había estado luchando por ella en Malpayne. Todos se sorprendieron al ver una corona de flores secas, descoloridas y viejas.

—Pongo en tus manos esta corona —sentenció con solemnidad el jefe de los Rumerautes, embargado por la seriedad y algo que parecía asemejarse a la emoción—, mi esposa se la dejó a Ajachay antes de partir al Valle de los Ancestros, yo mismo se la entregué. Creo que él te la habría entregado a ti con gusto.

Ahdik se detuvo, el nudo en su garganta no le permitía hablar una palabra más, Magena sabía cuánto le habrían costado las que pudo pronunciar. El joven asintió y colocó la corona sobre los claros cabellos de la pálida mujer a la que estaba a punto de desposar. Habló con la voz ronca, como si Ahdik le hubiera contagiado su emoción.

—Desde hoy y hasta encontrar el camino que me lleve hacia el Valle de los Ancestros, seré tu compañero. He de protegerte y velar por ti hasta el ocaso de nuestros días.

La corona reposó sobre la coronilla de Magena, que recibió luego un beso en su frente mientras él entrelazaba algunas flores silvestres a su cabello. Ella no sintió nada por aquel que le estaba jurando lealtad y protección. Respondió sin demasiado entusiasmo.

—Acepto tu ofrenda y tu promesa. Seré tu sostén y tu remanso.

No hubo ningún beso de regreso. Sólo emociones en su interior, pensando en la corona que ahora llevaba, última ofrenda de una abuela que jamás conoció, pertenencia de un padre que ya no estaba con ella.

—A tu lado he de atravesar el valle de la muerte —agregó la joven con tristeza.

Eso era todo. El grupo se dispersó mientras Magena cruzaba su mirada con Napayshi, que había estado todo el tiempo junto a Danei y su pequeño hijo. La voluntad de Magena se quebró al comprender que allí nunca tendría una oportunidad, pero no dejó caer una lágrima, ya habría penas por llorar. Ahdik miró a su nieta y al joven unos segundos y luego los dejó solos.

Ella no sabía que hacer o decir, no reconocía a ese muchacho de entre los niños que la habían rodeado en su infancia, pero él la miraba con devoción. Imaginó que tanto tiempo esclavizada, habría hecho mella en sus recuerdos. Acarició su cabello y se acercó para susurrarle algo que solo ella entendería.

— ¿Acaso no me recuerdas, mirahué?

De pronto, los recuerdos llegaron como río desbordado a la mente de la pálida. Había crecido y cambiado tanto que no lo reconoció hasta que le dedicó la misma broma de la niñez. Era a Equiro a quien su abuelo había

elegido para acompañarla, para protegerla. Pero algo en la mirada de Egiro confesaba a viva voz que llevaba toda su vida amándola.

Lo abrazó, nunca lo hubiera considerado su esposo, pero era parte importante de su vida y podía cerrar los ojos y confiar ciegamente en él. Sabía qué clase de niño fue, esperaba que los años no hubieran opacado a aquel risueño y cariñoso pequeño que se desvelaba por protegerla y hacerla reír. Sin dudas, pensó Magena, Ajachay hubiera permitido que su hija decidiera su propio destino, pero sabía también que allá en el valle, donde reposaban los ancestros, su padre coincidiría en que no había otro joven capaz de anteponer su vida por proteger la de su hija. Ahdik había elegido bien.

## Capítulo 17

### **Capítulo XVII – Respeto y honor**

Las horas siguientes las vivió como si todo lo que veía estuviera cubierto por un velo de irrealidad. En sus primeros momentos al llegar allí, hubiera jurado que estos formaban parte de un sueño. Pero al pasar las horas y ver que todos en la aldea parecían continuar sus actividades con normalidad, se esfumó el hechizo. Todo resultaba extraño, volver a la aldea, ver el paso de los años en los rostros, sentirse desposada.

Pero era Equiro sin dudas para Magena el mayor motivo de asombro. Sabía que con el paso del tiempo no cabía esperar encontrarse con un niño, pero no guardaba nada de la imagen que tenía de él de pequeño. Había crecido, quizás no tanto como Napayshi, pero parecía otra persona en lo físico. Los mofletes y la tripa desaparecieron, ahora era un joven delgado y con una altura acorde a la de cualquier Rumeraute, su estatura aumentó demasiado en pocos años. Portaba una musculatura promedio, producto de las horas de entrenamiento y un color tostado que Magena sabía que portaban los cazadores. Era un joven de apariencia ágil y apuesto, debía reconocerlo. Lo único que quedaba de aquel niño era el rasgado de sus ojos al sonreír. Pero Magena también se sorprendió descubriendo otras cosas en él a medida que las horas comenzaron a transcurrir.

La tradición suponía que él debía llevarla a su techada y sellar la unión entregándole su semilla. Sin embargo, Equiro parecía tener otros planes. La llevó a lo que sin dudas era una techada no muy antigua, pero tampoco había sido levantada recientemente. Allí mantuvieron una larga charla.

—Este fue mi hogar prácticamente desde que desapareciste. Ahora es tuyo.

Le hizo un gesto invitándola a pasar y ella esperaba que comenzara a desnudarla, pero en cambio se sentó y la invitó con un gesto a que se sentara a su lado.

—Ven, hay mucho de qué hablar.

Magena se convirtió en presa del asombro, verlo tan maduro y tan paciente, tenía los modos de un anciano en el cuerpo de un joven. Equiro comenzó a encender una hoguera, no hacía frío aún, pero le gustaba su calidez. Pudo advertir el gesto de incertidumbre de Magena y Equiro se

apuró a continuar.

—Con todas las estaciones de cosecha que hemos pasado sin vernos, no voy a desnudarte y poseerte sin más, mirahué —dijo adivinando sus pensamientos y ella no pudo evitar sonreír—. Claro que no, ya habrá tiempo cuando tú lo decidas.

Magená se acomodó a su lado sin saber muy bien que hacer: conocía al niño, pero el hombre era toda una incógnita por descubrir. Lo miró y reparó en que de su cuello pendía aquel colgante que ella le había regalado en la infancia y le quedaba enorme, ahora era un poco corto y apenas llegaba a la línea entre su cuello y su pecho. Pero lo llevaba aun consigo y al verlo pudo recordar que sobre el pecho de Napayshi no había visto nada el día en que se reencontraron, quizás por eso tampoco lo reconoció ni bien lo vio.

—Si no hubieras hablado en la ceremonia, pensaría que Ogenwa cortó tu lengua... ¡Olvídalo! Soy pésimo cuando estoy nervioso.

— ¿Lo estás? ¿Por mí?

—Mi pálida luna, ¿tienes idea acaso de todos los años que pasé tratando de convencer a todos de ir por ti? Solo unos pocos estaban de acuerdo conmigo. Desde que partimos en tu rescate no supe que estabas a salvo hasta que desperté de mi debilidad. Sabía que Ahdik iba a pedir a alguien que te desposara y apenas pude ponerme en pie supe que era yo el elegido. ¡Claro que estoy nervioso!

—Equiro, te extrañé, no me malentiendas, pero en todas las ocasiones en que imaginé mi regreso, jamás consideré ser desposada tan apresuradamente.

— ¡Lo sé! Para mí también fue inesperado cuando tu abuelo me comunicó su decisión. Por eso, no haré nada que te haga sentir mal. Sin presiones. Tenemos toda una vida y, si nunca encuentras para mí un lugar en tu corazón, sabré entenderte. Ambos teníamos un deber que ya fue cumplido. Pero nuestra intimidad solo nos incumbe a nosotros.

— ¿Viste morir a mi padre? —soltó de repente, haciendo que Equiro quedara desconcertado por un momento.

—Todos lo vimos. Lahnen lo trajo a la aldea dando sus últimos suspiros. Rogó por ustedes, que las recuperemos y que cuidemos de Keme. Fue la primera vez que vi morir a alguien de ese modo.

—Pero ahora has visto más muerte de la que yo hubiera deseado para ti.

—Temí por ti durante todo este tiempo y sentí el peso de la deuda que tenía con tu padre, pero más me debía a ti, he esperado ansioso para verte porque nunca dudé que siguieras con vida. Nunca dudé en quitar una vida por salvarte. Pero jamás quise ser un guerrero, solo quería ayudar a traerte de vuelta. Ahora podré volver a ser un cazador, como siempre desee.

—Pero de niño querías ser guerrero...

—Tú lo dijiste, era un niño. Cuando crecí y comprendí lo que significaba, dejé de desearlo. Pero entonces tomé mi responsabilidad. Todos lo hicimos.

— Tasunke dijo que Lahnen estaba débil. ¿Él aun...? —Mageno no podía terminar esa frase, porque no podía darse el lujo de perder a nadie más.

—Está malherido, débil e inconsciente. Pero vivirá.

— Esas son buenas noticias, de verdad. Debo ir a verlo, debí hacerlo antes.

—Nadie va a juzgarte, él menos que nadie —dijo Equiro mientras le sonreía con ternura—. Pero como dije, de todos modos, está inconsciente.

Mageno lo miró pensativa unos segundos.

—Has cambiado, Equiro.

—Muchas cosas cambiaron en tu ausencia...

—Como tú y Napayshi.

— ¿Quién te lo dijo?

—Ustedes. Pasé dos jornadas con él en la cueva de los Zapai, jamás te mencionó.

Equiro pareció mostrarse incomodo ante la revelación. No sabía que había sido Napayshi quien la trajo sana y salva de regreso.

—Y llevas años viviendo en esta techada —prosiguió Mageno—, no por nada dejarías a Tahanea sola ahora que él también se fue. En Malpayne no estaban juntos, nunca te vi.

Equiro asintió. Antes o después, ella sabría lo que sucedió, más valía que

fuera por sus palabras.

—Él ya no es como solía ser. Muy pronto olvidó sus promesas, de lo que juramos juntos el día en que amaneciste y lo que te prometió a ti. Éramos como hermanos, pero ahora somos dos desconocidos. Se volvió frío y sumiso, si tu abuelo le pide que se tire al fondo del volcán, lo hará sin más. Aunque también muy valeroso y un gran guerrero, y eso lo ha vuelto algo vanidoso.

— ¿No será que estás celoso? —preguntó Magena con una sonrisa de lado.

Equiro se rio y sus ojos se rasgaron aún más, dándole un poco de dulzura a su rostro, al grave gesto que traía, recordando un poco al niño que había sido.

—No, créeme. No puedo quejarme y menos aún ahora.

— ¿A qué te refieres?

—A ti, mirahué. Te he esperado todos estos años.

A Magena se le hizo un nudo en la garganta. Era verdad: él y Napayshi eran ahora muy diferentes, incluso en sus sentimientos. Para pasar el mal trago de recordar un amor que nunca podría haber sido, respondió contrariada.

—Dijiste que sabrías entender si no lograba llegar a amarte.

—Y así es, pero me basta con saber que sigues con vida y que estás de regreso.

\*\*\*

Abrió los ojos y fue dueño de sus pensamientos por completo luego de muchos días en la oscuridad. Las heridas escocían fuertemente, como si mil serpientes lo mordieran simultáneamente. Su mente se encontraba aun algo confusa y el humo narcótico profundizaba el efecto. Guardaba en su memoria unas palabras que le sabían a hiel, a traición y a cobardía. Se encontraba sediento y famélico, su estómago acusaba recibo de todos los días que llevaba inconsciente y sin alimentarse adecuadamente. Pero también sentía herido su orgullo, entendía que el golpe de los Rumerautes había dado con dureza en el hueso. Nunca había visto tanta devastación entre tu gente, aunque tenía bien en claro que no era la primera vez que

sucedía.

Chowanoc había entrenado prácticamente toda su vida, desde que era un crío. No recordaba otra vida fuera del manejo de las armas. Su padre había estado al servicio del anterior rey, Tainos, el padre de Ogenwa, y no fue ninguna sorpresa para nadie en ese pueblo que ofreciera a su hijo para que se convirtiera en guerrero. Él no permitiría que su descendencia acabara arando los campos como cualquier plebeyo. Desde que la memoria se perdía en el tiempo, su familia había servido a la realeza de un modo u otro, pero su hijo había sido signado por los dioses para portar la lanza y él haría lo que estuviera a su alcance por complacerlos. Y así fue.

El padre de Ogenwa lo tomó como aprendiz y lo trató con respeto desde muy pequeño. Pero también le inculcó el odio desmesurado hacia sus oponentes, especialmente, hacia los Rumerautes. En cierto modo, el rey apreciaba al pequeño y obediente Chowanoc más que a su propio hijo y, si no habría de heredarle su lugar en el gobierno de aquellas tierras era solo porque no podía hacerlo, la tradición dictaba que se heredara solo por línea sanguínea y Tainos era muy respetuoso de las leyes ancestrales.

El guerrero tuvo en claro entonces desde muy pequeño, hasta donde llegaba su memoria, dos cosas: una era que debía odiar a los demás pueblos, guardando siempre un lugar especial para los mugrosos Rumerautes, y la otra, que su existencia hallaba su razón de ser en el servicio al rey.

No fue difícil aprender a odiar a los Rumerautes con fervor, Tainos se había ocupado de darle mil y una razones al pequeño Chowanoc. Pero el motivo más convincente se lo dio Ahdik en persona, cuando hundió sin dudar la lanza en el estómago de su padre.

Chowanoc era entonces joven y Tainos ya había accedido a que se uniera para defender Malpayne del ataque de esa escoria del norte. La victoria fue determinante para los Chará-wisúes aquel día, pero el viejo guerrero no pelearía ya más batallas y su hijo, aun inexperto y pleno de ira, corrió para dar muerte a Ahdik. En su camino se cruzó con el capitán de mayor confianza del señor de los Rumerautes y la lanza afilada que pretendía cortar la cabeza de Ahdik, cruzó su camino con el cuello de Potamac. Chowanoc aún recordaba el desgarrador grito de Ahdik haciendo detener por unos segundos la contienda, mientras la sangre del capitán brotaba de su garganta cual manantial. Ese día, Chowanoc perdió a su padre y Ahdik a su amigo y hombre de confianza. Pero para el joven Chará-wisú, la deuda solo sería pagada con la sangre de quien asesinó a su padre.

Tras la muerte de Tainos, Ogenwa se elevó en poder y el servicio de Chowanoc cambió de portador. A él debía respeto y obediencia. En la invasión Rumeraute a Malpayne estuvo muy cerca de cobrarse lo que se le

debía. La contienda lo fue acercando lentamente a Ahdik. Sin embargo, un joven Chará-wisú hirió a Ahdik y a Chowanoc lo retiraron de la batalla, haciendo que Rumeroutes se replegaran y dejando a ambos con sed de venganza.

Ahora, las palabras de Ogenwa volvían claras a su mente. Pretendía ofrecer una tregua al pueblo al que debían dar batalla hasta el fin de los tiempos, al mismísimo hombre que dio muerte al padre de Chowanoc. Entonces comprendió que quizás, ya no podría ser tan fiel a su rey como lo había sido para Tainos, como pensó que siempre sería hasta el día de su muerte: no habría de servir a un traidor, así portara la capa de piel de venado. Ogenwa era solo un hombre con ínfulas de señor. El honor es inquebrantable. Los hombres pueden ser derrocados, los hombres pueden caer.

## Capítulo 18

### **Capítulo XVIII – Los hombres no saben sufrir**

Los días transcurrían penosamente. El viejo Lamarc sentía la profunda necesidad de hacerse al mar, esta vez sería él quien pusiera el primer pie en el barco que lideraría a los demás en busca de tierras nuevas. Se sentía inútil viendo pasar el tiempo a cuentagotas y la situación se estaba volviendo extrema. Temía volver a las penurias y a la locura. Continuaba alimentándose de las migajas que el arzobispado le cedía, como si fuera un indigente y no habría dinero para él hasta que la misión retornara exitosa. No había, por lo tanto, brandy ni había mujerzuelas con las que mitigar sus carencias.

El arzobispo parecía estar tomándose todo su tiempo con extremada lentitud, total, que él vivía entre la opulencia y la abundancia. Su culo estaba perfumado y cómodo entre los gordos cardenales obsecuentes, mientras Lamarc languidecía en la espera. Deseaba matar el tiempo buscando tripulantes para sus barcos, pero su imagen no era la de antes.

¿Quién aceptaría trabajar con un viejo pordiosero? También sabía que no se trataba de sus barcos, sino del arzobispo, que era quien financiaba toda la expedición a cambio de una comisión bastante importante. Además, muchos creían que ya no estaba cuerdo, nadie le creería si él afirmaba que su viaje sería financiado por el arzobispado. Ya sería poco fiable afirmar que el clero pagaría por una ilusión de nuevas tierras y esclavos. Por otra parte, llegaría a oídos de la corte que la cruzada volvía a ponerse en marcha y, si había intereses cruzados entre la corona y el arzobispado, el rey podría sabotear sus planes.

El viejo no era idiota, sabía que las dádivas del arzobispo debían de esconder ambiciones que él desconocía, pero él necesitaba dinero y Renard fue el único que mostró algo de interés. No quedaban más opciones que seguir esperando. Sin embargo, algo debía hacer si no quería encerrarse nuevamente en lúgubres pensamientos que lo llevaran al borde de la locura. Por eso, decidió salir a tomar un paseo.

— ¿Necesita el señor la compañía de su más leal hombre?

—Es fácil ser el mejor cuando no hay nadie más, Cline —espetó Lamarc, pero luego decidió suavizar sus palabras.

Everett Cline estaba de muy buen humor y actuando con más obsecuencia de lo normal, pero el viejo aún estaba en deuda con él. Por el momento,

decidió disculparse.

—No le hagas caso a este viejo gruñón. Esos cerdos facinerosos del arzobispado me tienen en vilo y me encuentro fuera de mis cabales. Solo saldré a dar un paseo, necesito algo de aire y soledad.

—Como usted disponga —respondió Cline, apático.

—Sin embargo —La mente de Lamarc volaba—, podrías dirigirte al arzobispado por alimentos. Procura averiguar cómo están las cosas, quizás puedas traerle a este viejo buenas noticias.

—Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Ve cuanto antes, entonces. Regresaré antes de la hora de cenar.

Cline se retiró muy a su pesar, pero con la mejor sonrisa en su rostro, hacia el arzobispado. Ya se estaba aburriendo de jugar el papel de chico de los recados y sirviente. Por seguir al viejo y sus locuras, habían acabado en la ruina y, aunque ya llevaba demasiados años a su servicio y era muy tarde para lamentarse, se odiaba a sí mismo por no haber decidido ir a servir a aquel castellano señor que le había ofrecido acompañarlo a su patria en busca de riquezas. En perspectiva, en aquel momento, la empresa de Lamarc prometía mucho más y la codicia y la vanidad ganaron la partida. El castellano le ofrecía dinero, Lamarc prometía dinero y reconocimiento. Ahora, no le quedaba más que seguir a ese viejo carcamán hasta las últimas consecuencias. Aunque algo le decía que, después de tanto padecimiento y carencias, llegaría la fortuna.

Lamarc vio cómo su subordinado se alejaba siguiendo sus mandatos, aunque notó que cavilaba quien sabe que ideas. Entonces, esperó que su sirviente estuviera lejos de su morada, que no pudiera verlo cuando salía y tomaba la dirección contraria al camino que llevaba al arzobispado. Si el olfato no le fallaba, haría bien en dar aquel paseo.

\*\*\*

Sus manos estaban frías y temblaba levemente. Magena lo contempló con cariño y tristeza mezcladas en partes iguales. Sabía que, si algo quedaba en aquella tierra del recuerdo de su padre, la imagen más potente la guardaba Lahnen. Se habían hecho muy cercanos mientras permaneció en la aldea y para ella siempre había sido el hermano de su padre, no le importaba la línea sanguínea, para ella no había lazo más fuerte que la lealtad. Nadie había sido más fiel a Ajachay que el cazador que ahora

yacía debilitado y herido frente a ella.

Todos los que partieron a rescatar a las pálidas tenían sus razones: deber, honor, amor. Pero Lahnen lo había hecho por Magena y por su padre y siempre se sentiría en deuda con aquel pariente, esa especie de tío que la amistad con Ajachay y las vueltas de la vida le habían regalado.

Se hallaba sola en aquella techada que funcionaba como pabellón de heridos. Equiro decidió salir de caza y darle su espacio y tiempo a solas con Lahnen. La anciana que cuidaba del herido, ya el único que quedaba con vida y sin sanar, se retiró en silencio cuando Magena le pidió que le diera un momento. Estaba sentada junto al camastro, tomando sus manos carentes de calidez. Se había jurado a sí misma no derramar más lágrimas, pero ver a Lahnen tan malherido minó su ánimo ya apaleado. No podía darse el lujo de perder a nadie más. De pronto sintió la necesidad de acurrucarse a su lado, o de abrazarlo como cuando era niña. Poco quedaba ya de aquel tiempo. Suspiró y recostó su cabeza junto al hombro de Lahnen.

—No me dejes tú también, hak'úi. Somos dos las mujeres que te necesitamos en pie y con todas tus fuerzas.

La respiración débil del cazador de pronto pareció agitarse levemente, pero Magena permaneció recostada junto a él, ocultando su rostro entre las pieles, con los ojos cerrados y las mejillas húmedas por el llanto.

—No iré a ningún lado, mi pequeña —respondió Lahnen en un leve susurro, como una exhalación y Magena se irguió de repente, asombrada. Sonrió con los ojos congestionados, ahora aliviada—. Aquí estoy.

El cazador tenía los ojos apenas abiertos, pero hizo su mayor esfuerzo para dedicarle una sonrisa ladeada, casi imperceptible, a la niña de Ajachay que ya de ningún modo era una niña. Hubiera querido enjugar sus lágrimas, pero no era dueño de dominar su propio cuerpo. Magena se abrazó a él, con cuidado de no hacer demasiada presión en las heridas. Lahnen tampoco pudo retribuir el abrazo.

—No soy capaz de mover un dedo, pero me alivia verte bien. Solo... no llores por mí.

—Debes preocuparte por tu recuperación, ya habrá tiempo para mí.

Lo soltó y se puso de pie. Por una parte, no quería que derrochara sus fuerzas en intentar hablarle, por otra, no quería que la viera quebrada, temerosa. Quiso reconfortarlo, aunque la verdad era que verlo era recordar a su padre.

—Descuida, mis lágrimas no son ahora amargas. Pero descansa, debes sanar aún.

—Magen... —dijo con un máximo esfuerzo mientras la joven se giró para retirarse. Entonces, ella se detuvo y lo miró—. Dile a Nagatí que pronto nos reuniremos.

—Así lo haré, hak'ei.

Sin dudarlo ni pensar en otra cosa, sin medir si habría algún peligro acechando, se dirigió a la costa por aquel camino que le sabía a infancia y travesuras, a tiempos mejores. Tomó la bajada natural hacia las rocas que eran besadas por el mar. No fue difícil encontrar a la sirena, estaba junto a la entrada de la cueva de los Zapai del Sur, donde la había dejado hacía unos pocos días, la mitad de su cuerpo sumergido en el agua, su torso desnudo y dorado al sol. Largamente había esperado que alguien se acercara para calmar sus ansias y sus miedos, pero solo había hallado dolor y soledad.

Magen se acercó a la sirena, que la miraba expectante. Suspiró, llenando sus pulmones con el salitre que se suspendía en el aire mientras se acercaba, se sentó en las piedras e introdujo sus piernas en el mar. Necesitaba ir recuperando de a poco las pequeñas cosas de las que había carecido durante demasiadas estaciones de cosecha, tantas que su memoria ya no podía precisar cuántas. Cerró sus ojos un momento y se dejó envolver por la magia de lugar y luego los abrió para mirar a la protectora de las costas.

—Te ves tan hermosa como la última vez que corrí por estas piedras, Nagatí.

—Magen —respondió con lágrimas en los ojos—, no sabes cuánto dolor trajo a estas tierras tu partida.

Nagatí le tendió una mano en un gesto de amistad y reencuentro. La pálida respondió al saludo, tomándola por encima de la muñeca.

—Rogué por tu regreso —prosiguió— tanto como lo hice por tu bienestar todo este tiempo en que no sabíamos nada de ti o de tu madre.

—He vuelto, Nagatí —afirmó Magen con una sonrisa triste—. Pero mi madre se quedó atrás y ya nada es como solía ser. Creo que deberé acostumbrarme.

— ¿Acostumbrarte? No, Magen, abre tus ojos, valora lo que los nuevos vientos traen. Y elige. No todo puede ser tan malo, después de todo. A pesar de la muerte y del horror, regresaste hecha toda una mujer, crecer

no es malo. Lo malo es atarse a lo que fue y no volverá a ser.

—Quizás tengas razón. Creo que tratando de sobrevivir a la esclavitud me apegué demasiado a lo que recordaba porque no tenía nada más. Pero aquí y ahora, algunas cosas continúan como las recuerdo.

Nagatí miró a Magena con curiosidad. El recuerdo que de ella guardaba era el de una niña valiente y decidida y ahora veía a una mujer menguada por la indecisión y la pena. No la culpaba, había perdido mucho más que su libertad, pero la creía capaz de superar sus demonios.

— ¿Sabes? —continuó Magena—, recuerdo una linda historia de un cazador enamorado de una sirena. —Nagatí la miró con mayor intensidad—. Todos lo creían muy loco para arriesgarse, pero con la ayuda de las palabras de su amigo y no poco valor, se atrevió a vivir esa locura —Sonrió—. Eso no ha cambiado, Nagatí. Continúa amándote con locura y pasión.

— ¿Aquí o en el valle de los ancestros? —preguntó con el alma en un puño, ansiosa por recibir la respuesta que había estado esperando.

—Aquí, algo maltrecho y bastante débil, pero con vida. Promete venir a tus brazos apenas recobre fuerzas.

Nagatí se abrazó a las piernas de Magena y dejó que sus lágrimas corrieran libres, uniéndose a las gotas del mar. ¡Tanto había esperado saber de él, tanto temió no volver a verlo!

—Nagatí, casi ha dado su vida por rescatarme de esos monstruos. Pero pude sentir paz en sus palabras.

Ahora, la guardiana de las aguas sabía que su amado se encontraba de regreso y que su deuda estaba cumplida. Quizás entonces volvieran a él su espíritu, su alegría y su pasión.

— ¡Gracias, Magena! Temí por él, no podía sentir sus pensamientos, ni sus latidos.

—Descansa ahora, custodia de los mares. Lahnen pronto regresará a saciar tus ansias.

Decidió pasar un largo rato en aquel bello lugar, en compañía de Nagatí, con los ojos cerrados, oyendo el murmullo de las olas para dejar que su música ayudara a sanar su alma.

\*\*\*

Él nunca había valorado demasiado la vida. quizás fuera su madre la única que hubo recibido algo de afecto de su parte, porque fue la única que lo trató con respeto siempre. Ahora, sentado en su morada, observaba la paciencia y el amor que Elora dedicaba a su hijo y algo que podría semejarse a una sonrisa emocionada brilló en su rostro. Ogenwa podía ver a través de aquella pálida todo el cariño que había recibido de su madre. Valoraba doblemente que aquella mujer cuidara con entrega a su progenie sabiendo que ese niño había sido fruto de la obediencia y no del amor. Tal como había hecho su madre con él.

Entonces, como una necesidad interna y un acto impulsivo, acercó su mano a los cabellos de Elora. Inevitablemente, ella se sobresaltó y protegió al niño con su cuerpo. Él hubiera querido hablarle con palabras que pudiera comprender, decirle que solo pretendía rozar en una caricia su cabello, sus mejillas, pero Magena no estaba para hablar en el idioma de Elora. Sólo pudo decirlo en su lengua, con un gesto que acompañara sus intenciones.

—No quiero herirte.

Hundió sus dedos en su cabellera ondulada y dejó que las hebras se enredaran en ellos. Sabía que nada podía reparar con eso, que la mujer que tenía en frente lo odiaría hasta su ocaso por la muerte del marinero y de aquel flacucho Rumeraute que se la había arrebatado hacía demasiado tiempo. ¡Tanta locura desatada por una mujer, capricho de dos hombres enfrentados ya por sangre! Esa temblorosa criatura de otro mundo había llegado para reavivar viejas llamas de odio.

Elora no comprendía nada. Parecía como si la batalla hubiera atenuado, aunque fuera mínimamente, la necesidad de Ogenwa de hacerla sufrir. Había esperado con temor el castigo por permitir que Magena huyera, pero ahora estaba frente a ella, acariciando su cabello como si entre ellos sucediera la más apasionada historia de amor. Ella no se fiaba del rey de los Chará-wisúes, ni perdonaría jamás nada de lo que hizo desde que ella puso un pie en ese mundo. Pero no era necia, pudo notar el cambio en Ogenwa apenas la llevaron ante su figura en la alta mole que resistía batallas e incendios.

No solo se trataba de la amabilidad con que la trataba a ella. Llevaba días enclaustrado entre esos bloques. Solo salió unos momentos para ver a Chowanoc, para luego volver a encerrarse en sus cavilaciones. Se había ausentado también cuando intentó ayudar con muertos y heridos, pero regresó rápidamente, con la mirada velada. No podía entender sus palabras, pero el idioma de las miradas trascendía todo lenguaje, incluso

entre dos mundos diferentes: Ogenwa tenía temor en su mirada. Lo que Elora ignoraba era que para Ogenwa, lo único que quedaba eran ella y su hijo.

## Capítulo 19

### **Capítulo XIX – Susurros**

Llevaba días de lóbreguez intentando ver una salida a todo lo que estaba observando en su gente. Por eso se encontraba acuartelado en la mole, apenas veía la luz del día, apenas se alimentaba. Pero cuidaba celosamente que la pálida no dejara de alimentarse y de alimentar a su pequeño vástago que parecía estar creciendo sano y fuerte a pesar de todas las preocupaciones que embargaban a su padre, que había concluido en que no conocía esperanza más allá de aquel niño lactante.

Los había oído el día en que se dirigió hasta el pabellón de los heridos para ver como evolucionaba la salud de su capitán, a quien valoraba demasiado para dejarlo morir. Pero eso parecía no importar, las voces murmuraban en las sombras. Lo miraban con recelo, con vergüenza. Ogenwa sabía que estaban cargando la derrota en sus espaldas y, en parte, estaban en lo cierto. Hacía años, desde la última vez en que los Rumerantes intentaron rescatar a su gente de la esclavitud, que no habían tenido contiendas con sus vecinos más cercanos en suelo propio.

Todos los pueblos habían comprendido que debían temer y respetar la furia bélica de los Chará-wisúes. Algunos incluso habían decidido entregar voluntariamente a sus niños a cambio de paz, excepto los Rumerantes. Luchaban sus batallas y lloraban sus muertes, pero últimamente eso había cambiado. Ogenwa era pequeño, pero aun así recordaba el día en que Ahdik perdió algo más que su capitán. El rey de los Chará-wisúes dejó pasar el tiempo esperando que su valor floreciera nuevamente, porque no le atraían las batallas ya ganadas antes de lucharlas. Pero no esperaba tanta furia, primero con el fuego de su hijo y luego con la batalla que el jefe de los Rumerantes planeó contra su gente.

Todo había comenzado con Elora. Algunos miembros de la realeza, del pueblo llano, incluso de su ejército, no vieron con buenos ojos que su rey tratara con aquel demonio blanco a quien metió en su morada y a la que tomó como su posesión más preciada. Luego llegó Ajachay portando el fuego y la muerte y, aunque mucho lamentaron a los caídos, tomaron la huida de la pálida como una bendición de los dioses. Pero Ogenwa era demasiado obstinado como para aceptar el deseo de aquellos dioses a los que llevaba años negándose. Entonces partió a tierra Rumerante y regresó henchido de júbilo por haber consumado su venganza y, no solo trajo de regreso a la pálida, sino también a su nefasta cría. Tuvo la impertinencia de levantar un templo en agradecimiento a los dioses a los que había ignorado y luego confrontado. Entonces los murmullos en

contra de las acciones de Ogenwa comenzaron a proliferar.

La pálida no implicaba grandes problemas, pero el pequeño demonio de piel descolorida hablaba con palabras rumberautes, portaba el mismo orgullo y vivía lanzando pestes y maldiciones a quien se acercara. El tiempo nunca logró aplacar la ira y la pequeña creció tan combativa que hubo que disponer solo para ella un guardia que la mantuviera controlada, parecía no querer o no poder actuar como el resto de los esclavos, incluida su madre. Estos se habían abandonado a servir a Ogenwa hacía años, tratando de sobrevivir un día más. Pero Magena era un demonio que no se dejaba apaciguar.

La gota que colmó la vasija para la gente de Malpayne fue ver como los Rumberautes se lanzaban contra ellos. Entendían que nada de ello hubiera sucedido de no ser porque Ogenwa raptó a los demonios blancos, alimentando el germen de la destrucción. Entonces comenzaron a desconfiar del criterio de su señor. Se había dejado cegar por esa mujer, perdió el juicio y ellos lo pagaron con sangre.

Los sobrevivientes a la contienda y al fuego, que otra vez dejó la aldea reducida a cenizas, se contaban de a muy pocos. Solo quedaban dos mujeres en la aldea con la sangre de Ogenwa, muy pocos soldados y ningún esclavo. Solo Elora permaneció allí, como un ama de cría del futuro rey. El olor a carne quemada y a sangre, los cuerpos en putrefacción, el metálico hedor de la sangre, todo empeoraba la batalla perdida. Eran muy pocas manos para amontonar a los muertos y quemarlos antes que la deshonra y los gusanos mancillaran sus cuerpos. Había demasiados heridos y pocos habitantes capacitados para sanarlos.

No había mucho para comer, los campos ardieron y el granero corrió la misma suerte. Los animales para alimento huyeron, acaso alguno que otro sucumbió a las llamas. La arena que contenía el monte que bordeaba el mar y el río se llenaron de muerte y sangre, había muy poca agua que beber. El pueblo llano se redujo y los soldados debieron realizar trabajos que no correspondían a su orden. Incluso los de la corte comenzaron a salir de la mole después de años de enclaustramiento para ofrecer pequeñas ayudas.

Antes que llevaran a Elora ante él, Ogenwa trabajó como cualquier aldeano, sin temor a ensuciar su estirpe real. Permaneció horas bajo el sol, no le importaba, era lo que correspondía a su calidad de señor. Había comprendido que no se puede ser rey de un pueblo fantasma, que debía tomar decisiones y acciones que volvieran a levantar a su pueblo. Pero su gente rehuía de su presencia, lo miraban con recelo, miedo e incluso, ira. Comprendió que, después de tanto despotismo, soberbia y desprecio, estaba perdiendo la lealtad de su gente intentando ayudar. Entonces volvió a encerrarse en la mole, para volver a ser el mismo frío señor del

que tanto hablaba su pueblo.

Fue cuestión de tiempo y un poco de picardía. Chowanoc por fin fue dueño de su cuerpo otra vez y las voces comenzaron a pasear libremente por todo Malpayne. Porque mientras Ogenwa resguardaba su culo en la alta mole, junto a ese demonio blanco y la abominación que ambos habían concebido, dejando que el templo de los dioses ardiera, Chowanoc continuaba luchando a pesar de sus heridas y muchos Rumerautes perecieron intentando derribarlo. Solo permitió ceder a la debilidad cuando finalmente vio a los adversarios en retirada y, desde entonces, había vagado en la inconsciencia durante tanto tiempo que lo creían más muerto que vivo. Pero llegó el día en que sus ojos se abrieron y la fuerza se apoderó una vez más de sus músculos. Nuevas cicatrices, como prueba de su valor, adornaron su piel a lo largo de todo su cuerpo. Nadie fue a increpar directamente a Ogenwa, pero ese día comenzaron las confabulaciones iniciando por el mismo Chowanoc.

—Has vagado en la oscuridad mucho tiempo, Chowanoc. No estamos en posición de perder guerreros con tu coraje —confesó un miembro de la corte—. Sabemos que tienes la fuerza necesaria para estar en pie otra vez, te necesitamos.

—Cuentan conmigo siempre. Aunque deba arrastrarme y entregar mi vida, hasta mi último aliento, pertenezco a este pueblo, y por él haré lo que sea necesario.

No hizo falta más que eso para sembrar la semilla de la discordia en un momento crítico para el pueblo Chará-wisú. Ogenwa comenzaba a perder su poder y llegó a darse cuenta que debía cuidar su espalda y la su familia.

\*\*\*

Magená y Equiro se habían ofrecido para alimentar y cuidar de Lahnen, permitiendo que Tahanea pudiera descansar. Incluso para Equiro, que había pasado toda su vida en aquellas tierras, era notable el cambio en la rutina de la aldea. Los heridos se contaban a montones luego de la batalla, Ahdik no había terminado de recuperarse. Los sanadores no daban abasto, por lo que Magená también ofreció su ayuda en esas faenas mientras Equiro continuaba con sus jornadas de caza, porque alguien debía proveer de alimento a quienes no podían conseguirlo por su cuenta.

Con el paso de los días, Lahnen fue recuperándose. Una de las primeras cosas que notó el cazador cuando fue más consciente del entorno, fue la

ausencia de Napayshi. No lo veía desde el momento en que le pidió que se llevara a Magena y fue inevitable pensar que podría haber muerto. Los sanadores solo le respondieron que no lo habían curado, aunque sabían que estaba vivo, por lo que más valía que se preocupara por su propia recuperación. Pero necesitaba una respuesta más concreta. Sabía que preguntarle a Equiro no era lo más acertado. Llegó Magena y le pareció que no habría inconvenientes en consultarle.

—Está bien, Lahnen —respondió ella y al cazador le pareció que su rostro se había opacado de pronto—. Me escoltó hasta los dominios de Nagatí y proveyó alimento para ambos mientras esperábamos noticias de la aldea. Estaba herido, pero supongo que ya estará mejor.

—Pero los sanadores dijeron que no estuvo aquí.

—Quizás sanó por su cuenta, en la intimidad de su techada, con su familia.

—No comprendo qué sucedió con mi hermano. Jamás vino a verme, no habla con Equiro hace años. ¿No te ha dicho nada? Tú y él solían ser amigos.

—Amigos... —Meditó unos momentos—. No lo sé. También quisiera saber qué lo hizo convertirse en otra persona. Ya no es el Napayshi que yo conocía como la palma de mi mano.

— ¿Tú y él...?

—No, Lahnen, no hay un "él y yo". Equiro es ahora mi esposo. Él y mi familia son los únicos por los que pretendo velar en adelante —Sonrió para cambiar de tema, hablar de Napayshi no le resultaba agradable, aun dolía—. Tú eres familia, así que deberás aguantarme. Ahora come tu ración de estofado o conocerás a Magena adulta enojada. Y no te lo recomiendo.

Luego de eso, no se volvió a tocar el tema de Napayshi. Lahnen no necesitaba más explicaciones para darse cuenta lo que había sucedido entre Magena y los dos muchachos. Pasaron los días y, finalmente, Lahnen tuvo la suficiente fuerza para ponerse en pie y comenzar a dar algunos pasos. Uno de sus cortes en su pierna izquierda había desgarrado sus músculos y llevaría mucho tiempo recuperarse a un estado óptimo, puede que hasta quedara una cojera de remanente.

Pero a él poco le importaban su dificultad para caminar o cualquier dolor que abatiera su cuerpo, secuelas de tantas heridas recibidas. Tenía una razón de mucho peso para reponerse rápidamente. Esa razón moraba a orillas del mar y él necesitaba verla. Volver a sus brazos lo ayudó a enfocarse en recuperar sus fuerzas, ella no podía acercarse hasta la aldea,

sentía que dejar sus dominios al descuido podría acarrear más tragedias. Lahnen lo comprendía, había aceptado las reglas de ese amor extraño y complicado, tampoco habría podido negarse a ellas por más que fuera su deseo, de todos modos. La amaba más allá de todo raciocinio, porque cuando se trataba de Nagatí, su juicio se nublaba y no podía más que sucumbir a aquella poderosa magia con la que había sido concebida por la misma diosa de las aguas.

Recordaba con cariño y nostalgia aquellos años en los que la inocencia le había hecho recelar de aquel amor, que creía producto del encantamiento sobrenatural que la sirena había ejercido sobre él. Ahora sabía que volvería mil veces a recorrer una vez más aquella playa porque fue allí donde aprendió a amar y a entregarse en cuerpo y alma, donde había comprendido que no era el poder sobrenatural de Nagatí lo que lo embelesaba, sino su alma, su cuerpo y su cariño desinteresado. Aunque su mente supiera que no se trataba de un amor convencional, sino uno restringido a los caprichos de la luna y el sol. Porque solo la noche les permitía unirse para consumir sus deseos y sentires.

Y fue entonces la misma noche quien le regaló sombras y soledad para seguir aquel camino hacia el mar. Falto de sanadores que lo obligaran a volver al camastro, sin parientes que lo amonestaran a guardar reposo, se deslizó entre esas sombras, al reparo de las hogueras que bañaban la aldea de luz y aroma a hogar. Caminó acompañado por su cojera producto de las heridas que se negaban a sanar, con su corazón golpeando en su pecho con más intensidad a cada nuevo paso.

La noche estaba fresca, pero su cuerpo ya ardía antes de tomar el descenso a la playa. Nagatí ya había advertido la presencia que había anhelado desde que hubo partido a atender cuestiones de guerra, honor y promesas que debían ser cumplidas. Por eso, no dudó ni un segundo en correr hacia él apenas lo vio bajar el sendero que lo llevaba hasta sus brazos. Se fundieron de modo que formaron un solo cuerpo, una sola humanidad, un solo latir y una respiración a dúo. Sus labios se reclamaron con reciprocidad, mientras las manos de Nagatí se afanaban en acariciar las heridas del cuerpo de Lahnen.

—Has regresado con el honor alto y tu juramento cumplido.

—Y aquí estoy para ti de regreso. Quizás un poco roto, pero lo que queda de mí te lo entrego.

Nagatí le ofreció sus hombros para ayudarlo a cargar su debilidad y se dirigieron hacia el Norte, donde las rocas y el murmullo del mar, lejos de todo rumor de humanidad, serían testigos de su reencuentro, hasta que el sol llegara para llevarse a la sirena de los brazos del cazador.

## Capítulo 20

### **Capítulo XX – Subestimados**

El tiempo comenzó a correr raudamente para los dos pueblos devastados por el enfrentamiento de Malpayne. Las heridas en los cuerpos de los beligerantes fueron curando, pero había otras heridas más profundas que no hacían más que agravarse a medida que los días transcurrían con presteza.

Así como el cuerpo de Chowanoc iba reponiendo fuerzas y su mente volvía a ser un arma peligrosa, así como las viviendas y el templo volvían a levantarse de sus escombros, así como se regresaba a una vida relativamente normal y los alimentos retornaban lentamente a las manos de los Chará-wisúes; Ogenwa iba perdiendo progresivamente el dominio sobre su gente. Su poder había comenzado a declinar, incluso, mucho antes que él pudiera siquiera advertirlo. Pero ahora ya nadie se molestaba en disimularlo. Pronto la realeza, los chamanes, y guerreros que quedaron con vida se decantaron por afanarse en recuperar la salud del capitán al que, por cierto, comenzaban a respetar más que a su señor.

El día en que Chowanoc estuvo por fin de pie, los supervivientes parecieron reavivarse, como si hubiesen regresado de la muerte. Los murmullos crecieron, las voces se alzaron y comenzaron a llegar a oídos del propio Chowanoc quien ya iba saboreando su primera victoria. Cuanto más hablaban de su valía, más iba creciendo su ego y perdiendo todo dejo de servilismo y obediencia a su señor, porque él mismo alimentaba esos murmullos con malicia, pero con el suficiente cuidado de no evidenciar sus intenciones.

Pero mientras el odio y la traición se iban asando a fuego lento, en las alturas de aquella mole de roca que permanecía inmune a la destrucción, Ogenwa veía a su familia y lamentaba no haber pensado en ofrecer una tregua con anterioridad, cuando no eran tan vulnerables y su imagen era un poco menos bastardeada. Pero era quizás la perspectiva que le daba la vida que tenía frente a él, lo que lo estaba apaleando.

Fue ante la imagen de su descendencia que Ogenwa conoció la humildad y lo llevó a reconocer cuan pequeño era. Ese pequeño ser era el futuro y, por más poder que detentara, algún día la muerte vendría a buscarlo y era ese futuro quien se haría con el poder. Por eso debía protegerlo. Había creído por años que su sangre real le conferiría siempre la imagen de un ser intocable e incuestionable, pero comprendía ahora que no era más que un hombre caído en el olvido o, peor aún, objeto de la ira de aquellos que debían temer y obedecer su presencia. Después de todo, ¿por qué habrían

de temer a un simple hombre que ya no era capaz de infundir temor en sus enemigos?

Pero no era eso lo que hacía mella más profundamente en su orgullo y soberbia. Al ver a su hijo creciendo con celeridad, notó como su vida se escapaba como arena seca entre las manos. Había comenzado a comprender lo efímero de su existencia, y también se descubrió deseando dejar a su hijo algo más que lo que su propio padre le había legado.

Comenzó entonces a temer, no por su propia seguridad ante la traición que se estaba alzando contra su figura, sino por la vida de su hijo. No podía conciliar el sueño por las noches, imaginando que los guardias que flanqueaban la entrada de la mole, un día desearan extirpar de Malpayne su propiedad y su herencia. Como nunca en su vida, comenzó a velar por alguien que no fuera él mismo.

Elora no comprendía su idioma, pero veía que algo atormentaba al rey, que por las noches lo asediaban las dudas y el temor. Llevaban mucho tiempo encerrados y notaba las idas y vueltas erráticas de Ogenwa. No podía haber peor momento que ese para descubrir lo que se avecinaba. Vio que no había opciones y mediante ademanes acompañados por palabras de aquel idioma que Ogenwa desconocía, ella logró hacerle comprender que llevaba en el vientre otro hijo suyo. Entonces el temor se multiplicó, ese niño que venía en camino lo volvía aún más vulnerable.

\*\*\*

En tierras Rumerautes, naturalmente, el tiempo también había obrado cambios. Allí, los niños también crecían a una velocidad que ponía a más de uno a pensar que la muerte no estaba ya tan lejana. Mientras Keme estaba comenzando a convencer a Ahdik que lo dejara entrenar con sus soldados más jóvenes, Equiro miraba con nostalgia al hijo de Napayshi que casi alcanzaba sus cinco estaciones de cosecha. Tayen era su nombre, en honor a los halcones que surcaban el cielo. Ahora correteaba por toda la aldea con la misma soltura y el mismo desenfado con que su padre se había adueñado de las praderas. Es que el pequeño cada día se parecía más a Napayshi y no solo en lo referente a su carácter.

Equiro veía a Tayen y creía estar viendo a su amigo cuando no lo odiaba y no lo miraba con desprecio por arriba de su hombro, cuando la inocencia les permitía compartir travesuras y no había prejuicios, cuestionamientos ni resentimientos que los mantuvieran alejados en todo momento.

El niño se había acercado en más de una oportunidad para preguntarle por cosas referentes a la caza u otros asuntos triviales y habían conversado animadamente, aunque Equiro temía ver llegar a Napayshi en cualquier momento para llevarse a su hijo gritándole imprecaciones, alejándolo de su presencia. Pero el pequeño recordaba tanto a aquellos años en que las preocupaciones diarias eran qué travesura realizar o a quien espiar, que no podía evitar disfrutar de su compañía.

En cambio, Keme no se parecía a nadie, aunque si recordaba las mejores virtudes de Ajachay y Ahdik en sus tiempos más vigorosos: era sereno y empático, pero no dudaba en imponer su valentía cuando la situación lo ameritaba y su presencia toda evidenciaba que le resultaría sencillo convertirse en un gran guerrero.

Equiro miraba a ambos niños y deseaba que nunca crecieran, que no perdieran la inocencia y debieran ocuparse de cosas realmente difíciles. Él extrañaba su niñez y, si pudiera, volvería a ella con ganas. Porque, incluso aquello que había deseado para su vida adulta, lo que finalmente tenía, no terminaba de hacerlo feliz. Su unión con Magena resultó un trago agridulce y no precisamente por el hecho que ella no lograra entregar su corazón, eso lo entendía y lo respetaba, podría esperar toda su vida por ello. No, eso no le molestaba en absoluto porque había aceptado las migajas que pudiera recibir de la joven, su problema era que todos parecían sentirse con derecho a opinar sobre eso.

Era el cazador más joven y, al igual que Lahnen, disfrutaba de cazar en soledad. Había aprendido de éste a respetar y esperar pacientemente los tiempos de las presas y a cuidar el entorno en que lo hacía, tratando de agredirlo lo mínimo indispensable. Disfrutaba del silencio y la caricia del viento o la frescura de la lluvia en su piel. Le agradaba sentir el fulgor del sol calentando su coronilla, manteniéndolo más alerta a todo cuanto lo rodeaba. Ese día, luego de una retahíla de preguntas de Tayen sobre la caza y los animales, se despidió del pequeño y se dirigió a las praderas por algo de alimento y pieles para abrigar su techada a la espera de días más fríos. Iba de un humor particularmente bueno porque casi todo lo que a él le causaba placer a la hora de cazar se estaba dando lugar: el sol en lo alto y un viento suave y cálido que acariciaba la llanura desde el norte. Sintió que podría pasar una jornada agradable, para luego retornar a descansar su cuerpo y su mente en compañía de su esposa, que no lo amaba, pero si lo quería sin condiciones. Sin embargo, pronto la calma se esfumó, escuchó voces acercándose. Eran otros cazadores mayores que él, pero no por muchas estaciones de cosecha. Aunque a veces, con algunas actitudes, parecían estar más dispuestos a jugar con las ranas de Tayen que a comportarse como adultos.

El caso era que las voces se acercaban tonteando y la presa que Equiro venía acechando hacía severos minutos huyó despavorida. Eso fue suficiente para ensombrecer su humor y, una vez más comprendió el mal

genio con el que solía regresar Lahnen. No obstante, no contentos con ello, se afanaron en molestarlo de verdad. No venían hablando de nada en particular y, al menos tuvieron la cortesía de bajar la voz, aunque ya fuera muy tarde, pero comenzaron a seguir sus pasos y él pudo notar que cambiaron drásticamente de tema porque era con él con quien se habían encontrado.

—Lohuine lleva mi tercer hijo en su vientre, amigos. A este paso, repoblaremos los bajos y la costa solo con nuestra descendencia.

Equiro pudo divisar que el venado que creía perdido había regresado a su campo de visión y se acercó sigilosamente, esperando que los idiotas que venían detrás de él no volvieran a ahuyentarlo. Por fin lo tuvo a tiro de flecha, por lo que tensó su arco y aguardó el momento propicio, esperando las burlas inevitables. No se hicieron esperar.

— ¿Y tú, Equiro? —susurró una voz no muy lejana— ¿Estás esperando que los Chará-wisúes vuelvan a llevarse a tu esposa o piensas llenarle el vientre?

No era la primera vez que oía esas mofas, ni se molestaban en guardarse sus opiniones porque Equiro normalmente los ignoraba. Además, ¿qué sabían ellos sobre Magena y el respeto que despertaba aquella muchacha en él, al punto de evitar siquiera rozar su piel para no contrariarla? Él la comprendía, podía saber lo que sentía y nadie tenía derecho a decirle lo que debía hacer. No iba a forzar algo que luego tuviera que lamentar, siempre había sentido por ella un amor que las palabras no le hacían justicia y, si debía esperar que ese amor fuera retribuido durante cincuenta estaciones de cosecha, lo haría. Era estúpido pensar que eso lo hacía menos hombre que sus iguales, que engendraban un hijo por estación de cosecha, pero tampoco le importaba demasiado que así lo creyeran.

Continuó atento a los signos que lo rodeaban, la presa se movía lentamente delante de ellos, pastaba tranquilamente a pesar de haber sido ahuyentado momentos antes. Él chistó para que hicieran silencio y dejaran de opinar de cosas que no comprendían.

— ¿Será que la pálida no engendra como nosotros o te da asco poner una mano encima de esa piel tan insulsa? —agregó otro de los impertinentes.

Todas las personas tienen un límite y algunos parecen querer cruzarlo para ver qué hay más allá. El límite de Equiro era Magena y fue rebasado. Posó una mirada infranqueable a quien le hablaba y dirigió su arco tensado hacia su derecha, disparando una flecha certera al venado que había estado persiguiendo y se había desplazado unos metros, justo a

mitad de su vientre. Los otros cazadores lo miraron con asombro.

—Puedo cazar sin mirar directamente a la presa —dijo a su interlocutor, aunque hablaba para todos—. Imagina lo que puedo hacerle a un hombre mientras duerme.

Lo dijo con calma, pero la amenaza quedó latente, sin embargo, solo quería asustarlos. Se alejó luego, dirigiéndose a su presa.

—Pido perdón a los dioses por tu vida, — dijo con ojos cerrados. Eran las palabras de rigor que había aprendido de labios de Lahnen, tocando el lomo del animal que ya había muerto—, tu carne alimentará y dará abrigo.

Se puso de pie y quitó un cuero de su morral para cargar la presa. Uno de los cazadores se acercó a él con toda la intención de preguntarle si necesitaba ayuda, pero solo recibió una mirada agria. Estaban pasmados, nunca habían visto más que a Lahnen atinar a un venado en movimiento sin mirar.

Equiro era un hombre gentil y tranquilo, toleraba demasiado, pero cuando alguien se extralimitaba con quienes amaba, era otra persona. También había aprendido con mucha pasión los conocimientos de un gran cazador. Esas dos cualidades lo convertían en alguien peligroso cuando alguien cruzaba la línea de fuego. Pero comprendía internamente que los pensamientos de aquellos jóvenes eran alimentados por siglos de costumbres donde la valía de un hombre se medía, no solo en batalla o en la caza, sino en la rapidez para procrear. Él no estaba de acuerdo con eso, eran otras las acciones que hacían a un hombre respetable. De todos modos, no tenía apuro. Magena era ahora libre y no sería él quien coartara esa libertad.

\*\*\*

Otra vez lo dejaban esperando, otra vez un don nadie. Había pasado por lo mismo incontables veces en la antesala del trono del rey, ese gordo presuntuoso sin cerebro que decidía sobre la vida de los demás cuando en realidad no podía decidir ni con que empolvase el culo.

Pero la realidad era que esperaba algo más del arzobispo. La ocasión en que lo recibió se mostró práctico, interesado y frío. Había aceptado de buen grado, y sin hacerle perder tiempo, financiar el proyecto de Lamarc y se había hecho cargo de todo cuanto necesitaba esa expedición. El viejo había quedado impresionado ante tal despliegue de efectividad, tan

contrapuesto de los burocráticos tiempos que manejaba la corona. Sin embargo, lo habían citado y lo dejaron esperando horas, y se preguntaba ahora hasta qué punto diferían el rey del arzobispo.

Pero incluso era más molesto tener que soportar la fingida obsecuencia de Cline. No podía negar cuan útil le había resultado cuando no quedaba nadie más a su lado, incluso fue más infalible que el propio Lamarc para convencer al arzobispado de concertar una entrevista. Eso era lo que más desconfianza le despertaba a medida que el tiempo transcurría. De todos modos, la relación entre ellos siempre había sido bastante hostil y ambos sabían que se soportaban mutuamente porque no les quedaban más opciones.

Pero últimamente, el sirviente había demostrado una sospechosa simpatía hacia el viejo y esto a él no se le pasaba por alto. Por el momento, no tenía nada concreto que confirmara sus sospechas, por lo que respondía a la obsecuencia de su sirviente con la misma fingida falsedad que de él se desprendía.

Allí estaban, entonces, los dos pretendiendo un respeto actuado. Aunque Cline se mostraba relajado a pesar de la espera y Lamarc quería asesinar a alguien con sus manos. Y justamente, cuando pensaba que ya no podía esperar allí sentado un minuto más, el refinado arzobispo, de estilizada figura, se presentó ante ellos.

—Buen día, Lamarc. Cline —Les dirigió una pequeña reverencia por cortesía y tomó asiento—. Me disculparía por la espera, pero creo que no debo justificar lo que hago ante nadie. Menos aun teniendo en cuenta que soy yo quien está trabajando para restablecer este reino y no ese imbécil que tenemos por rey.

—En eso estamos de acuerdo —respondió secamente Lamarc—. Buen día.

—No tengo tiempo ni intenciones de extender demasiado esta entrevista. Los barcos están listos para zarpar y las provisiones ya están almacenadas, esperando ansiosamente la partida. También tenemos el armamento. Solo nos falta un detalle y me temo, Lamarc, que será esa su responsabilidad.

— ¿Qué necesita de mí?

—De los dos. Yo solo soy un arzobispo. Deberá conseguir unos mil mercenarios para empuñar esas armas, a menos que quieran combatir ustedes cualquier posible sublevación.

— ¿Mil? No cuento con el dinero.

—No hablé de dinero. Solo contrátelos. Una bolsa de oro para cada uno de ellos puede ser suficiente. Pero si no aceptaran, puede prometerles que luego seguirán trabajando para mí.

—Creo que puedo conseguirlos.

—Claro que puede —aseguró el arzobispo Renard con gesto displicente—. ¡Ah! Una cosa más, tratemos que nada de esto llegue a oídos de la corona antes de la partida.

## Capítulo 21

### **Capítulo XXI – Hogueras**

***"Más la seguí y al despertar de la aurora,  
tal vez, sentí que allí se apagaba su voz  
y allí su alma en la mía sentí.  
Si estás mirando el amanecer,  
hay una niña en el alba, ¿la ves?  
Y con la niña en el alba estoy yo  
y el día empieza otra vez."***

Los días en la aldea se le estaban antojando un eterno revivir del pasado, aunque muchas cosas en realidad no eran lo que habían sido en su infancia. Lahnen había regresado a sus encuentros con Nagatí. Cuando esto comenzó a suceder, se suponía que aún debía guardar reposo por las heridas que todavía exigían recuperación. Pero Magena supo casi al instante que había comenzado a deslizarse por los campos cual serpiente al amparo de la noche. Ella no lo había visto huyendo, jamás notó su regreso, él simplemente estaba en su camastro cuando se dirigía a la techada de los heridos. Lo que Magena notó fue el cambio del brillo en su mirada y, aunque su cuerpo continuaba roto, se lo podía ver más lleno de vida que cuando lo vio por primera vez luego de su regreso, postrado, más muerto que vivo.

Nunca le dijo nada, no creía que tuviera ningún derecho. Lahnen era libre y se había ganado a pulso el respeto de Magena, aunque sabía que aún las heridas en su cuerpo no habían sanado por completo. Pero, ¿qué batalla podría luchar contra el agotamiento y las fibras desgarradas de su cuerpo si su alma estaba reseca? Además, ya había cumplido con su palabra de ayudarla a huir, no le debía nada a nadie, más que a aquella sirena que le había robado sus sueños hacía ya demasiado tiempo.

Ahdik y Romnesa continuaban siendo las voces cantantes en la aldea. Magena veía con fascinación cómo el jefe Rumeraute, su propio abuelo, aún seguía consultando con su madre su parecer sobre las decisiones diarias con un respeto que le resultaba recíproco. Romnesa siempre había

dado su parecer, tratando que su hijo siguiera la senda correcta, pero no se le olvidaba que ella no era más que quien le dio la vida y continuaba sirviendo con mano firme y respeto del mismo modo en que lo había hecho con su esposo, desde que era tan joven que ya no podía recordar cuántas estaciones de cosecha habían pasado.

Mientras los días corrían implacables, Tayen crecía sin piedad, recordando cada día más a su padre. A Magena le dolía el alma verlo corriendo por los campos, jugando con otros niños, pero con ese carácter de autoridad respetuosa del cual había hecho gala Napayshi a su edad. Su mirada, su postura, sus ademanes denotaban seguridad y él lo sabía, porque todo cuanto decía era oído por los otros niños con admiración y respeto también. Pero a Tayen le faltaba algo que a su padre le sobró, un verdadero amigo. Tanto le sobraba que lo había hecho a un lado mientras ella no estaba para tratar de unir lo que el tiempo había separado. Ahora era demasiado tarde.

En vano intentó Magena averiguar la razón por la cual se habían disgustado, Equiro había respondido a su pregunta, pero si ser demasiado claro. Aunque en su interior, ella sabía que fuera cual fuese la razón de su enfrentamiento, Equiro era el más sensato de los dos, por lo que no dudaba en que sus razones fueran justas.

Pensar en Napayshi resultaba un arma de doble filo. Cada vez que cruzaban sus miradas, podía notar el desamor en esos ojos oscuros que antes la miraban con devoción. Era probable, aunque ella no comprendiera cómo podía alguien obligarse a vivir una mentira, que Napayshi dijera la verdad aquella vez: había desposado a Danei por obediencia. Entonces, cuando Magena comenzaba a convencerse a sí misma que había para ella en el alma del guerrero algo que se asemejara al amor, la noticia de una segunda semilla suya en el vientre de Danei la hizo chocar de frente contra la realidad. Ese no era ni sería su destino jamás y comprendió por fin, luego de un largo tiempo las palabras de Nawat: «Allí donde él vaya lo verás con su familia y verás a otro Rumeraute a tu lado, con tus propios hijos. Si no comprendes que ese no era tu destino, vivirás anhelando lo que no fue.»

Fue entonces cuando los días dejaron de transcurrir lentamente y comenzó a notar cómo Keme crecía a pasos agigantados y su cuerpo, su rostro, daban indicios de abandonar la niñez. Pronto comenzaría a entrenar con Ahdik y habría de convertirse en todo un guerrero por propio deseo. No había un día en que no jurara hacer pagar a los captores de su hermana y recuperar a su madre, aunque Magena no era tan optimista con respecto a Elora, confiaba en que su pequeño hermano no carecía de valor para cortar un par de gargantas Chará-wisúes.

Los cabellos en Tahanea eran cada vez más blancos, Lahnen ya no era tan joven como cuando ella era una niña y, cuando logró recuperarse de la

batalla, las jornadas de caza y las noches de pasión minaban su energía, aunque parecía no importarle. Notaba también cómo su abuelo envejecía con rapidez y su voz comenzaba a perder poco a poco su firmeza, aunque el valor no menguaba. Magena creía que el enfrentamiento por su liberación había despertado en él el guerrero que llevaba mucho tiempo dormido.

Incluso notaba los cambios internos con el paso del tiempo, porque al dar por concluida su ilusión por Napayshi, una figura comenzó a levantarse clara como el agua del mar que custodiaba Nagatí. Equiro, siempre leal a Magena, siempre firme en su promesa de protección y en su determinación de respetarla contra todo deseo, siempre fiel a sus sentimientos, era la persona que más se asemejaba a sus recuerdos, pero también, irónicamente, era la que más había cambiado.

Guardaba en su alma su esencia de niño dulce e inteligente, sutil para percibir en las personas cosas que no se evidenciaban con facilidad. Guardaba en su mirada la picardía de aquellos años de júbilo y la sonrisa bonachona alimentada por su infinita inocencia. Pero ya no era un niño y eso lo sabía cualquiera que lo mirara con un poco de atención, no solo cómo había cambiado su cuerpo, sino su manera de ver las cosas.

Al joven cazador nunca le había faltado valor, pero era más bien prudente. Mientras Napayshi y Wenai saltaban sin miramientos hacia la aventura que se les presentaba enfrente de sus ojos, él analizaba la situación y medía consecuencias. Aunque era el más pequeño, era también el más maduro y el más empático. Siempre analizaba el impacto de sus travesuras y cuidaba que lo que hicieran no terminara afectando a otros, principalmente a Tahanea. Su respeto hacia las mujeres de la tribu era casi reverencial y eso le valía bastantes bromas de sus pares. Pero a él no le importaba. Siempre fue muy seguro de sí mismo y nunca se dejó afectar por lo que otros dijeran de su persona. Siempre fue amable, especialmente con ella.

Magena agradecía que sus buenas cualidades permanecieran allí aun luego que todo hubiera cambiado. Pero ahora, la amabilidad y el cariño de Equiro hacia ella se había convertido en devoción y todo cuanto hacía dejaba clara evidencia que necesitaba verla sonreír. Incluso cuando ella se negaba rotundamente.

Por aquellos días, la pálida comenzó a darse cuenta que se había estado comportando con egoísmo y necedad y que estaba actuando exactamente del modo que tanto había criticado a su madre. Pudo ver entonces que Equiro la había respetado, alimentado, vestido, contenido y reconfortado a cambio de nada, absolutamente nada. Pero fue eso precisamente lo que le hizo notar que no era en vano, porque había comenzado a darse cuenta:

no podía asegurar que nada pasaba en ella cuando Equiro estaba cerca.

Había sensaciones nuevas que habían ido despertando en su interior, así como una nueva necesidad de mirarlo mientras dormía, apenas clareaba el alba, respirando profunda y tranquilamente; porque también sentía cuanto la incomodaba mirarlo durante las jornadas, cuando él le devolvía la mirada junto con una sonrisa que decía más que mil palabras, porque era evidente que por dentro su sangre hervía cuando la tenía cerca y un fuego lo consumía sin piedad. Pero él entendía, la que no había comprendido era ella y ahora que analizaba todos esos signos, se sentía avergonzada.

Equiro llevaba para entonces varias lunas con un humor de perros al llegar a la aldea luego de sus jornadas de caza. Aunque no sobraban presas, al menos se conseguía lo indispensable para que todos los Rumerautes pudieran alimentarse y Magena sabía cuánto lo apaciguaba mantenerse en comunión con la naturaleza. Pero últimamente llegaba, a veces solo, a veces con Lahnen, pero ahora el que traía el semblante serio y el humor más negro que el carbón era Equiro. La pálida lo desconocía. A ella la trataba con el mismo cariño y la misma devoción de siempre, pero su malestar era evidente.

Llegó un día en que Magena decidió que las cosas debían cambiar de rumbo, Equiro no merecía pasar por todo aquello que sentía en soledad. Por más que nunca lo hubiera considerado, era ahora su esposa y debía actuar como tal, y no porque era su deber, sino porque él se lo había ganado. Magena lo quería demasiado para verlo así, porque no era ese el Equiro que conocía como la palma de su mano.

Cuando él llegó ese día a la aldea con una presa algo exigua, una pequeña liebre que solo alcanzaría para alimentarlo a él y a Magena, notó que ella no estaba a la vista. Siempre la encontraba ayudando a Tahanea o a Romnesa o hablando con Keme. Imaginó que quizás habría ido a la costa, donde solía ir cuando no tenía nada más que hacer que sentarse junto al mar y escuchar el rumor de las olas. Equiro temía siempre que tantos años de esclavitud hicieran que ella se incomodara cuando no encontraba nada con qué ocuparse.

Dejó la pieza a Tahanea para que la limpiara, se dirigió hacia el mar, pero no la encontró. Antes de regresar, lavó su cuerpo transpirado y manchado de sangre de liebre y barro, quitó las hierbas de su largo cabello y la mugre de sus manos y sus pies. Luego dejó que el sol tibio secara su cuerpo y sus calzones y regresó a la aldea. No había rastros de Magena, por lo que interpretó que quizás hubiera ido a visitar al Círculo. No quedaba más por hacer, no interrumpiría esa conversación que Magena solía mantener con ellos, por lo que decidió dirigirse a su techada. El

fuego crepitaba en su interior y Magena estaba allí, esperándolo sentada.

—Mirahué, eres difícil de encontrar.

Sonrió. Su rostro daba muestras de cansancio, pero estaba bien dispuesto cuando se trataba de compartir una hoguera con su esposa.

—Ven, siéntate junto al fuego, he preparado makate.

Al joven sorprendió la falta de afrenta cuando la llamó como antaño, Magena sabía que era su forma cariñosa de nombrarla, pero aun así bromeaba que le cortarían los dedos de los pies si la seguía llamando así, solo por evocar recuerdos felices de su niñez. Entonces, Equiro se acercó, besó su frente con cariño y se sentó a su lado para luego tomar la vasija con aquella bebida espirituosa que la joven había aprendido a preparar desde pequeña.

—Debería comer algo primero, esa bebida tuya me nubla la razón.

—Tú y la comida, inseparables. No has cambiado nada, niño.

Rio y Equiro la miró sorprendido.

— ¿A qué se debe todo esto, mirahué? ¿Debería preocuparme?

—Deberás preocuparte si sigues llamándome “pequeña lagartija”.

—Ah, ya decía yo que estabas demorando en defenderte.

Magená lo miró con seriedad y luego volvió a sonreír.

—En realidad, soy yo quien está preocupada. Llevas varias jornadas con un humor terrible. No conmigo —aclaró al instante—, pero te veo llegar y me recuerdas a Lahnen por aquellos años. Ahora él vuelve sonriente y eres tú el que viene murmurando pestes. ¿Algún problema con él?

— ¿Con Lahnen? No, me agrada salir de caza con él, siempre tiene algo más que enseñarme. No es nada, mirahué —le respondió remarcando la última palabra, sonrió y bebió un sorbo de la bebida. Lo recorrió un escalofrío— ¡Esto está muy bueno!

—No cambies de tema, Equiro. Creo que te conozco un poco como para afirmar que algo te irrita. No es fácil ponerte de mal humor.

—Son tonterías, Magena —Su semblante se puso serio de pronto—. Cosas tan arraigadas en nuestro pueblo que ni tu ni yo podemos cambiar.

Le devolvió la vasija con makate, pero ella la tomó y en vez de beber la dejó a un lado para acercarse más a él. Tomó su rostro entre sus manos y acercó su rostro al del dorado.

—Otras cosas si pueden cambiar.

Lo besó. No esperaba aquel torbellino de sensaciones cuando sus labios se unieron. Aunque el deseo se apoderó de él, haciendo que un potente hormigueo recorriera sus venas, Equiro se alejó.

—Mirahué, no tienes que hacer esto...

—Pero quiero. Deja de llamarme "mirahué" y permíteme reclamar lo que me pertenece.

Y le reclamó sus besos y en ella despertó un magnetismo que no había esperado, porque jamás pensó que pudiera sentirse así besar a alguien, besar a Equiro. Su sexo vibró entre sus ropajes y unas inexplicables cosquillas recorrieron su intimidad, helando su cuerpo por completo.

A Equiro, el makate se le antojaba ahora soso, no había probado nunca algo tan embriagador como aquellos pequeños y temblorosos labios. Podía sentirla entre sus brazos, las dudas recorriéndole cada fibra de su ser y, aun así, se había entregado libremente a sus anhelos. Recorrió con dedos temblorosos el contorno de su cintura y sus caderas hasta llegar al extremo de sus vestiduras, las deslizó hacia arriba, acariciando a su paso los muslos tersos de su esposa. Sintió como si estuviera elevando una alabanza a los dioses. Continuó subiendo sus ropajes y, en algún punto, sus pechos quedaron al descubierto y rozaron tímidamente su piel ya afiebrada, ahora erizada. Pudo notar como sus pezones se erizaron también.

Abrumada por las sensaciones y vulnerable por su inminente desnudez, se alejó de los besos de Equiro, sonrojada y acalorada. El sudor perlaba su prístina piel y Equiro, aunque sintió enloquecer, tomó con ternura ese pequeño mentón entre sus dedos y suspiró, tratando de reponerse.

—Realmente no tienes que hacerlo, ayóní.

Aquella palabra que no tiene traducción textual en las lenguas que ahora conocemos, implicaba mucho más que amor y eso era lo que significaba Magena para aquel dorado, con el torso bañado en sudor y la respiración agitada. No quería forzarla, no quería que ella hiciera nada que no deseara, pero fue Magena quien colocó sus morenas manos sobre sus vestiduras que habían caído, volviendo a cubrir su pálido cuerpo, para que retomara su faena y apurara su desnudez. Sintió su cuerpo a la vista de Equiro y se avergonzó de verse tan vulnerable ante un hombre que había conocido desde siempre y del que jamás había pensado conocer en

intimidad. Había sido como un hermano, y ahora le entregaría su cuerpo y su ser.

Equiro estaba fascinado. La había idealizado durante todas esas estaciones de cosecha, pero aquellas ilusiones no le hacían justicia. Era una mujer fuerte y bella, era Rumeraute de pies a cabeza. Pudo sentir la rigidez en su sexo, mientras el sudor parecía evaporarse en el candor de su piel sedienta. Los jadeos de su esposa le susurraban al oído que sus manos iban por el rumbo correcto cuando rozó con delicadeza la fuente de toda vida humana, sintió su más pura esencia escurriéndose entre sus dedos.

Nadie los había preparado para este momento, estaban por su cuenta, agitando sus humanidades y danzando al ritmo de sus deseos más primitivos. Ambos sabían que era el momento, no se podía demorar, menos aún detener, lo que ya era inevitable. Mientras sus cuerpos no habían probado el fuego, no imaginaron cuan magnético podría resultar, pero ahora las ascuas los recorrían por completo quemando a su paso toda huella de duda o pudor. Deseaban arder juntos.

Sucumbieron pronto porque sus ansias llevaban demasiado tiempo reprimidas por esperas frustradas, pérdidas y pesares, esclavitud y abandono. Una fuerza inexplicable nació de entre los músculos de Equiro y acomodó a Magena como en un suspiro sobre sus piernas y dejó que sus rodillas blancas se anclaran sobre el suelo. Otra vez sus pezones rozaron su pecho y los dedos de Equiro sintieron la urgencia por recorrerlos con afán mientras la rigidez de su intimidad se le hacía insoportable y la humedad de Magena hacía contacto con sus piernas. Se movían en deseos agitados y sentían como sus corazones latían rabiosos, expectantes ante el inminente desenlace. Entonces, colisionaron los mundos una vez más, como había sucedido años antes entre Elora y Ajachay. Sus partes más íntimas se entrelazaron al son de los gemidos y los besos recorrían la piel de Magena, sus labios, su cuello.

Aunque un ardor recorrió el interior de la pálida, la urgencia en sus entrañas era más poderosa, mientras su esposo cuidaba sus movimientos para no dañar su vulnerabilidad. La deseaba satisfecha, feliz y plena de gozo, no temerosa de futuros encuentros. Pensó en cuanto la había amado desde su inocente niñez hasta que su cuerpo clamó por poseerla, incluso a través de la distancia. Recordó cuanto se había amonestado por su sentir hasta que finalmente había aceptado que el amor también conllevaba deseo carnal. Y justo en ese momento supo que ese deseo ya no le permitía pensar con claridad. Dejó de analizar y comenzó a sentir con el alma desnuda. Magena olvidó sus temores y su pudor y se entregó sin condiciones a la ofrenda del hombre en que se había convertido aquel niño tierno que había seguido sus pasos, incluso cuando ella estaba muy

lejos.

La danza no duró demasiado, pronto entregaron sus esencias como una ofrenda, la urgencia no permitió más demora. Los gemidos se elevaron y sus cuerpos temblaron en el cénit de la pasión. Las manos de Equiro presionaron con firmeza, pero también con ternura por debajo de los pechos de su esposa, no había notado por cuanto tiempo habían permanecido allí. Finalmente, permanecieron abrazados, dejando que se mezclaran sus gotas de sudor, a la espera de que el ritmo de sus suspiros se fuera atenuando. Notaron como el sudor recorría los pliegues de sus cuerpos, el fuego aun crepitaba. Afuera la aldea continuaba con su vida diaria, dentro de aquella techada, todo había cambiado de repente.

## Capítulo 22

### **Capítulo XXII – Ocasos**

Al día siguiente, Magena despertó cubierta en pieles y la hoguera seguía crepitando, pero ya el brillo del sol translucido entre los toldos velaba la poca luz que emitían sus ascuas. Aún permanecía desnuda y llevaba ahora en su piel el aroma de Equiro: a agua de río, hoguera, y lealtad. Sentía un extraño magnetismo por dentro, debajo de su piel, en sus dedos, en las hebras de su pelo, en su intimidad. Sentía que su mente había perdido el norte y una irrealidad la nublabá, dándole un aire onírico al ambiente dentro de la techada. Pero sabía que todo estaba en su mente, un torbellino de pensamientos la embargaba. Sin embargo, esa sensación de irrealidad le sabía deliciosa.

Le dolía un poco la cabeza, quizás porque habían bebido el makate sobrante al concluir su encuentro íntimo. Mientras reposaban sus cuerpos agitados, Equiro le había contado como fueron aquellas estaciones de cosecha en las que permaneció enamorado de una idea, puesto que no sabía hasta qué punto Magena podía haber cambiado, si seguiría siendo una persona de bien, si continuaba queriéndolo como cuando eran niños y todo era más sencillo, si aún permanecía con vida. La pálida creía cada una de sus palabras a ojos cerrados, porque a ella le había sucedido lo mismo, aunque con Napayshi. También le confesó que su malhumor en esos últimos días se debía a los metiches de la aldea, que además la habían ofendido a ella y él no tuvo más alternativas que hacerles ver cuán peligroso podría resultar para ellos burlarse de Magena en su presencia.

Magena rio en ese punto y se enterneció por el amor incondicional que Equiro había guardado todos esos años para ella. También pensó lo que hubiera significado para aquel muchacho si Ahdik hubiera elegido a otro Rumeraute para desposarla y agradeció internamente a su abuelo por segunda vez en su vida. Nadie sabía más que Magena como se sentía un amor frustrado y no deseaba eso para Equiro, porque lo quería bien.

Pero ahora Equiro no se encontraba a su lado. Imaginó que probablemente habría ido a cazar con las energías renovadas y el corazón regocijado. Decidió entonces que ese día se permitiría remolonear un rato entre las pieles, al leve calor de la hoguera remanente, esa que tanto había extrañado en el frío húmedo de Malpayne, saboreando esa sensación indefinida con la que amaneció al día en cuerpo y alma. En algún momento comenzó a dormir y se perdió en sueños agradables donde todos los muertos vivían, los Chará-wisúes no existían y reinaba la

paz en aquel mundo.

Fue entonces que Equiro se abrió paso en la techada, con su respiración agitada y la mirada llena de preocupación. Magena se sobresaltó al oír su nombre en medio de la tranquilidad de sus sueños y se incorporó de golpe. Su esposo parecía dubitativo, como si no supiera qué palabra elegir y ella no comprendía nada, con su mente aun algo nublada.

—Ven, Magena, debes acompañarme. Vístete y ven conmigo, por favor.

Él salió de la techada y esperó mientras Magena se vestía preguntándose qué inconveniente pudiera haber surgido para preocupar tanto a Equiro. Ella se lamentó aun sin saber de qué se trataba, la mañana que había comenzado tranquila y reconfortante podría ponerse amarga. Por la urgencia que había en las palabras de su esposo, decidió que no había tiempo para trenzar sus cabellos, por lo que trató de acomodarlos lo mejor posible y salió para seguir los pasos de Equiro. Lo vio entrar en la techada de Romnesa y salir al momento junto a Tahanea.

—Entra Magena —pidió el muchacho.

Aunque la hoguera estaba encendida, tuvo la sensación que un frío glacial atravesaba aquella techada. En su interior había tres personas: Keme, Ahdik y una desmejorada Romnesa, recostada entre pieles y con el rostro ceniciento. No necesitaba que nadie le explicara nada.

—Ven, mi niña, siéntate a mi lado.

Ella obedeció con un nudo en la garganta. Ya sabía lo que estaba sucediendo.

—Sé que prometí estar a tu lado, pero una íntima amiga ha venido por esta vieja. He visto su sombra demasiadas veces en los rostros de mi gente.

—Amá saní, no vas a irte a ningún lado. Eres fuerte, has sobrevivido a guerreros, caciques...

—Y tú y tu hermano me sobrevivirán a mí, a tu abuelo... Mi cuerpo está desgastado y llega un momento en que los viejos deben heredarle el mundo a los más jóvenes, al menos pude verte otra vez con vida.

Fue justamente eso lo que pensó Magena, que apenas había llegado y las pérdidas continuaban, y se preguntó si Romnesa había tenido fuerzas solo para verla de regreso. Como si hubiera cerrado trato con la propia muerte para que le permitiera verla viva una vez antes de morir.

—Pero no te he llamado para que me convenzas que voy a vivir —aclaró—, sino para pedirte que cuides de tu hermano. Si todos estos años en Malpayne sirvieron para templar tus fortalezas, harás un buen trabajo. Después de todo, no se trata más que de mantener sano y salvo al futuro jefe de la aldea —rio de su propia broma mientras Magena trataba de aceptar que el tiempo era implacable. Luego tomó su mano—. Quiero reunirme con mi hombre, con mi nieto. Este cuerpo ya no sirve para nada y prefiero partir antes que mi mente también se desgaste, deseo que repose mi alma.

Magena miró a su abuelo y a su hermano. No podía creer que apenas llegada a la aldea tuviera que despedirse de su abuela, no era justo y no podía aceptar que los dioses permitieran que siguiera perdiendo a quienes amaba.

—Mi niña, no quiero pasar mi último tiempo con ustedes con pesar. Pronto vendrá Tahanea con un venado y su tan aclamado pan. Es mi último deseo que nos reunamos en torno al fuego y disfrutemos el momento que nos queda. Y cuando me haya ido, no quiero lágrimas.

Ahdik, serio e infranqueable, se puso de pie y se retiró. Magena iba a seguirlo cuando Romnesa tomó su brazo y negó con su cabeza. La joven la miró con expresión confusa. Keme se veía tranquilo, aunque con la mirada rebotante de tristeza.

—Él es el jefe. Yo lo conozco demasiado, porque además de señor de los Rumerantes es mi hijo. No va a quedarse, no permitiré derrumbarse.

—Pero tendría que estar a tu lado.

—Ya nos hemos dicho lo que necesitábamos. Por tu parte, dale una oportunidad de conocerlo realmente. No condenes de por vida a quien se ha equivocado.

Magena pasó lo que restaba del día junto a Romnesa y Keme. Equiro, Lahnen y Tahanea llegaron en algún momento y compartieron el pan y el venado, aunque la pálida no tenía en su estómago más lugar que para su angustia. Pero no lloró, Romnesa se lo había pedido. Recordaron viejos tiempos menos aciagos y brindaron con makate a la salud de los caídos y de Elora, que permanecía cautiva, mientras la voz de Romnesa se iba volviendo más débil.

Cuando el sol estaba comenzando a caer, la anciana cerró los ojos, suspiró y su alma se alejó por vez primera de la aldea para siempre.

\*\*\*

Dirigió su mirada en lontananza y vivió la sensación de haber estado allí muchos años atrás. Sin embargo, era él quien guiaría la expedición y no ese inútil bueno para nada de John Trace que le había resultado costoso en dinero, salud y tiempo. Era él quien decidiría la paz o la guerra de acuerdo con lo que encontrara, si es que lograba encontrar algo.

Vincent Lamarc no era marino, por ello habían contratado a un capitán que, disgustado con la corona, había llevado una vida de carencias y persecución, por lo que no fue difícil convencerlo: una bolsa de oro y la promesa de trascendencia fueron la paga por la que accedió a realizar el trabajo que se le encomendaba, aunque él bien hubiera aceptado hacerlo gratis con tal de contrariar al rey y a todo su séquito de lamebotas. Los mil mercenarios habían aceptado de buen grado también, aunque esto solo sucedió cuando se les prometió que, además de la bolsa de oro, habría más trabajos a futuro.

Sobre la costa se veía el ir y venir de personas, pero como el arzobispo era cauteloso y desconfiado, no partirían naves desde el muelle de la capital. Durante días fueron trasladando los barcos y personas a una isla cercana, partiendo de a una embarcación como cualquier mercante para que la corona no abriera los ojos al despliegue que se armaría con la partida expedicionaria y los plebeyos curioseando. Esos eran los peores enemigos de la discreción.

Cuando llegaron a aquella isla, un ya muy anciano Ferdinand Windfield los recibió con hostilidad ordenando que se retiren y lo dejaran en paz. Los mercenarios aprovecharon la ocasión para probar el filo de algunas armas y el pobre viejo dejó de ser un problema. Llevaba años esperando sin suerte a recibir noticias de su hija Elora, y dejó el plano de los mortales sin saber nada de ella, aunque algo le había dicho por dentro que aún vivía en algún lugar.

Cuando Windfield dejó de interponerse en el camino de los capitalinos y se reunió todo lo necesario para partir, el arzobispo se puso en marcha junto con Lamarc, Cline y el capitán de la embarcación guía hacia la isla y todo estuvo finalmente dispuesto para zarpar. Era un día gris y el viento soplaba, aunque no con la intensidad que se hubiera deseado para surcar los mares rápidamente. Sin embargo, Lamarc ya estaba bien predispuesto a plantar cara a cualquier obstáculo que se le presentara. Verificó que todo estuviera aprontado, se subió al barco que le correspondía y dio la orden de la partida.

No hubo aquel día, como sucedió muchos años atrás, flores en el mar ni mujeres despidiendo a los soldados. Los mercenarios llevaban a bordo

suficiente alcohol y prostitutas como para no añorar poner un pie en tierra en mucho tiempo.

El barco comenzó a moverse y Lamarc, regocijándose en la concreción de sus planes, vio como Cline y Renard se hacían pequeños hasta desaparecer. Agradeció la fortuna de alejarse de ambos, ninguno le inspiraba demasiada confianza. Si el sol hubiera estado presente aquel día, habría evidenciado que faltaba una hora para el mediodía cuando los barcos del arzobispo tomaron el rumbo que John Trace había hecho años atrás.

\*\*\*

Tenía la garganta reseca y lastimada. Sus ojos ya no podían distinguir más que un destello que lo cegaba y lo estaba volviendo loco. Llevaba días sufriendo deshidratación bajo el inclemente sol o en la más negra oscuridad y su visión se encontraba totalmente afectada por los cambios bruscos de luz. Su piel, sus labios se estaban abriendo, resecos por el brillo que la blanca arena reflejaba del sol. Tenía ampollas en los pies y laceradas las muñecas allí donde la cadena pellizcaba su piel desde que lo habían capturado.

Wenai pensaba que ya había pasado demasiado tiempo y que nadie habría notado, en el ardor de la batalla, que los había traicionado. Pero Chowanoc despertó algún tiempo después y, al parecer, los recuerdos de aquel día en que su fuerza flaqueó, no habían menguado y se hicieron más presentes, quizás, justo en el mismo momento en que había decidido que Ogenwa no era un rey digno para los Chará-wisúes. Desde entonces, cada día mientras se recuperaba, había repetido aquellos recuerdos en su mente una y otra vez, así como las palabras de Ogenwa mientras aun él estaba inconsciente. No era el mejor momento para ser descubierto por traición y a Wenai le tocó la peor parte.

Se había mantenido alejado de toda mirada tratando de no llamar la atención de nadie, trabajando los campos, alejado del movimiento de sanadores y heridos, aunque sabía que había descontento con Ogenwa porque hasta los pobres agricultores estaban sumándose a la futura sublevación. Todos parecían estar atentos y conspirar contra el rey. Ogenwa permanecía encerrado en su mole, aunque no ajeno a lo que se estaba gestando.

Ahora comprendía en parte al señor de los Chará-wisúes. Lo habían tomado por cobarde y traidor, igual que a él y por eso Ogenwa se encontraba atrincherado y él llevaba atado a aquel poste de día y

apresado en la oscuridad de las noches desde hacía varias jornadas. Ahora pasaban todos y lo escupían e insultaban, y él aceptaba que había vuelto a ser un traidor, pero esta vez no aceptaba que lo llamaran cobarde, porque sus acciones fueron más allá de su propio bien por salvar a su hermano, hiriendo gravemente al guerrero más valiente de la aldea. Su orgullo no estaba herido esta vez, dijeran lo que dijeren. Y lo haría nuevamente si de eso dependiera la vida de su hermano.

Por eso, el castigo era doloroso y dulce a la vez porque, por una vez en su vida, había hecho algo de lo que enorgullecerse. Si moría, ya no importaba, lo haría con la frente en alto. Y no faltaba mucho para eso, ya podía ver el sendero a la morada de los ancestros.

## Capítulo 23

### **Capítulo XXIII – La muerte siempre recibe su paga**

Las sombras se disipaban, los nubarrones velaban la luz de la luna, pero eso era todo lo que necesitaba para moverse como serpiente entre la maleza. Necesitaba aliados y un escudo que salvaguardara la vida de los suyos.

Él permanecía oculto en la mole, pero había podido oír los susurros de sus sirvientes antes que cerrara el paso a toda persona ajena a él y su familia. Había solo un soldado entredormido custodiando el pequeño claustro en que habían encerrado a Wenai. Ogenwa había perdido apoyo, pero no su destreza ni su fuerza; no fue para él problema desgarrar la garganta del guardia y no sintió remordimiento alguno al hacerlo. Últimamente, todo se reducía a un juego de supervivencia y lo único que importaba era el bienestar de sus hijos y el de Elora.

El cuerpo cayó desplomado. Pensó que sería mejor llevárselo lejos, pero luego supo que no contaba con demasiado tiempo. Recordó el fuego de los Rumerautes y, por una vez en su vida, se alegró de haberlos visto quemar todo. Llevó al despojo de soldado dentro del claustro y se encontró con un Wenai ampollado por el sol, deshidratado y casi ciego. Lo liberó, no sin esfuerzo, de sus cadenas y lo llevó fuera, puso las cadenas en manos y pies del guardia e incendió la edificación.

El Rumeraute aún permanecía con vida, pero oscilando entre los vivos y los muertos. El aún rey de los Chará-wisúes cargó con su cuerpo destrozado hasta la mole, subió los interminables escalones, lo depositó sobre una piel y cerró los portalones para que nadie notara lo que había hecho, pidiendo a los dioses que nadie lo hubiera visto a su regreso. Sabía que lo que hacía iba contra los designios de su sangre, pero también sabía que ninguno de sus antepasados estaría allí cuando quisieran clavar una daga en su espalda, cortar la garganta de su hijo y violar a Elora hasta que en ella no quedara más rastro de humanidad o de vida.

La pálida miraba confundida como su raptor cada día hacía cosas más inesperadas. Podía notar la desesperación en su mirada, en sus actos. De hecho, hubiera esperado cualquier cosa de él, excepto quizás verlo salvar a un Rumeraute que se encontraba deambulando en el límite entre la vida y la muerte. Sin embargo, eso estaba sucediendo en ese preciso momento. Vio como luego de cerrar la sala lo ocultaba en una recámara que usualmente se utilizaba como armero y que, luego de la batalla, quedó carente de utilidad alguna. Vio como abría sus labios para que bebiera agua y como limpiaba con un paño húmedo su piel aun

ampollada, casi en carne viva y como ponía en su frente otro paño con agua fresca para atenuar su fiebre.

Y los días siguieron a las noches y mientras el vientre de Elora se volvía a hinchar con la vida que latía dentro de él, Wenai deambuló a través de las sombras y Ogenwa prosiguió cuidando que la muerte no lo abrazara. No volvió a permitir la entrada de los sirvientes que aún parecían serle fieles, los alimentos y enseres eran dejados ante el portalón de la mole. Ogenwa servía él mismo a Elora para que ella pudiera ocuparse de los dos críos. Sonreía, mientras tanto, pensando en lo cabreado que estaría su padre de verlo actuar como un simple y la idea le atraía tanto que lo llenaba de gozo y no sentía vergüenza alguna por ello.

Lentamente, Wenai comenzó a reflotar de ese oscuro valle de sombras, con la piel de su rostro aún lastimada mientras fuera todos se preguntaban por qué aquel guardia habría de quemar al Rumeraute traidor y huir: ¿misericordia? ¿justicia? ¿odio? Infructuosamente lo habían buscado, ni un rastro hallaron en las intermediaciones. Ogenwa sabía que debía apurarse a actuar antes que fuera tarde. Por eso, una brumosa noche, cuando Wenai despertó por fin y preguntó que hacía allí, el rey se apresuró a decirle que no había tiempo y le pidió que intentara ponerse en pie. Wenai no confiaba en su palabra, pero no tenía demasiadas opciones y, de todos modos, él lo había salvado, curado y alimentado, aunque eso resultara en extremo extraño. Debió confiar y comenzar a ponerse en pie para ir recuperando fuerzas en sus músculos atrofiados.

Mientras los días transcurrían dentro de aquella cámara, Chowanoc tomó definitivamente el mando de los esclavistas. Si quedaba alguien fiel al derrocado rey, lo pasó por la hoja de su daga y ya no hubo nadie que quisiera interponerse. Ogenwa estaba solo, atrincherado y el alimento comenzaba a escasear, así como su supervivencia y la de sus hijos.

El nuevo autoproclamado señor de Malpayne llegó un día ante el portalón de la sala de la mole exigiendo su rendición a cambio de una muerte rápida. Era un hecho extraordinario, puesto que hasta donde se perdía la memoria, los reyes fueron pasando su poder de unos a otros por línea sanguínea: hijos, hermanos, sobrinos o cualquier pariente cercano que quedara del difunto rey. Era la primera vez que se tomaba el trono por la fuerza y ese cambio se sumaba a una larga lista de sucesos extraños y nuevas situaciones que se venían dando lugar desde hacía unos años atrás, como que el rey ya no llevara su piel de zorro, sino un tocado con plumas, identificándose con las aves, a la misma altura que los dioses.

\*\*\*

Fueron dos horas las que Lamarc creyó que había durado el peligro y llegó un momento en que pensó que eso era el fin. Sintió en lo más recóndito de su ser que podía comprender el silencio de John Trace si acaso él se había topado con la misma tormenta, aunque ni él, ni el mismo capitán de su barco habían vivido jamás algo igual. Por un momento, creyeron que estaban cayendo por un embudo hacia el mismo infierno. Pero cuando todo acabó, no estaban en el infierno, sino en medio de un mar de un azul imposible de describir. A lo lejos, podían notar que una extensión de tierra se alzaba solitaria, coronada con un gran promontorio que, al menos en la lejanía, parecía un volcán inactivo. Las cartas de navegación de Trace habían sido seguidas al pie de la letra, pero no estaban seguros si el rumbo que habían tomado era el correcto cuando la tempestad tomó las riendas.

Quizás, lo que más impresionó a aquellos tripulantes fue, en realidad, que habían pasado de la peor tormenta jamás vivida a un mar calmo y un cielo límpido, de la oscuridad de la noche al brillo inclemente de un sol que hasta se les hacía extraño. Ellos no sabían, y nunca se enterarían, que Trace había abierto una grieta temporal, y que solo fue posible gracias a que Nagatí había dejado al descuido las aguas más profundas. Aunque en realidad, todo era más complejo.

Las horas transcurrían mientras las embarcaciones surcaban las aguas en dirección a la extensión de tierra que el vigía había divisado apenas concluyó la locura, pero aquel sol apenas se desplazaba en el cielo. A pesar del viento frío, el sol escocía la piel. A medida que se acercaban, vieron una alta construcción de piedra en el extremo opuesto en el que se hallaba el volcán. Las dos elevaciones parecían pilares sosteniendo el cielo: uno era natural, el otro necesitaba de la mano del hombre, allí debía haber alguna civilización. El viento soplaba en dirección contraria al promontorio artificial, llegar hasta allí los haría demorar unas cuantas horas más.

\*\*\*

En la mole, Chowanoc permanecía esperando una respuesta de Ogenwa sin éxito alguno. Simplemente era cuestión que los días pasaran, el alimento se acabara y el orgulloso rey derrocado y su prole perecieran en el hambre y el encierro. Pero el antaño capitán devenido en rey quería verlo suplicar, sufrir, mientras la vida de su nefasta descendencia se escurría ante sus ojos, así como la de la pálida, con sus gargantas desgarradas, tiñendo de bermellón la arena de Malpayne. Quería ver al

propio Ogenwa desangrarse y mirarlo a los ojos mientras la vida lo iba abandonando, opacada por las heridas que él iba a infringirle. Un sirviente llegó jadeando por el esfuerzo que provocaba la subida a través de aquella larga sucesión de escalones. Chowanoc creía que Ogenwa se encontraba agazapado en algún rincón de la sala, oculto tras el sitial donde él había reinado, pero en realidad, apenas Chowanoc llegó a tirarle pestes, se había deslizado sigilosamente hasta quedar apoyado tras el portalón, atento a todo movimiento o conversación que le pudiera significar la clave para salvar a su familia y a su propio pellejo. El sirviente habló bajo, pero, aun así, en el silencio que ofrecían los bloques de piedra de la mole, aislando todo ruido exterior, podía oír sus palabras al otro lado del portalón.

—Los bultos con brazos de madera regresaron, señor. Los que trajeron a los pálidos aquella vez.

— ¿Qué tan seguro estás de eso, Noha?

—Tan seguro como que es Chará-wisú la sangre que corre por mis venas. Yo mismo los he visto, antes y ahora. Son un poco diferentes, pero estoy seguro que se trata de lo mismo.

—Esto podría ser útil. No tenemos más esclavos.

Ogenwa, del otro lado, sabía que, además de al sirviente, hablaba a su segundo al mando, un obsecuente inservible a quien él jamás hubiera confiado ni los temas más triviales.

—Tampoco guerreros. Quizás podamos llegar a un acuerdo esta vez.

La humanidad de aquel orgulloso hombre atrincherado comenzó a trabajar. Quizás esa pequeña distracción le sirviera para lograr poner a su familia a salvo.

\*\*\*

Cuando se acercaron a tierra finalmente, vieron que hasta donde llegaba su vista eran acantilados accidentados que terminaban abruptamente en el mar. No habría modo de atracar allí sin correr riesgo de encallar o, peor aún, destrozarse los cascos en cualquier banco rocoso. Entonces comenzaron a rodear la costa, virando a estribor. Si Lamarc hubiera sido poeta o pintor, habría agradecido a la vida por encontrarse ante la mayor muestra de belleza natural, pero él solo era un esclavista y esperaba ver personas que pudieran ser subyugadas. Sin embargo, allí estaban aquellas

playas de arenas blancas, acariciadas al frente por un mar de color turquesa y un enorme bosque de coníferas por detrás.

Al viejo le hubiera dado lo mismo si la arena hubiera sido horrible y tuviera de fondo palmeras o robles. Lo que le interesaba realmente eran los salvajes que esperaban de pie a que sus barcos se acercaran. Lo que a Lamarc no se le pasó por alto fueron los esqueletos pútridos de aquellos barcos que muchos años atrás habían llevado a Trace y los demás a aquellas costas, cuya muerte el viejo ignoraba por completo. Eran tres fantasmas tétricos que daban cuenta del destino que habían seguido sus tripulantes. El viento frío arremolinó en las velas y provocó gran escozor en las pieles tirantes por el sol.

Las quillas hicieron tope en el banco de arena y los barcos se sacudieron violentamente. La mirada de Lamarc se debatía entre los viejos barcos y esos seres oscuros que los esperaban en la playa. Él no era idiota, por lo que descendió junto a los mercenarios, todos armados y listos para matar al menor indicio de hostilidad. Pero no hubo ataque. Uno de los salvajes hacía reverencias y ofrecía un cántaro con una bebida oscura. Sus ojos centellearon al mirar las armas que pendían de las manos de los mercenarios.

Al viejo se le hacía agua la boca pensar en alguna bebida espirituosa luego de tantas peripecias, pero sabía que podría ser peligroso cundir a las tentaciones del alcohol. No sabía que podrían pretender aquellos anfitriones. Se mantuvo dubitativo y el oscuro pareció notarlo porque pidió con palabras extrañas una calabaza ahuecada a otro que lo acompañaba, se sirvió del oscuro brebaje y lo bebió con ganas para demostrar que aquella bebida era de fiar, al igual que el pueblo que los estaba recibiendo. Acto seguido, Lamarc mojó sus labios y sintió como la fermentación quemaba su boca y su garganta, reavivando su intelecto.

\*\*\*

Ya habían pasado muchas horas desde que Chowanoc se había ido, esperando sacar tajada de los nuevos visitantes. Ogenwa rio pensando en lo estúpido que era si pretendía usarlos para atacar la mole. Los pálidos que habían llegado con su esposa tenían pocas armas y fueron lo suficientemente confiados como para dejarse engañar sin esfuerzo, cegados por la soberbia de creerse mejores que los dorados que los recibían. Todos terminaron muertos o esclavizados aquel día porque no servían más que para eso: morir o servir. Sin embargo, Chowanoc se

presentó nuevamente cuando el sol se estaba poniendo.

—Ogenwa, sal de la madriguera, rata miserable.

Pero Ogenwa no respondía.

—¿De qué sirve la agonía? Tu pueblo te detesta y ya ha elegido a quien quieren que los lidere. No tienes nada, sal y muere como un digno hijo de Tainos y no como el cobarde en el que te has convertido. Mancillas la memoria de tu padre y lo sabes.

Silencio del otro lado. Ogenwa no respondería, no pensaba darle el gusto. Chowanoc mordió el polvo perdiendo la paciencia y el derrocado disfrutó de su pequeña victoria.

—¿Sabes? Podría dejarte para que mueras de hambre, que llegues al punto de considerar comer a tu familia o partes de tu propio cuerpo. Conociendo en lo que te has convertido, sé que la pálida y tu nefasto hijo te sabrán al más sabroso venado. Pero no llegarás a eso, quiero matarte con mis propias manos, por deshonorar la memoria de nuestros ancestros proponiendo una tregua con el enemigo.

El nuevo señor apoyó su oreja en el portalón, nervioso, ansioso por ver correr sangre. Solo se podía escuchar un sonido extraño, como el de una serpiente cascabel, pero Chowanoc sabía que esos animales solo reptaban cerca de las montañas. Pensaba que quizás ya estaría royendo los huesos de los suyos, preso de la locura, el encierro y la inanición.

—Da igual —afirmó el nuevo rey Chará-wisú ofuscado ante la falta de respuesta de Ogenwa—. Tal vez quieras saberlo, han llegado más pálidos con armas fuertes. A señas hemos llegado a un acuerdo, ellos necesitan esclavos y nosotros, restaurar nuestra imagen. Así que, antes de arrasar con esos mugrosos Rumerautes, les pediré que me ayuden con este portalón. Vas a morir y seré yo quien derrame tu nefasta sangre.

Ogenwa detuvo su faena y levantó la vista para mirar a quienes lo rodeaban y notó cuan extraños resultaron los acontecimientos. Miró al pequeño Echimá, berreando en los brazos de Elora, vio su vientre hinchado y al aún débil Rumeraute. Quedaba poco tiempo. No se había quedado de brazos cruzados mientras su antiguo subordinado planeaba la consumación de su traición. Mientras Elora atendía a Wenai y a su hijo, él había estado horadando con la punta de una lanza las uniones de uno de los bloques de piedra. Luego de tantos días en aquel enclaustramiento, no quedaba ya mucho para poder removerlo, pero si no se apuraba todos morirían.

Pasó un largo rato hasta que la piedra cedió y el fresco de la noche acarició el aire viciado de la mole. Comenzaron a bajar con esfuerzo los

altos bloques que les funcionaban como accidentados escalones, atenuando la bajada. Llevar consigo un niño, un convaleciente y una mujer encinta no facilitaba las cosas: Wenai era poco más que un despojo, iba colgando del hombro de Ogenwa mientras Elora cargaba con su vientre y su pequeño hijo.

En el preciso momento en que Ogenwa se atrincheró en la sala del sitial supo que no había más salida que huir. Su pueblo le había dado la espalda y aceptado las conspiraciones de Chowanoc. Estaba solo con su familia y lo que quedaba de Wenai. Hubiera sido aconsejable esperar a que él sanara, pero no era factible, el tiempo apremiaba cada vez más. Si no corrían y se ocultaban en la oscuridad pronto, todos morirían y sus hijos no serían más que un recuerdo, si acaso lograban ser recordados por su mera existencia.

Sabía que no pasarían muchas horas hasta que descubrieran que había huido, pero una vez traspasara los límites de Malpayne, Chowanoc lo dejaría estar para darle muerte en el momento preciso. Lo conocía demasiado como para saber que lo que más amaba Chowanoc era una batalla en igualdad de condiciones, por lo que dejaría que él pusiera en sobre aviso a todos los demás pueblos si era necesario. Ahora que había abrazado el poder estaría cegado por el orgullo, Ogenwa lo sabía porque también tuvo el poder en sus manos y sabía a qué punto lo había llevado su orgullo. Además, ¿qué podría hacer más que huir? ¿quedarse a esperar lo inevitable?

Terminaron el descenso hasta la arena y se ocultaron entre los altos pastizales, ayudados por la oscuridad que ahora nacía de negros nubarrones velando la luz de la luna. Caminaron rápidamente, sin descanso. Correr no había resultado una opción con un herido y una embarazada, por eso debían mantener el paso firme. Si lograban llegar al pantanal, quizás pudieran ocultarse entre las cañas y el agua anegada para recuperar el aliento.

El avance era continuo, a pesar de las sombras y la falta de estrellas en el firmamento, el Chará-wisú creía ir en la dirección correcta. Sabía que entrando en territorio Rumeraute, por muy irónico que resultara, estaría más a salvo que en su propia tierra. El cañaveral ya estaba cerca cuando una flecha velada por la misma oscuridad que había ocultado el escape de Ogenwa silbó, cortando el aire en dirección al pequeño grupo. Elora gruñó y se desplomó en el suelo, entre las hierbas, con su hijo en brazos. Wenai se quedó sin sostén y también fue a parar al suelo cuando Ogenwa lo soltó para socorrer a la pálida. Una flecha asomaba al costado de su vientre. Junto a la sangre que rezumaba, se escapaba la vida de Elora y su futuro hijo. El portador del arco se acercaba al grupo con una lanza en la mano, deseoso de dar muerte también al cobarde que había sido su señor. Cuando este lo vio de refilón, reaccionó rápidamente arrojándole una daga certera con sus manos bañadas en la sangre de su esposa. La

hoja se incrustó en la garganta del asesino, sus manos se aflojaron y la lanza se perdió en el pastizal. Un acto cobarde hiriendo a una inocente desarmada, que se pagó con la muerte. Pero el daño ya estaba hecho.

Un grito quedo, un gruñido retenido en la garganta de Ogenwa exponía la frustración y el dolor que sentía, una sensación nueva y detestable. Elora habló con sus palabras, pero él no las comprendía. Entonces extendió los brazos entregándole al pequeño, su única descendencia. Acarició su vientre, a sabiendas que esa era una despedida, ni ella ni el pequeño vástago que había crecido dentro suyo verían el amanecer. El Chará-wisú no lo supo jamás, pero la pálida rogó a sus dioses y a los de aquellas tierras que perdonaran todas sus decisiones, acaso pudieran recibirla en el valle donde descansaban Ajachay y sus ancestros. Nadie la oyó. Aquel promisorio lugar solo estaba reservado para quienes habían nacido en esas tierras.

## Capítulo 24

### **Capítulo XXIV – Premoniciones**

La noche parecía desapacible, pero aun así dirigió sus pasos a la costa, allí donde el mar besaba las rocas, deseoso de besar del mismo modo los lugares más recónditos del cuerpo de su amada. El aire se sentía raro al contacto con la piel. Su cuerpo estaba recuperado, pero la humedad reinante, que pendía de la atmósfera hacía escocer sus cicatrices, allí donde las heridas habían sido infringidas en demasiada profundidad. Incluso a pesar de todas las dolencias, haber sobrevivido era un regalo de los dioses, pero el peso de los años y la batalla habían hecho mella en aquel cuerpo mortal.

Sintió la opresión incluso antes de llegar a la zona en que se abría la entrada a las cuevas de los Zapai del Sur. No fue necesario más para que lo invadiera el pánico y la preocupación. De pronto, sintió que alguien muy cercano, muy amado, podía estar en peligro y para Lahnen no había nadie a quien amara más que a Nagatí. Corrió con el corazón desbocado en su pecho y el terror helando sus venas. No estaba seguro de donde provenía ese sentir, pero si a ella llegara a pasarle algo...

Pero la sirena lo esperaba apaciblemente en su nocturna forma humana, sentada sobre las rocas y los nubarrones oscuros. Lo vio llegar con el rostro desencajado y las pupilas dilatadas, con el alma en un puño. Vio cómo se arrodillaba a su lado y la abrazaba, preso de un fuerte temblor que hacía menguar la firmeza de sus manos.

—Ayóní, temí por ti. ¿Estás bien?

—Un poco confundida por tu manera de actuar, pero sí, estoy bien. Mejor aún ahora que estás aquí.

— ¿Alguna vez sentiste el peligro, el miedo abriéndose paso a través de tus venas y helando tu sangre? ¿En alguna oportunidad viviste la sensación que alguien estaba corriendo grave peligro y debías ir en su auxilio?

Nogatí tomó su rostro aún afectado, sintió como su cuerpo todavía continuaba preso de temblores y miró en sus ojos, de los que el miedo había tomado posesión. Luego besó sus labios sintiendo en sus pechos desnudos su corazón golpeando con furia.

—Nunca podrás siquiera imaginar lo que sentí aquel día en que partiste hacia Malpayne. Estaba aterrada, cada día que pasaba sin noticias sobre ti

o tu gente, temía más por tu vida y no había modo de quitar de mi mente la imagen de tu cuerpo sin vida hasta que Magena trajo noticias tuyas. ¿Qué te tiene tan afectado? Siento que estás al borde del desconsuelo.

—Venía a encontrarme contigo cuando me invadió la sensación que un peligro te acechaba.

— ¿A mí? Puedes estar tranquilo, no ha sucedido nada malo ni sucederá nada por ahora —Tomó sus manos heladas, temblorosas y, luego de mirarlas, volvió a contemplar sus ojos temerosos—. Ven conmigo, el agua habrá de relajar tu mente y tu alma.

Lahnen dudó, pero finalmente descendió por las rocas hacia el agua salada que acariciaba la costa. Nagatí no se equivocaba, el ir y venir del agua fría, la suave caricia de las olas y su murmullo al romper en la orilla rocosa lo tranquilizó. La velocidad de sus latidos decreció y el temblor que se había apoderado de él desapareció. Pero ya se encontraba bien entrada la noche y la temperatura de su cuerpo había descendido demasiado. Salieron a la noche y encendieron una hoguera que pronto pasó al olvido y perdió utilidad, porque sus cuerpos se reclamaron y el fuego los invadió por dentro.

Fue así que Lahnen olvidó por completo su sentir y se dejó llevar por la pasión. Estar en brazos de Nagatí lo colmaba de paz y su mente encontraba la calma al oír los suaves gemidos pidiendo por más en sus oídos. Se dejó llevar por el vaivén de sus caderas y enloquecer por el perfume de su piel. Cada instante a su lado le sabía a eternidad y en esa eternidad quedó suspendido hasta que sus cuerpos fatigados llegaron a la cima del placer y se dispusieron a descansar abrazados junto a la hoguera que aún ardía como la sangre en sus venas.

Normalmente, Nagatí se retiraba a sus dominios unos momentos antes que el sol comenzara a trepar el cielo. Así, cuando su apariencia humana se desvanecía, las aguas ya bañaban su cuerpo. Pero esta vez, un sueño intranquilo perturbó su descanso mucho tiempo antes del amanecer y, al despertar entre los brazos de Lahnen, tuvo la certeza que algo grande, traumático, se acercaba.

—Ayóní, despierta. Lahnen, por favor.

El cazador despertó con dificultad fatigado como en cada oportunidad en que yacía con Nagatí. Ella esperó pacientemente, aunque insistió en que urgía que se despertara, mientras las telarañas en la mente de su amado de disipaban.

— ¿Qué sucede, Nagatí? ¿Cuál es tu urgencia?

—Lo que sentiste al llegar en la noche a mis dominios, acabo de percibirlo. Debes irte.

Lahnen la miró con preocupación.

—No esperes que vaya a dejarte sola, no en un momento en el que mora un peligro latente —Ella hizo una caricia en su rostro.

—Ayóní, superé eones sin ti. Creo que puedo sobrevivir otro rato por mi cuenta. Debes irte ahora. Presiento que le peligro reptá por esta llanura. Creo que tu gente te necesita más que yo.

Lahnen asintió a desgano. Confiaba en Nagatí a ojos cerrados, no dudaba de su amor, menos aún de su independencia. Tenía bien en claro que lo que ella necesitaba de él era su cuerpo y su alma, pero no porque necesitara alguien que la protegiera. Sin embargo, no podía evitar el temor de que algo malo le pasara, de perderla. Aun así, besó sus labios y su frente y se retiró de allí a paso ligero, preguntándose una vez más si volverían a verse. Ascendió la explanada como en un suspiro, temiendo que, al llegar a la aldea, ya fuera tarde y se encontrara con un panorama tétrico. Sin embargo, la aldea estaba tranquila, mucho más que él. Pasó de largo, mientras de camino pudo oír levemente a Magena y Equiro riendo en la quietud de la noche.

Dentro de aquella techada, el aire se palpaba extraño. Magena aún consideraba injusta la partida de Romnesa, los días pasaban y el dolor no disminuía. Pero, a su pesar, había prometido celebrar la vida de su abuela en lugar de lamentar su muerte, por lo que se esforzaba en mantenerse entera. Pasaba todas las jornadas con su pequeño hermano, que había demostrado una entereza de espíritu muy superior a la suya. Cuando no estaba entrenando con Ahdik, Magena lo acompañaba a pescar, cuereaban animales, iban al claro del Círculo o, simplemente, se sentaban a mirar sobre los acantilados como el mar besaba las rocas debajo de ellos.

A veces, podían ver a Nagatí, en otras ocasiones, se aburrían y bajaban a recorrer la costa hasta llegar a la cueva de los Zapai del Sur, donde encendían una hoguera y charlaban por horas. A Magena le reconfortaba poder compartir esos momentos con su hermano, aunque le apenaba que él no contara con buenos amigos, como ella tuvo en su infancia.

Pero por más que Magena insistió, el pequeño no se fue de la techada de Romnesa. Dijo que necesitaba comenzar a vivir la soledad y la adultez del jefe de la aldea. Magena rio por la ocurrencia, aunque sabía que su hermano no estaba diciendo nada ilógico, era el heredero natural de Ahdik. Cuando comenzaba a anochecer, regresaban a la aldea donde ya Equiro los esperaba junto a Tahanea para cenar. Y en la noche, cuando ya cada quien partía a su morada, Magena y Equiro se abrazaban en un solo

cuerpo para amarse hasta el cansancio.

Parecía mentira, pero a Magena el contacto con el cuerpo de Equiro le sabía ahora casi imprescindible, y dejaba cada vez un sabor más dulce en su boca. Y mientras se ganaban confianza, se exploraban mutuamente. Era extraño para Magena entregarse en cuerpo a Equiro, pero en alma continuaba sintiéndolo aquel confidente amigo de la niñez, mientras para él, estar con ella significaba tocar la tierra de los ancestros con las manos. A la pálida a veces le dolía no poder entregarse por completo, pero, aunque él sabía bien lo que ella sentía, no podía evitar ser feliz con las migajas que ella podía darle. Estar a su lado ya era suficiente como para tolerar que sus sentimientos fueran contradictorios.

Pero esa noche, cuando el fuego se encendió en los labios de Equiro y sus manos se escurrieron entre los ropajes de la pálida, ella frenó sus manos y se apartó de su boca

—Lo siento, pero debo hablar contigo antes que me embriagues con tu piel —Forzó una sonrisa nerviosa y Equiro permaneció expectante, sin responder—. He estado pensando largamente que amá-saní no debió haber partido tan pronto, apenas a mi regreso.

—Magená, ella...

—Lo sé. Sé muy bien lo que me pidió, solo escúchame. Me ha resultado muy difícil mantener mi promesa de no lamentar su partida. Sé que ha ido a reunirse con los suyos y yo he sido bastante egoísta por momentos. Pero creo que al fin comprendí que la vida se paga con la muerte y la muerte, con la vida.

— ¿A dónde quieres llegar, ayóní?

—Quiero decir que entendí que Romnesa se fue porque otra vida está llegando a esta aldea.

Equiro permaneció en silencio. A veces, incluso cuando conocía a Magena como a sí mismo, le resultaba un poco confusa su manera de expresarse, mezcla de Rumeraute y pálida como era. Pero en esta ocasión permaneció en silencio a pesar que sus palabras fueran claras como agua de los cielos. Solo no quería estropear la magia del momento con su voz. Esperó, pero sonrió aguardando a que Magena continuara hablando.

—Ya no tendrás que soportar a los demás cazadores, tendrás a tu propia semilla para presumir.

Pero luego de escuchar a Magena, Equiro tampoco, habló, la besó y la amó con devoción. Sabía que no habría en su boca palabras que pudieran expresar su sentir correctamente, solo entregarse en cuerpo y alma hasta

que afuera el sol trepara por el cielo una vez más, anunciando un nuevo día.

Mientras en la aldea una nueva vida comenzaba a despertar, Lahnen decidió recorrer los campos linderos al río, los bajos. Sabía que no contaba con la destreza de oteador de la que podía hacer uso Ajachay, pero parecía ser el único advertido de un posible peligro. Sin embargo, tampoco podía alertar a nadie más sin estar seguro. Caminó hacia el sur y luego giró hasta llegar hasta la costa oeste, miró con preocupación hacia el norte, aún sin convencerse que Nagatí estuviera fuera de peligro y viró para dirigirse hacia el este. Apuró el paso en el mayor silencio del que fue capaz hasta llegar al cañaveral. Allí, el viento mecía las cañas y las hacía producir sonidos huecos en el agua empantanada. Por lo demás, reinaba el silencio. Avanzó más hacia oriente, hasta que le pareció oír algo que no formaba parte de los sonidos típicos del lugar. Pensó que había escuchado mal, era imposible que sus oídos hubieran percibido el llanto de una criatura en aquella zona. Pero avanzó más y escuchó el llanto con más intensidad, más claro.

Cuando llegó por fin al lugar de donde percibía el berrido, su mente llegó a considerar que quizás permaneciera en el camastro del pabellón de heridos, delirando por la fiebre, aún convaleciente. Entre las cañas, sobre un montículo de barro, yacían Wenai, Ogenwa, el niño que lloraba y el despojo de un cuerpo de mujer.

El rey desertor había cargado hasta allí a los tres: su hijo en brazos de Wenai, el Rumeraute recargado en su hombro y el cuerpo de Elora sobre la capa de piel de zorro que antaño le confería estatus de señor y su correspondiente poder, arrastrando por los hierbajos. Lahnen no veía demasiado con las nubes velando la luz de la luna, pero reconoció a los dos dorados. Sabía que se trataba de una mujer muerta o, en todo caso, en agonía. Ogenwa y Wenai estaban desfigurados, con sus rostros congestionados por el cansancio y la debilidad, solo el niño daba muestras de salud con la fortaleza de sus pulmones, bramando a grito pelado.

El cazador, decidido y con el rostro invadido por la ira, tomó su arco y una flecha.

—Wenai, aléjate de él, antes que intente algo, habrá muerto.

— ¿Y qué Rumeraute? Hazlo... —le respondió Ogenwa, aun desafiante a pesar de su calamitoso estado y de encontrarse en desventaja.

—¡No! —pidió Wenai en un grito—. Lahnen, no. Le debo mi vida, y puede que aun más...

## Capítulo 25

### **Capítulo XXV – Palabras en el viento**

El día amaneció gris en el claro que rebosaba de gente y el aire casi se podía palpar, pesado, hostil. Las miradas agrias se cruzaban sin piedad. Había algún que otro murmullo, pero hasta el viento callaba en aquel lugar sagrado. Usualmente, el silencio moraba allí como un miembro más del Círculo de ancianos, pero no era la sacralidad lo que en esa oportunidad enmudecía las bocas de los Rumerautes, sino las presencias casi fantasmales, odiadas y despreciadas de Wenai, Ogenwa y su hijo Echimá.

Si Magena no había corrido a intentar ahorcar a su captor con sus propias manos fue porque Equiro la sostenía con firmeza en sus brazos, susurrándole al oído que no valía la pena ensuciarse las manos con Ogenwa, pero solo porque Ahdik pidió que no se apresuraran a repartir muertes, sino, de hecho, él también lo hubiese hecho de muy buena gana. Magena no notó siquiera la presencia de Napayshi, que había llegado junto a su familia para ir a ponerse de pie junto al jefe tribal. Lo único que se interponía entre ella y la venganza, era su esposo y no había nada más que le interesara en ese momento.

Cuando supo que Ogenwa había aparecido en la aldea pidiendo clemencia, no pudo evitar que la ira la invadiera por completo. Lahnen los había traído, había protegido a aquel que había asesinado a su hermano, Ahdik había permitido que se quedara quien arrebató la vida de su hijo. El Círculo avalaba este parlamento para escuchar las palabras del pérfido que había apagado la llama de aquel que ellos habían querido como parte del consejo desde hacía mucho tiempo. Y ahora, todos estaban allí reunidos confiando en que el esclavista y asesino que asoló por años las aldeas diera alguna información relevante.

Además, su nefasta descendencia, el hijo que Elora le había dado antes que él la dejara morir como si nada valiera su vida, berreando a moco tendido, esperando el calor de una madre que ya no volvería a su lado, como tampoco junto a Keme o a Magena. Finalmente, el traidor de Wenai, regresando como un héroe caído, miserable desertor que se había entregado al servicio de Ogenwa para sobrevivir.

Solo le alegró verlo cuando pensó en la inmensa felicidad que sentiría Tahanea al saber que permanecía con vida. En ese sentido, no era egoísta, sabía que debía agradecer que alguien pudiera reunirse con un ser querido, más aún luego de tener que ver como las cenizas de su madre embarazada se perdían con el viento, sabía que ya nunca la vería

otra vez en vida ni aun cuando llegara el momento en que Magena se reuniera con los ancestros. Quedaron tantas cosas por decirle a su madre, que de verdad agradecía que Tahanea tuviera la oportunidad que a ella se le negó.

Y como ella pensaba, así fue, la mujer llegó al claro sin saber muy bien que estaba sucediendo cuando vio a su hijo en un estado terrible, pero aún con vida. Corrió hacia él y lo abrazó y acarició con suavidad para no lastimarlo aún más. Ambos lloraron y Wenai solo pudo pronunciar un débil «Perdóname, shima». Pero, a pesar de la vergüenza que le causaba haber tomado tantas malas decisiones, se sintió reconfortado por el calor de su madre y al fin decidió que ese era su hogar, no lo que estuvo buscando durante todos esos años.

A Ogenwa, sentado a su lado y atado de pies y con una sola mano libre para sostener a su hijo, la mirada se le tornó vidriosa y volteó para mantener indemne su gallardía, quizás se diera cuenta de las aberraciones que cometió, quizás solo pensaba en su madre y en cuanto lo amó hasta el final.

Equiro se había debatido en sentimientos encontrados y pensamientos contradictorios ante la llegada de Wenai. Lo creyó muerto, como muchos otros. desde que desapareció y de esto ya habían pasado muchas estaciones de cosecha. Magena nunca habló de él, no podía asegurar que siguiera con vida tras la batalla de Malpayne. Lahnen nunca había confesado más que a Nagatí que su hermano permanecía con vida y que lo había salvado de una muerte segura y ayudado a huir.

Equiro tenía bien en claro que Wenai era su hermano, así había sido desde que Tahanea lo acogió en el seno de su familia. Pero Wenai parecía haber olvidado todo eso el día en que huyó de la aldea. No iba a ir corriendo a abrazarlo y llorar lágrimas de alegría como había hecho su madre, pero tampoco albergaba hacia él sentimientos negativos. Simplemente comprendía que su destino había sido marcado por los dioses y que en ese camino había tomado malas decisiones, pero ahora esos dioses le permitían regresar y él no se opondría a eso.

Sin embargo, para Napayshi no había vuelta atrás. Él si estaba seguro que todas las calamidades que habían sufrido desde su partida habían sido por su culpa, no por designio de los dioses. Lo había visto en Malpayne y sabía que, si se había mantenido con vida todos esos años, había sido a costa de su traición. Sabía que por su egoísmo había muerto mucha gente, especialmente Ajachay, y Ogenwa se había llevado a Magena de su lado para siempre, porque aún recuperada ya no le pertenecía más que en sus pensamientos. Lo odiaba por eso, principalmente, y si no consideraba matarlo con sus propias manos era solo porque ya lo consideraba muerto

tras la batalla.

El único que se mantuvo neutral a todo sentimiento fue Ahdik. Había voces que oír y decisiones que tomar. Los tres recién llegados estaban delante del círculo formado por los ancianos, frente a ellos, se ubicaban los miembros de la aldea. Keme se encontraba de pie detrás de Magena y Equiro, impassible. El jefe, que se había mantenido apenas delante de ellos, se giró y miró a Magena, que seguía debatiéndose en brazos de Equiro.

—Frena tus ansias de ver correr sangre por ahora, Magena. Cuando llegue el momento, puede que ni sea necesario ensuciarnos las manos.

—Ese mugroso Chará-wisú mató a mi padre, a tu hijo, tu heredero... ¿Cómo puede ser que no hierva la sangre en tus venas, deseando venganza?

—Debes entender algún día lo que debe resignar el jefe de la aldea, que debe pensar con frialdad por el bien de su pueblo. Apréndelo para cuando yo no esté, o puede que entonces tu hermano se vuelva tan desagradable a la vista como yo.

—No es eso, Nantai. Pero me cuesta comprender tu calma frente a quien nos quitó todo.

—No todo, Keme y tú están aquí. Quizás al final del día agradezcamos tener al enemigo de nuestro lado.

Hizo un gesto a Keme y comenzó a caminar hacia Ogenwa, Wenai y Echimá. Keme lo siguió y Napayshi hizo lo propio. Recién allí Magena notó su presencia. Sin demasiados preámbulos, como cualquier persona digna de ser llamada Rumeraute, el señor de aquellas llanuras encaró directamente a Ogenwa.

—Cuenta lo que me has dicho antes para que toda la aldea te oiga, Chará-wisú.

En el rostro del jefe Rumeraute se notaba la tensión. Odiaba tener que hablar con él cuando prefería devolverle todo el dolor por el que había pasado su gente. Ogenwa parecía no querer colaborar demasiado.

—La única razón por la que continuas con vida es por lo que tienes para decir. Si no vamos a hablar, terminemos esto cuanto antes.

Ahdik se giró hacia su derecha, donde Napayshi se había mantenido erguido. Éste le ofreció su lanza y el jefe la tomó con gusto. Pero Wenai ya había visto y aguardado demasiado como para permitir una masacre

antes de tiempo.

—Nantai... Ahdik —se corrigió al momento cuando recordó que había renegado de toda su gente y no era digno de contarse entre los Rumerautes—, el enemigo está aún en Malpayne, pero no demorará demasiado para venir directo hacia nosotros.

—El enemigo está ante nosotros con un crío y un traidor a su lado —amonestó Napayshi implacablemente y su señor le hizo un ademán con la mano para que se detuviera.

—No se te ha permitido hablar, Wenai —dijo Ahdik—. Eso sin contar el pesar que trajiste a tu madre y a toda la aldea —Luego se dirigió nuevamente a Ogenwa—. Si no vas a abrir la boca, y no dices lo que viniste a decirnos, ¿para qué entraste a nuestras tierras?

—No he hablado aun porque necesito asegurarme que me darán algo a cambio.

—No estás en condiciones de exigir nada. Como dije, deberías haber muerto ya y creo que, en mayor o menor medida, aquí todos quieren verte morir.

—Supongo que debo agradecer tu piedad, te daré mi voto de confianza entonces. Hablaré esperando que protejas a mi hijo. No negaré nada de lo que ya está hecho, pero él aún es inocente.

— ¿Piensas confiarnos la seguridad de tu hijo a nosotros, tus enemigos? No creí vivir para ver un Chará-wisú pidiendo ayuda.

—Si así puedo protegerlo, que así sea. Puedes contarle las cosas a tu gusto si yo muero —Hizo una pausa y dejó de hablar puntualmente a Ahdik para dirigirse a toda la aldea—. Porque la muerte viene hacia aquí y no soy precisamente yo quien la traerá esta vez. He sido traicionado y derrocado porque planeaba negociar una tregua con los demás poblados, incluso con ustedes.

Los murmullos se elevaron en el aire. «Mientes», «No creeremos en tus palabras». Ahdik pidió silencio, pero solo acataron la orden ante un segundo pedido, más enérgico.

—Comprenderás lo difícil que nos resulta creerte luego de todo lo que has hecho —continuó el señor Rumeraute.

—Pueden llamarme asesino, esclavista, raptor y todo lo que pase por sus inferiores mentes, Ahdik. Pero jamás he mentado. Me cansé de ver morir a mi gente, de ver que lo que hago en las demás aldeas vuelva a mi magnificado. Quería terminar con todo esto antes que la sangre de mi

gente se extinguiera.

— ¿Incluso al punto de contradecir las tradiciones de tus antepasados?

—Incluso así. No encuentro ningún gozo en ser el rey de los muertos. Pero Chowanoc no parece ver las cosas como yo. Sin embargo, no es él quien más me preocupa, sino quienes se han aliado con él. Han llegado pálidos, como ella —Señaló a Magena—, llegaron en bultos de madera, muy parecidos a los que trajeron a su madre hasta aquí.

Había aún, entre los asistentes, algunos de los marinos y soldados que habían llegado con John Trace, ahora casi Rumerantes, excepto por el color de sus pieles. Fue inevitable que las miradas de los nativos se posaran en ellos y volvieran hacia Ogenwa, no sabían qué creer. Magena alzó la voz, en un intento de hablar por todos.

—Deja de mentir en nuestras narices, esclavista. No sé qué estás planeando, pero no te creo nada. Eres un asesino, nadie debería creerte, deberías morir en este momento. Esta gente que culpas ha sido esclava tuya y ahora quieres hacernos creer que más como ellos han vuelto a darnos muerte.

—Tu más que nadie sabes que soy capaz de cualquier calamidad, menos de mentir, Rumerante. En lo único que se parecen quienes vinieron con tu padre, tu verdadero padre, con los recién llegados es el color de su piel. Yo recibí a una pandilla de ingenuos, estos no parecen venir con intenciones de hacer amigos. Mientras pierden el tiempo conmigo, el verdadero enemigo se prepara para atacar.

— ¿Qué esperas, Ogenwa, ahora que has hablado? —preguntó amargamente Ahdik.

—Ya lo he dicho antes, protección para mi hijo hasta que pueda hacerse con el poder y gobernar a su gente. Pueden criarlo a su gusto si es que al final muero, pero pertenece a Malpayne, no a esta aldea. A cambio, he venido voluntariamente ante ti, te he dado todo lo que sé y me uniré a tus filas.

— ¿Para clavar a alguno de nosotros una lanza por la espalda a mitad del enfrentamiento? —preguntó Equiro, ya impaciente.

—Porque necesitan hombres de su lado, muchos más de los que hay en esta aldea. Incluso, les diría que llamen a las armas a los demás pueblos. He visto desde la cima de la mole sus barcos y la gente que permanece en ellos, son demasiados y tienen armas que no conocemos.

Mientras la luz del día caía entre los árboles, Ahdik miró a su gente. Debía hacer algo. No confiaba en Ogenwa, pero tampoco podía quedarse

esperando a defenderse cuando ya fuera muy tarde.

— ¿El Círculo puede aportarnos algo?

—No creo oír mentiras en su voz —respondió Nawat, refiriéndose a Ogenwa—, más bien temor. Y hace bien en temer, todos deberíamos. El destino es aún incierto, pero la amenaza es real y considerable. Pienso que deberíamos medir la fuerza a la que hemos de enfrentarnos. —Todos los ancianos asintieron en silencio, apoyando sus palabras—. Ahora la decisión sobre qué hacer con la amenaza y con el esclavista recae sobre ti, Ahdik. Una vez más debes proteger a tu pueblo.

Ahdik se tomó unos segundos para respirar en profundidad, a fin de aclarar su mente. Finalmente habló a todos y a algunos en particular.

—No hubo ni habrá jamás en esta aldea mejor oteador que mi hijo, pero él ya no está. Lahnen, sé que eres un cazador, pero te necesito para que confirmes si todo lo que el Chará-wisú ha contado es real.

—Haré lo mejor que pueda... —afirmó el aludido—. ¿Alguna otra orden?

—No te mueras. En cuanto a los demás, hemos de aprontar armas, alimentos y cueros. No sabemos que pueda aguardarnos una vez que vengan a atacar. Napayshi, tu vigilarás a Ogenwa de noche y Equiro lo hará durante el día. Les aconsejo que descansen bien cuando no estén de guardia —Ambos asintieron—. Tahanea, tú harás una buena tarea cuidando al pequeño. Wenai, irás con Naray y sanarás. Si quieres quedarte, te necesito con una lanza en la mano. Y basta de traiciones y desertiones, o yo mismo te mataré. —Wenai asintió también, con un gesto que denotaba que sabía que merecía la muerte—. Eso es todo, tenemos demasiado por hacer, no perdamos más tiempo.

## Capítulo 26

### **Capítulo XXVI – Perdón**

Pasó una noche intranquila. Los sueños que antaño la perseguían en la soledad de aquel húmedo pabellón, regresaron a ella. Ogenwa había vuelto a su vida y con él, las pesadillas y los recuerdos que hacían más dolorosas las partidas. Las imágenes regresaban para perturbarla luego de unos meses de relativa paz en que dormir era placentero y no un socavón oscuro y lleno de almas que partieron para nunca más volver. Además, aunque ya había considerado perder a su madre el día en que la ayudó a huir de Malpayne, verla consumirse en cenizas, con el vientre hinchado allí donde latía una vida, fue más de lo que podría soportar en un día. Ahora latía dentro suyo la descendencia de un Rumeraute y comenzaba a comprender los sentimientos de su madre.

Equiro, a su lado, tampoco tuvo oportunidad de descansar muy bien. Magena pasó una noche muy inquieta y él comenzaba a ponerse en lugar de Ogenwa, aunque lo odiara por todo el dolor que había causado en su pueblo: el rey había renunciado a su orgullo por asegurar el futuro de su hijo y Equiro estaba seguro que haría lo mismo por su semilla., que entregaría su vida sin pensarlo con tal de asegurar a su descendencia un mundo mejor. Pero sabía que estaba pretendiendo demasiado, apenas podía aspirar a evitar que fueran masacrados porque, ¿si finalmente la furia implacable de los Chará-wisúes, liderados ahora por un señor aún más déspota que el anterior, y unidos a los pálidos que según Ogenwa venían con intenciones taimadas los superaban? Tanto su semilla, como el hijo de Ogenwa, los hijos de Napayshi y todos los niños de la aldea podrían terminar muertos o esclavizados. Y aunque así no fuera, otra vez empuñar la lanza para derramar sangre en un acto de supervivencia, en un enfrentamiento alimentado por el solo hecho de estúpidas rivalidades entre pueblos, le quitaba el sueño.

El cazador, joven aún con sus veintiún estaciones de cosecha, miró a su esposa a su lado, una niña que debió crecer desde muy pequeña para soportar las afrentas de su destino, tan solo dieciséis estaciones de cosecha habían transcurrido de su amanecer a la vida y ya era una mujer entera, con una vida latiendo dentro suyo. Se debatía en el velo de sus sueños, gimiendo asustada e indignada, palabras sueltas aquí y allá, nombres de aquellos a quienes amó y partieron, de gente que odiaba, algún que otro “Napayshi” deslizándose intercalado.

La comprendía, pero eso no hacía que todo fuera más fácil, todos habían resignado algo en aquellas tierras y Equiro no olvidaba lo que se había perdido el día en que Magena fue raptada. La sacudió suavemente, con el

afán de arrancarla de aquellas sombras que la perturbaban. Ella abrió los ojos e intentó un atisbo de sonrisa. En sus ojos, el alivio de haber sido alejada de las imágenes que tanto le dolían era palpable. Lo besó, agradecida. La débil luz del día que estaba por comenzar se translucía entre los pliegues de la techada mientras la hoguera agonizaba.

—Déjame acompañarte en tu guardia —le pidió, y él la miró incrédulo.

—Ayóní, Ahdik pidió que no te acerques a él.

—Equiro, he aceptado y aprendido a comprender a mi abuelo, sé que busca protegerme. Pero seamos sinceros, ya es tarde para eso y nadie está a salvo. No haré nada estúpido, solo necesito hablar con él.

Equiro suspiró. Sabía que no podía negarle nada, además, era su derecho y, de todos los Rumerautes, eran ella y Wenai quienes más conocían a Ogenwa, quizás algo bueno pudiera salir de esa charla. Cuando Keme se presentó, saludando a Magena, para avisar al joven que su guardia debía comenzar, ambos estaban ya vestidos y prestos para acercarse al hombre que había condicionado sus vidas. Llegaron cuando Napayshi ya se había retirado, Ahdik estaba esperando a Equiro. Los vio, pero antes que pudiera pronunciar palabra, Magena se acercó y lo abrazó. El jefe dudó unos momentos antes que sus brazos la envolvieran, no estaba acostumbrado. Magena se sintió extraña, pero por un momento fue como volver a abrazarse a Ajachay. No quería soltarse, por lo que susurró al oído de su abuelo.

—El destino nos hizo familia, Nantai... analí. Olvidemos por una vez las heridas y los rencores. Si la muerte acecha, es mejor esperarla unidos, por nuestro bien y por el de aquellos que vienen en camino.

Ahdik comprendió al momento lo que le quería decir, supo que una semilla crecía en su interior y, en su fuero interno, lo invadió una pacífica sensación, aunque nada dijo, solo asintió. Equiro pudo escuchar las palabras de su esposa y se avergonzó de sí mismo, porque, aunque no lo reconociera abiertamente, sentía temor por aquello que pudiera venir.

Magená no le temía a la muerte, había comprendido que en su valle moraban aquellas personas a quienes amaba y que había perdido. Pero no dejaba de aferrarse a la vida, porque allí también había personas a quien amar. Ogenwa observaba la escena con su mirada altiva e incrédula. Ahdik se separó de los brazos de Magena algo compungido, pensando que bien le hubieran hecho esos brazos alrededor de su cuerpo si no hubiera sido tan orgulloso y testarudo. Pero aun así se mantuvo gallardo, con su imagen de señor intachable.

—Deberían hacer las paces tú y Napayshi —le dijo a Equiro después de alejarse de Magena—, son más fuertes unidos, aunque el orgullo les

impida verlo. No tomen mi ejemplo, mi orgullo solo me ha llevado a perder lo que de verdad importa.

El joven cazador no respondió mientras Ahdik se alejaba de allí, pensando si las cosas podrían haber sido diferentes de haber tenido en mejor estima a su hijo. Magena se acercó al prisionero y lo miró por un largo rato, él la seguía con la mirada, en su rostro se perfilaba una sonrisa burlona.

—Parece que somos todos igual de idiotas —evaluó Ogenwa—. Los brazos de una mujer siempre harán flaquear nuestras convicciones —Magena no respondió—. Me refiero a lo que hiciste con tu abuelo, iba a ordenarte que te fueras, pero te acercaste con migajas de cariño y todo acabó. El amor nubla el juicio.

Pronunció las palabras, esperando provocarla. Él no podía abandonar la costumbre de sentirse poderoso sobre los demás, pero Magena no cayó en su trampa, solo le habló suavemente, muy calmada.

—Dicen que intentaste salvar a mi madre. ¿Buscabas reivindicarte?

— ¿Reivindicarme de qué? ¿Con que objeto? Si tuviera ante mí la oportunidad de volver atrás, lo haría todo exactamente igual. Solo me aseguraría de matar a Chowanoc con mis propias manos antes que se vuelva en mi contra.

—Hay cierta justicia en el hecho que te haya traicionado aquel a quien planeabas entregarme como ganado de cría.

—Te lo concedo. Hubieras resultado una belleza mancillada, eres muy parecida a tu madre, aunque con más carácter. Pensaba que era mi mejor hombre al que le estaba entregando un preciado tesoro.

—Eso es un pobre intento de excusa. Yo era tu esclava, me tratabas como tal, vivía como tal. Violaste a mi madre, mataste a mi pueblo, a mi padre.

—A tus dos padres, no lo olvides...

Magena se acercó en un impulso de ira, poniendo una daga en su cuello. La había llevado oculta desde que había colocado las vestiduras sobre su piel.

— ¡Magena! —gritó Equiro—, ayóní, por favor. Prometiste no hacer nada estúpido, pero venías con una daga pretendiendo ¿qué? ¿matarlo?

—No —aseguró, pero sin despegar el filo de la garganta del Chará-wisú—, puedes estar seguro que no haré nada estúpido. Solo quiero disfrutar verlo sin su preciado poder, que sepa que se siente que lo amenacen cada vez que dice algo que no es de su agrado. Le gustaba hacerlo conmigo,

hacerme saber que podía disponer de mí a su gusto. Pero su fin no será tan rápido, lo juro.

Ogenwa rio con una voz atronadora y ronca, incrédulo por todo lo que oía y veía en aquella aldea. Magena lo miró con odio.

—Yo pensaba entregarte a quien creía mi mejor guerrero —declaró Ogenwa, aun riendo—, Ahdik te entregó a un pobre intento de hombre, sin carácter. Creo que yo te tengo en más alta estima que tu abuelo.

—Este pobre intento de hombre es un cazado, no un asesino. Aunque si amerita, no dudará en convertirse en uno otra vez —respondió Equiro con calma.

—Este cazador es más leal a su jefe y a su esposa de lo que tu gente jamás será para ti —agregó Magena, zanjando el asunto—. Pero no vine a hablar de Equiro, sino de mi padre y de todas las familias que rompiste.

—Te concederé eso también —aceptó Ogenwa—. No he de negar todo lo que he hecho, no temo a la verdad, tampoco a la muerte, no importa que tan rápida o lenta y dolorosa me sea impartida. Pero lo que en verdad vienes a reclamar es la muerte de tu padre, y déjame decirte que debes reconocer que, aunque su acción fue valerosa al rescatar a tu madre encinta aquel día, se convirtió también en un asesino, junto con el otro cazador, el que me encontró de camino hacia aquí. Mucha gente murió ese día, asfixiada, carbonizada. Esta guerra de egos se ha hecho eterna y defender los ideales de cada bando es malvado según la visión del otro.

—Mi padre hizo lo que debía por defender lo que creía justo.

—Sus justificaciones no lo eximen de haber quitado la vida a otras personas. Hubo familias rotas aquel día también, familias Chará-wisúes. ¿Qué me dices del día en que te rescataron? Muchos de los míos y los tuyos murieron por ti. ¿No sientes culpa?

—Cada día de mi vida, las muertes de mi pueblo pesarán sobre mi espalda.

—En algo coincidimos ahora. Por eso esperaba llegar a una tregua.

En lontananza, Equiro vio aparecer a Lahnen y desde esa distancia se lo podía ver sudado y exhausto, pero sano y salvo. Al ir acercándose, podía notarse en su rostro la preocupación y la respiración agitada, afectada. Ya no era joven y su habilidad física iba menguando.

—Magena, es suficiente. No llegarás a ningún lado discutiendo con este

pérfido esclavista. Ve y dile a Nantai que Lahnen está de regreso.

Ella asintió y comenzó a alejarse.

—Magená —llamó Ogenwa y ella se volteó a mirarlo con desprecio—. ¿Qué hicieron con ella?

—Su cuerpo y tu semilla se consumieron en las llamas, sus cenizas se esparcieron con el viento. ¿La amaste, acaso?

—Si hubo en mí algo cercano al amor, ella y mis hijos fueron los únicos que merecieron ese sentimiento luego de la muerte de mi madre.

—Llórala, entonces, ahora no vivirá para ti ni para sus hijos. Esa culpa morirá contigo.

\*\*\*

Las palabras de Lahnen fueron claras como el agua del Gran Río Norte, que bajan del deshielo de las montañas. Los pálidos se habían unido a Chowanoc y estaban aprontándose para masacrar y esclavizar. Habían llegado a un acuerdo tal y como les había dicho Ogenwa, sus armas eran extrañas y parecían letales a simple vista. No podrían los Rumerautes por sí solos siquiera defenderse, menos aún vencer. El impacto en la aldea fue inevitable, tenían como mucho unos diez días para buscar la manera de morir, Chowanoc así lo había decidido mientras compartía los peces con el enemigo pálido, un anciano de pelo blanco como las nubes, con el que se entendían a señas y dibujos en la arena. Ahdik pidió calma y que todos retornaran a lo que estaban haciendo, excepto Napayshi y Equiro.

—Yo me aseguraré de vigilar a Ogenwa —dijo al capitán de su ejército—. Tú y Equiro van a visitar las demás aldeas para conseguir apoyo.

Napayshi no respondió, pero el gesto en su rostro fue lo suficientemente agrio como para que Equiro fuera quien replicara la orden.

—Nantai, mi lugar está aquí, alimentando a esta gente. Tú eres quien debe ir a hablar con ellos y no hay nadie mejor que él —Señaló a su antiguo amigo—, para que te proteja.

—No seas imbécil —Por primera vez en años, Napayshi le dirigía la palabra para insultarlo—. Como si Nantai necesitara un protector. Ha sido una

orden y tú no eres quien para objetarla.

— ¡Basta ya los dos! Han estado comportándose como niños desde que se convirtieron en hombres. No sé qué sucede entre ustedes, no me interesa tampoco. Estoy tratando de proteger la vida de mi gente. Tendrán que tolerarse, les guste o no. Ya demasiado he soportado sus egos —Se dirigió al más grande—. Todo hombre corre peligro en momentos como este, no soy un dios, solo un mortal como todos aquí. Pero lo que realmente no necesito es que defiendas mi palabra, solo que vayas con Equiro y algunos hombres más a buscar apoyo. En cuanto a ti —habló entonces a Equiro—, siempre te creí el más sensato de los dos. Pon fin a esta rencilla o soporta los gestos de ira de Napayshi, pero irás a hablar a las otras aldeas porque en eso eres mejor que yo. No me aprecian demasiado, con justa razón, y mi imposibilidad de convencer a nadie que no esté liderado por mí, no ayuda. No sé hablar, las ideas se agolpan en mi garganta y lo que pienso no es exactamente lo que reflejan mis palabras. Tú aprendiste de Ajachay, te tocará a ti esta vez reemplazarlo.

—Así será, Nantai —respondió Equiro, avergonzado.

—Eso espero, por el bien de sus hijos.

Un destello cruzó por la mirada de Napayshi. No diría nada, pero tampoco necesitaba más palabras para comprender que Magena llevaba en su interior una semilla de Equiro. Notó como las situaciones los habían ido separando desde que Ogenwa se la llevó de la aldea, sabiendo que la amaría de todos modos hasta el final de su vida.

Partieron entonces, luego de despedirse de esposas e hijos, esperando regresar con brazos dispuestos y armas afiladas que engrosaran sus filas. Iban juntos, pero separados. Cualquiera hubiera pensado que enviarlos a una caminata de esa magnitud pudiera reconciliarlos o aumentar la brecha que había entre ellos. Pero, la verdad sea dicha, apenas se dirigieron palabra, solo en caso de necesidad extrema. Equiro cazaba para conseguir alimento para todos, Napayshi daba órdenes y los otros muchachos que iban con ellos eran los únicos en mantener diálogos prolongados. Iba allí uno de tantos que se habían mofado de la falta de descendencia de Equiro, que ahora lo miraba con un respeto particular. El cazador podía imaginar la razón del cambio de actitud, y el otro se lo terminó confirmando una noche camino al norte en que lo increpó, mientras cenaban una nutria algo famélica.

—Mi esposa me ha contado que pronto tendrás descendencia. Me disculpo por las estupideces que dije.

Napayshi permaneció impasible, pero Equiro lo conocía demasiado para leer en su forma de respirar que le había crispado los nervios tener que oír

eso. Decidió responder y dejarlo pasar.

—Sigues siendo el mismo estúpido si crees que ahora soy más hombre por darle mi semilla a Magena, así como en ese momento te creías más viril por tener tres hijos.

Los demás rieron y el pobre muchacho asintió avergonzado, comprendiendo lo necio que había sido y que no había mejorado demasiado. El único que notó la mirada baja y las facciones congestionadas de Napayshi, pronunciadas por el juego de luces y sombras que proyectaba la hoguera, fue Equiro. Y aunque hubiese querido odiarlo por eso, por seguir amando a Magena después de todo, nadie más que él comprendía su sentir. Sabía que los tres habían sido obligados a vivir con migajas.

El recorrido por las aldeas resultó un trabajo penoso. El invierno ya comenzaba a azotar aquellas zonas que se iban haciendo más altas a medida que avanzaban. Ya había nieve en las laderas de las montañas y los Rumerautes no estaban acostumbrados a tan bajas temperaturas, a pesar de las pieles que habían llevado, el frío calaba sus huesos y minaba aún más sus ánimos. Convencer a los jefes de las aldeas norteñas, fue aún peor.

## Capítulo 27

### **Capítulo XXVII – Colisión**

Cada vez que intentó ayudar resultó un fracaso. Sus intenciones eran las mejores, pero, tal como su señor, era un hombre de armas, no de palabras. Y eso estaba bien porque cada hombre tiene una misión que cumplir y la suya no era hablar. Por eso, se llegó a un punto en el que Equiro debió tomar coraje, apartarlo y pedirle que no intente ayudarlo más. Napayshi lo miró con desdén, no por lo que le había pedido, sino porque escuchar su voz lo lastimaba, porque, a pesar de haber crecido y volverse su voz más grave, él continuaba oyendo las palabras de aquel regordete niño que había sido su sombra, su amigo y su hermano.

—Por favor —rogó una vez más Equiro ante la ausencia de respuesta—. Hazlo por el bien de tu propia gente.

Al final aceptó callarse y dejar las palabras a Equiro, pero ni aun así fue sencillo convencer a los señores norteños. Algunos argumentaban que sería una disputa entre Rumerautes y Chará-wisúes en la que no tenían por qué intervenir. Otros decidieron esperar a que los Rumerautes pelearan la batalla mientras ellos aseguraban sus defensas para terminar con lo que quedara de los esclavistas, si es que se aventuraban tan al norte. Los hubo también cobardes e insensibles, y aquellos que recordaron con rencor que ese era el castigo de los dioses para los Rumerautes por haberse adueñado de tan extensas tierras.

Sólo hubo un señor capaz de comprender que, cuando los Rumerautes cayeran y dejaran de oponer resistencia, la lucha y la muerte vendrían por ellos también. Mahkah era señor en las tierras de los Zapai, honor ganado a puño y lanza, tal como dictaba la tradición entre su gente. Él había negado su apoyo a Ahdik algunos años atrás, pero ante esta nueva situación, prefería ver al volcán vomitando fuego sobre su gente antes que morir cobardemente o en la esclavitud. Aceptó unirse y Equiro le pidió que apenas aprontara hombres y armas se dirigiera directamente ante Ahdik. Al cazador aun le quedaban aldeas por recorrer, pero el intento fue infructuoso y en su regreso se encontraron con la gente de Mahkah, que ya estaba en camino.

Napayshi pensaba que, a pesar que Mahkah estaba aportando unos cuarenta guerreros y un grupo apenas más grande de niños que apenas podían sostener una lanza y ancianos que con dificultad podían tenerse en pie, las perspectivas eran bastante desfavorables. Pero era todo lo que habían conseguido y Mahkah había sido más que solidario al ofrecer todo

lo de lo que disponía.

Apuraron el paso cuanto pudieron. Los Rumerautes habían andado sin descanso por las altas tierras norteñas. Habían pasado hambre y la piel de sus cuerpos se había quemado con el frío. No estaban en condiciones de pararse al frente de una lucha, pero sabían que cada hombre era imprescindible. Con todo, a los ocho días de haber partido de tierras Rumerautes, regresaban, ahora débiles y con su ánimo vapuleado por el escaso éxito conseguido, pero fueron recibidos como héroes en una aldea muy agitada que no paraba de entrenar y fabricar armas y piezas de cuero para cubrir las partes vitales en los cuerpos de los guerreros.

Pero ese no era el único trabajo en que se afanaban. Ahdik había dado orden de guarecer a todo aldeano que no estuviera en condiciones de luchar en la cueva abandonada de los Zapai del Sur, por lo que cuando Equiro y Napayshi llegaron, el éxodo estaba en su mayor apogeo. Lahnen había estado yendo y viniendo, a la espera de cualquier movimiento de Chowanoc que por el momento no parecía dar muestras de encarar la ofensiva. Ogenwa había asegurado que si había demorado el ataque dándoles unos días de ventaja era solo porque estaba aguardando el cambio de luna. El destronado rey sabía que esa era una movida propia de su padre para honrar a los dioses a los que tanto adoraba y era cantado que Chowanoc esperaba convertirse en el nuevo Tainos o quizás un rey aún más sangriento y déspota.

Quienes habían ido al norte se reencontraron con sus familias y fueron obligados a alimentarse y descansar. Equiro pudo ver y sentir el pequeño bultito que comenzaba a asomarse en el desnudo vientre de Magena. Después de amarla, la besó al igual que a la vida que latía en su interior y se tendió a reposar su cuerpo llevado al límite del cansancio. Se había negado rotundamente, aún a sabiendas que así no tendría fuerzas suficientes para enfrentar lo que se acercaba. Sólo a regañadientes se dejó convencer por su esposa, que se retiró a continuar con las labores que atareaban a toda la aldea mientras el cazador reponía fuerzas para enfrentar los complicados días que estaban por llegar.

Así las horas avanzaron y una extraña calma se había apoderado de la aldea, aunque continuaban movilizand o la mayor parte de los alimentos, cacharros y abrigos hacia la cueva que día y noche era vigilada por Nagatí. Lahnen solía acompañarla cuando no estaba vigilando la frontera entre Malpayne y las tierras Rumerautes. Cada beso al partir les sabía a ambos a despedida definitiva, pero ninguno quería pronunciar las palabras que se agolpaban en sus gargantas. Los ancianos del Círculo se habían negado a abandonar el claro, por más que Ahdik insistió hasta el cansancio, decidieron quedarse junto a los árboles.

—Hemos de morir aquí, si es necesario —dijo finalmente Nawat, zanjando la discusión—. Protege a los tuyos mientras nosotros intentamos proteger

este bosque. Si alguien sobrevive, no podemos legarles un mundo devastado.

Y de ese modo, conforme un día sucedió a otro, muchos comenzaron a aceptar la muerte como lo que realmente había significado siempre: una amiga donde reposar sus cuerpos agotados, pero aun así había un legado que proteger, la memoria Rumeraute no podía ni debía perderse en el tiempo. Por ello habrían de luchar hasta el final.

\*\*\*

Finalmente, durante un atardecer brumoso llegaron noticias del sur, en labios de Lahnen, quien los había visto ponerse en marcha hacia tierras Rumeroutes. Iban a paso lento porque llevaban demasiadas armas para andar ligero y los pies de los pálidos parecían no estar acostumbrados a caminar en la correosa arena del territorio Chará-wisú. Pero el cazador voló como águila al acecho para informar que debían aprontarse para esperar el choque en un día y medio o dos. Para cuando él llegó, la antes movilizada aldea era ya un pueblo fantasma. Las techadas habían sido desmanteladas, los pabellones de grano y sanación estaban ahora vacíos y ya no quedaban niños correteando y gritando de un lado a otro, solo silencio expectante, eventualmente interrumpido por el canto del viento. No había mujeres cuereando animales, curtiendo o cocinando, solo guerreros esperando lo inevitable, una mezcla de Rumeroutes, Zapai y pálidos con pocas esperanzas de salir victoriosos.

No había demasiadas palabras que mediar. Las armas y las pecheras de cuero estaban a punto; los niños, los ancianos y las mujeres estaban a resguardo, allá junto a las piedras donde rompía el mar. En días anteriores todos se habían despedido de los guerreros en caso que el ataque se adelantara al cambio de luna, tocó entonces a Lahnen ir a la cueva de los Zapai del Sur para avisar que estaban a horas del ataque. Mahkah había dado su bendición para que, si nadie aparecía en ese transcurso a avisar sobre el final de la batalla, huyeran a las cavernas en la base de las montañas donde moraba su pueblo. Pero todos sabían que, si Chowanoc resultaba vencedor, no se detendría hasta arrasar con todas las aldeas al norte de la llanura. Ogenwa estaba seguro que así sería porque incluso él habría hecho lo mismo de no haber cambiado de opinión con respecto a la esclavitud y la muerte.

El cazador dio un último beso a su sirena mientras los inminentes acontecimientos obraban sus consecuencias. En la explanada donde normalmente se parlamentaba solo hablaba el viento. La escena que allí se daba lugar hubiera sido digna de júbilo de no haber sucedido en un

momento tan oscuro. Porque mientras todos los guerreros esperaban lo inevitable, sentados, caminando sin rumbo o de pie, mirando a la nada, algo importante sucedía: las figuras de Napayshi y Equiro se habían congregado en un lugar alejado, en un acuerdo tácito se habían mirado y todo hubiera quedado en la nada si Equiro no hubiera dado el primer paso.

—Si todo esto termina mal, no quiero partir sin decirte que me voy en paz contigo.

Napayshi lo miró con dureza, pero su gesto pronto se suavizó. Ahdik, a lo lejos, los vio hablando, pero le pareció prudente hacer como que no había visto nada.

—Espero —continuó— que tus sentimientos sean similares a los míos.

—Demasiado similares, y no lo digo por nosotros —respondió Napayshi con una seriedad rayando la melancolía—. No es fácil, lo sabes.

—Para ninguno de los tres ha resultado sencillo. Tú la amas y la perdiste; yo la amo, aunque sé que nunca entregará su corazón totalmente; y ella te ama a ti, pero está a mi lado.

—Pero te quiere.

—Como tú a Danei... —Napayshi lo miró, parecía confundido—. Puedes pretender mentir a todo el mundo, incluso a ti mismo. A mí no me engañas.

—No, nunca fue fácil engañarte. Pero conociéndome como tú me conocías a mí, sabiendo que la amé desde su primer llanto, aun así, decidiste dar rienda suelta a tus sentimientos hacia ella.

—No lo pude evitar, así como no pude evitar que ella pasara sus años en cautiverio amándote a ti. El día en que Magena amaneció, ambos quedamos marcados, pero éramos muy pequeños para comprenderlo, solo al pasar los años y sentir las urgencias en nuestras entrañas y nuestro corazón lo supimos. —Equiro miró en lontananza, no era fácil sostener la mirada en los ojos de Napayshi—. Créeme, no me enorgullece todo esto. Pero, ¿recuerdas siquiera por qué me pediste que evitara acercarme otra vez a ti? Yo sí. Te pedí que te negaras al pedido de Ahdik, que no desposaras a Danei. Ambos sabíamos que Magena te amaba a ti, a pesar de ser una niña. La traicionaste, aceptando seguir el mandato de Ahdik en vez de ir a rescatarla y darle el amor que merecía. ¿Cómo pudiste omitir tus sentimientos por ella? Aun así, me culpas porque yo sí estaba dispuesto a esperarla.

—Eso no cambia las cosas.

—Para nada. Dejaste clara tu posición y la respeté. Pero se me dio la oportunidad de desposarla y no lo hice por el deber, intenté hacerla feliz y lo seguiré intentando si mi vida no se apaga luego de este enfrentamiento. Pero soy insuficiente. No importa que haga por ella, sabe que nunca te tendrá, pero jamás dejará de amarte.

Equiro extendió su mano y quedó a la espera que Napayshi le retribuyera el gesto.

— ¿Por qué me dice ahora todo esto?

—Porque es cuando más necesitas oírlo. Si mueres, quiero que lleves contigo el amor de Magena y mi respeto, aunque sigas pensando que soy tu enemigo.

—¿Y si mueres tú?

—Lo haré con la felicidad de haberla tenido entre mis brazos y de haber compartido los años de inocencia contigo.

Napayshi lo miró confundido, pero suspiró y tendió su mano. Ambos tomaron el antebrazo del otro en señal de tregua, mientras los guerreros jóvenes que estaban más cercanos a ellos los miraban pasmados. Ahdik miraba ahora complacido una escena que llevaba años esperando.

—Quizás la muerte sea la estrella que nos está destinada a ambos  
—murmuró Napayshi.

—Entonces será un honor morir a tu lado.

Sus brazos se separaron y ellos también, no había más que decir cuando la distancia se había impuesto entre ellos durante tantos años. Napayshi fue a sentarse a la derecha de Ahdik. El jefe lo miró de soslayo.

—Debieron haber hablado años atrás.

—El momento de despedirse era ahora.

Tras el regreso de Lahnen, habiendo dado aviso a los aldeanos, cayó la noche y con ella, llegaron los gritos de guerra y los golpes de los pasos en el suelo, atenuados por la distancia. Los hierbajos tiernos quedaron pisoteados y desplazaron el barro del cañaveral a la llanura. La luz de la luna no ayudaba a ver a la distancia, solo cuando ya estaban muy cerca pudieron ver cara a cara a su enemigo. Pese a que no los superaban por mucho, los Rumerautes y los Zapai debieron oponer fuerte resistencia. Si Chowanoc hubiera querido atacar a los Rumerautes por su cuenta, los

pobladores de la llanura los hubieran masacrado sin necesidad de acudir a los Zapai, por eso había preferido hacer causa común con los pálidos que, además, de no haber mediado un acuerdo entre ellos, los hubieran extinguido sin esfuerzo antes de continuar arrasando hacia el norte. En la explanada, quienes habían esperado tomaron sus armas, pecheras y posiciones, aguardando mientras el enemigo se acercaba cada vez más.

Junto con los Chará-wisúes y los pálidos descendió la oscuridad en la llanura, como si la luz de la luna hubiera palidecido aún más, los bandos colisionaron y la lucha comenzó. Fue una larga noche y una mañana lo que duró la contienda, pero como todo lo que tiene un inicio, encontró finalmente su desenlace. Las tierras Rumerautes jamás habían sido testigos de tal derramamiento de sangre. Espadas y lanzas se habían encontrado con violencia, los dorados probaron el filo de los pálidos y las pieles comenzaron a desgarrarse. Pronto los Rumerautes, los Zapai e incluso los mismos Chará-wisúes descubrieron que no había honor en el modo de luchar de los pálidos: matar un hombre por la espalda no era problema para ellos que respondían a las órdenes de Chowanoc. Lamarc era hombre de negocios, por lo que había cedido el comando al impío. Entonces no hubo para Rumerautes más que luchar tratando de evitar darles la espalda a los pálidos traicioneros que tenían enfrente. Ambos bandos comenzaron a ser diezmados, unos tras otros iban cayendo hasta que ya la sangre anegaba los campos y el fuego había despertado para esparcirse de rama en rama, de árbol en árbol. Hasta que todo terminó.

\*\*\*

Fue durante la hora en que el sol se hallaba más alto en el cielo que Lahnen se encaminó a las cuevas de los Zapai del Sur. Estaba ensangrentado, herido, agotado y la tristeza invadía su mirada. Saludó a Nagatí prometiendo regresar pronto. Había urgencia en sus palabras y en sus modos. Cuando entró en la antigua morada de aquel pueblo extinto, el silencio era denso como el aire viciado por las hogueras. Ni los pequeños chillaban o correteaban, las mujeres estaban expectantes, atentas al regreso de sus esposos e hijos. La figura de Lahnen recortada en las penumbras hizo que todos se pusieran de pie sin demora y se acercaran. El gesto en el rostro del cazador era elocuente, abrazó a Tahanea sin decir palabra por unos momentos y ella no necesitó más para saber qué sucedía. El calor de su madre le dio el valor que estaba necesitando.

—Keme, acompaña a tu hermana. La batalla ha terminado, pero las noticias no son alentadoras. Algunos sobrevivimos, otros no lo lograron.

Los que viven aguardan junto a los muertos.

Tras sus pasos, toda la aldea se desplazó a la llanura, ante un paisaje desolador. Había unos pocos Chará-wisúes y mercenarios que permanecían prisioneros, el resto agonizaba o ya estaban muertos. Los dos señores de Malpayne yacían muertos sobre un charco de sangre lodosa. Chowanoc había abatido a Ogenwa, pero una flecha de Lahnen, que había apagado la llama del amotinado para siempre, sobresalía de su estómago. Ahdik miraba al cielo, con la mirada vacía, inerte. Junto a él se detuvo e hincó Keme, cerrando sus ojos para siempre. Mahkah estaba tendido en el suelo con una herida sangrante en el rostro, otra en su pierna izquierda y con un ojo menos, pero aún se mantenía con vida.

Los ojos de Magena iban recorriendo el paraje a medida que avanzaba por la explanada. Pudo oír el grito desolado de Tahanea y por el rabillo del ojo notó como corría a abrazar los despojos mortales de Wenai, que había luchado con honor, reivindicando su nombre. Pero el filo de una espada había separado su hombro de la clavícula y murió desangrado sin que nadie pudiera despedirse de él antes de la partida. Los pálidos que se habían convertido en Rumerantes a través de los años cayeron en su gran mayoría, pero no sin antes llevarse a unos cuantos hombres con su mismo color de piel y a algunos dorados. El Círculo de ancianos había sido eliminado limpiamente y sin esfuerzo por los mercenarios, dejando solo sus cadáveres pudriéndose al sol y los árboles chamuscados y tan muertos como sus protectores. Los Chará-wisúes que habían devuelto el fuego a sus enemigos también se habían carbonizado. En el claro, el silencio que reinaba ahora era el testigo de la muerte.

Lahnen tomó la mano a Magena y la escoltó a la débil sombra de un raquítico árbol que aún se mantenía en pie, donde Equiro apoyaba su espalda. Su abdomen rezumaba sangre mientras respiraba con dificultad, a través de la herida se podía observar una parte de sus órganos. Magena se arrodilló a su lado en silencio mientras sus lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro. Él levantó débilmente su brazo bañado en sangre propia y ajena, sonriendo con dulzura, y acarició el pómulos de su esposa, mancillándolo con una mancha color carmesí. Se oían gritos de horror de mujeres y niños.

—Vamos a curarte, ayóni —aseguró Magena, más para convencerse a sí misma que a Equiro—, estarás bien.

—Sabes que no es así, pero te agradezco por intentar calmarme. Aunque de verdad... —Tosió, escupiendo sangre mientras su herida le provocó un escozor inaguantable. Aguardó a recuperarse para continuar—. De verdad me siento en paz. No hay dolor para los muertos, sino para quienes los sobreviven. Me lo dijo Tahanea el día en que murió mi padre.

Magena lo besó. Sentía la culpa de no haber aprovechado cada instante a su lado, por no haberlo amado con intensidad como él merecía. Y ahora era consciente que iba a perderlo, como a casi todo aquel que había amado. La muerte, que era una aliada según la creencia Rumeraute, era su mayor enemiga. Equiro se separó de sus labios con un gesto de dolor y un intento de sonrisa.

—Mirahué, pequeña alimaña, lamento que tengas que continuar adelante con nuevos dolores. Pero eres fuerte: a tu manera, una guerrera.

Volvió a toser, expulsando sangre. El gusto metálico en su boca le dio náuseas y lo hizo vomitar bilis y más sangre. Con la mano, aun ensangrentada, acarició el vientre hinchado de Magena. La vida latía fuerte en él. Unos espasmos muy tenues daban fe que la semilla que llevaba dentro estaba sintiendo la tensión de su madre y la caricia de Equiro.

—Dile que si no estuve aquí en su amanecer fue porque di mi vida por asegurar que el sol volviera a salir por ustedes —Una lágrima solitaria corrió por su rostro dorado y aun joven—. Que perdone mi ausencia.

Magena levantó la vista para evitar romper en un llanto inconsolable y pudo ver a unos metros como Danei y su hijo abrazaban el cuerpo inerte de Napayshi. La pálida miró a la distancia sus facciones perfectas, sus pómulos marcados y su cuerpo imponente mancillados con sangre y barro. Yacía magnánimo incluso a pesar de estar muerto. Equiro aun llevaba el colgante que ella le había dado pendiendo de su cuello. El cuerpo de Napayshi estaba adornado con heridas y flechas sobresalidas, la de su pecho había acabado con él, allí no había ningún colgante de cuero, solo su sangre secándose al sol. Equiro la miró con tristeza y ella se acurrucó a su lado. Se acercaron dos sanadores a intentar curarlo, pero él declinó el ofrecimiento.

Lahnen caminaba junto a su madre, que ya había perdido dos hijos en un día y poco faltaba para que partiera uno más. Recorrieron la llanura despidiéndose de cada uno de ellos. Keme había ayudado a llevarse el cuerpo de su abuelo y ahora socorría como podía a los heridos. Mientras las personas iban y venían, lloraban o gritaban, sanaban heridos o cerraban párpados en rostros inertes, Magena se quedó al lado de su esposo, aguardando su partida en silencio. Casi cuando el sol estaba por ocultarse, Equiro se agitó levemente.

—Magena, ¿Napayshi sobrevivió a esta carnicería?

—No, ayóní —respondió congestionada por el llanto—, él ha caído. Hace rato ha dejado este plano.

—Entonces, me alegra haber hecho las paces antes que ambos partiéramos. Quería que lo supieras. Ambos estaremos en paz entre nosotros en la morada de los ancestros.

Con un último suspiro, la vida de Equiro también se apagó y Magena se aferró a él, llorando su dolor en silencio, pretendiendo que aquel dulce muchacho que la había amado sin condiciones aún la abrazaba. Pero él ya no estaba allí.

Aquella noche, muchas hogueras ardieron y las cenizas Rumerantes se esparcieron con el viento, cubriendo la llanura embarrada y ensangrentada de un blanco grisáceo.

## Capítulo 28

### **Mapa del Mundo cruzando el Abismo**

## Capítulo 29

### **Glosario**

Adeezhí: Hermana

Amá sání: Abuela

Analí: Abuelo

Ananday: Pequeña alimaña

Ataa': Padre

Ayóní: Amor mío es la traducción más cercana que se puede realizar sobre este término.

Hak'éí: Pariente, usado ante la falta de la palabra "tío".

Magená: Luna Creciente

Makate: Bebida caliente hecha con granos de café, cacao y pulpa de mango, típica del pueblo Zapai del Sur y adoptada por los Rumerautes, habitantes adyacentes de su territorio.

Mirahué: Lagartija

Nantai: Jefe

Nitis: Amigo. Sin embargo, en este contexto, hace más bien referencia a un compañero, por ejemplo, de armas.

Sakima: Rey

Sexta hora del ocaso: 2 am

Shima: Madre

Yá'at'éeh, ama: Buen día, mamá.